

M.C. BEATON

AGATHA RAISIN



y la quiche letal



Lectulandia

A sus cincuenta y tres años, Agatha Raisin quiere empezar de cero: ha decidido cerrar su empresa de relaciones públicas y cambiar su piso de Londres por una casita de ensueño en Carsely, un pueblo en el corazón de la Inglaterra rural.

El problema es que empezar de cero no es tan fácil: Agatha se siente sola, echa de menos su vida social londinense y, por si fuera poco, percibe que sus nuevos vecinos la tratan con una frialdad que para una mujer acostumbrada a salirse con la suya puede resultar ofensiva.

Dispuesta a hacer lo que sea por ganarse la simpatía del vecindario, Agatha decide participar en un concurso de quiches. Para asegurarse el triunfo, compra una quiche en una tienda de comida preparada de la City. ¿Qué es entonces lo peor que puede pasarle, además de no ganar un concurso dotado con un premio de diez míseras libras? Que uno de los miembros del jurado muera envenenado... Señalada por medio pueblo como principal sospechosa, Agatha Raisin iniciará las pesquisas por su cuenta y riesgo.

Lectulandia

M. C. Beaton

Agatha Raisin y la quiche letal

Detective Agatha Raisin - 1

ePub r1.0

turolero20.05.15

Título original: *Agatha Raisin and the Quiche of Death*

M. C. Beaton, 1992

Traducción: Vicente Campos

Editor digital: turolero

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Patrick Heiningger
y su esposa, Caroline,
e hijo, Benjamín,
de Bourton-on-the-Water,
con afecto*

AGATHA RAISIN

The logo for 'Agatha Raisin' is rendered in a bold, black, stylized font. The word 'AGATHA' is positioned above 'RAISIN'. The letter 'A' in 'AGATHA' is particularly large and features a decorative swirl. A silhouette of a woman in a dress, holding a magnifying glass, is integrated into the right side of the 'AGATHA' text, appearing to stand on the letter 'H'.



La señora Agatha Raisin se sentaba a la mesa que acababa de despejar en su oficina de South Molton Street, en el barrio londinense de Mayfair. Desde la antesala le llegaba el murmullo de voces y el tintineo de vasos: el personal se disponía a despedirse de ella.

Agatha había decidido jubilarse anticipadamente. Había levantado la empresa de relaciones públicas dedicándole muchos años de arduo trabajo. Había prosperado, dejando muy atrás sus orígenes de clase obrera en Birmingham. Había sobrevivido a un matrimonio desgraciado, se había divorciado y lo había superado, con el espíritu maltrecho pero resuelta a salir adelante en la vida. Todo el esfuerzo que había puesto en su trabajo se encaminaba a un fin, el cumplimiento de un sueño: una casa de campo en los Cotswolds.

Los Cotswolds, en las Midlands, son probablemente uno de los escasos paisajes hermosos creados por la mano del hombre en el mundo: pintorescas aldeas de casas de piedra dorada, preciosos jardines, serpenteantes caminos verdes e iglesias antiguas. A Agatha la habían llevado a los Cotswolds de niña a pasar unas breves y mágicas vacaciones. Y si bien a sus padres no les habían gustado nada y manifestaron que deberían haber ido a cualquier hotel de la cadena Butlin's Holiday Camp, como siempre, para Agatha los Cotswolds representaban todo cuanto anhelaba en la vida: belleza, tranquilidad y seguridad. Así que, ya de niña, había decidido que algún día viviría en una de aquellas preciosas casitas de campo, en un pueblo tranquilo, lejos del ruido y los malos olores de la ciudad^[1].

Durante el tiempo que había pasado en Londres, hasta hacía muy poco, no había regresado a los Cotswolds, porque prefería conservar su sueño intacto. Ahora se había comprado aquella casita soñada en el pueblo de Carsely. Era una lástima, pensaba Agatha, que el pueblo se llamara simplemente Carsely y no Chipping Campden o Aston Magna o Lower Slaughter o cualquier otro de aquellos topónimos enigmáticos de los Cotswolds, pero la casa era perfecta y el pueblo no estaba en la ruta de las guías turísticas, lo que significaba verse liberado de tiendas de artesanía, salones de té y de los autocares con grupos de turistas que los visitaban a diario.

Agatha tenía cincuenta y tres años, el pelo castaño y anodino, un rostro también anodino y una figura regordeta. Su acento de Mayfair era tan marcado como cabía esperar, salvo en los momentos de inquietud o emoción, cuando se le escapaba el viejo tono nasal del Birmingham de su juventud. En el negocio de las relaciones públicas conviene tener cierto encanto, y Agatha carecía por completo de él. Conseguía resultados por ser una especie de mujer polifacética que combinaba al poli bueno y al poli malo, alternando el acoso y el engatusamiento en nombre de sus clientes. Los periodistas a menudo concedían espacio a sus clientes sólo para quitársela de encima. También era una experta en chantaje emocional y cualquiera lo

bastante insensato para aceptar un regalo o una invitación a comer de Agatha sería perseguido descaradamente hasta que la compensara en especie.

Era popular entre sus empleados porque éstos conformaban un grupo bastante pusilánime y frívolo, el tipo de gente que forja leyendas sobre cualquiera que les da miedo. A Agatha la describían como «todo un personaje», y como todos los verdaderos personajes que dicen lo que piensan, no tenía verdaderos amigos. Su trabajo había sido también su vida social.

Al levantarse para unirse a la fiesta, una pequeña nube cruzó el horizonte de la mente, por lo general despejada, de Agatha. Ante ella se extendían días vacíos, sin ningún trabajo de la mañana a la noche, sin alboroto ni ruido. ¿Cómo lo sobrellevaría?

Apartó la idea de su cabeza y cruzó el Rubicón para entrar en la antesala de la oficina y despedirse.

—Aquí viene —gritó Roy, uno de sus ayudantes—. Hemos preparado un ponche de champán muy especial, Aggie. Una auténtica bomba.

Agatha aceptó un vaso de ponche. Su secretaria, Lulu, se le acercó y le dio un paquete envuelto en papel de regalo, y los demás se arremolinaron a su alrededor con sus regalos. Agatha sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Una vocecita repetía en su cabeza: «¿Qué has hecho?, pero ¿qué has hecho?». Recibió un frasco de perfume de Lulu y, como era de esperar, un par de braguitas con abertura en la entrepierna de Roy; un libro de jardinería de un tercero y un jarrón de otro, y así sucesivamente.

—¡El discurso! —gritó Roy.

—Gracias a todos —dijo Agatha con brusquedad—. No me voy a China, ¿sabéis? Todos podéis ir a visitarme. Vuestros nuevos jefes, Pedmans, se han comprometido a no cambiar nada, así que supongo que las cosas seguirán casi como siempre para vosotros. Gracias por los regalos. Los guardaré con cariño, excepto el tuyo, Roy. Dudo que a mi edad vaya a encontrar algún uso para ellas.

—Uno nunca sabe lo que la suerte le deparará —observó Roy—. A lo mejor algún granjero calenturiento te persigue entre la maleza.

Agatha bebió más ponche, comió sándwiches de salmón ahumado y luego, cargando con los regalos que le había metido Lulu en dos bolsas de la compra, bajó las escaleras de Raisin Promotions por última vez.

En Bond Street, apartó de un codazo a un hombre de negocios delgado y nervioso que acababa de parar un taxi y le dijo con descaro:

—Yo lo he visto primero.

Le pidió al taxista que la llevara a Paddington Station.

Cogió el tren de las 15.20 para Oxford y se dejó caer en el asiento del rincón del vagón de primera clase. En los Cotswolds todo estaba preparado y esperándola. Un decorador de interiores había «remodelado» la casa de campo, su coche la esperaba en la estación de Moreton-in-Marsh para hacer el breve trayecto hasta Carsely, una

empresa de mudanzas había trasladado todas sus pertenencias desde su piso de Londres, que ya había vendido. Era libre. Podía relajarse. Ya no tenía que aguantar a ninguna temperamental estrella del pop, ni lanzar al mercado ninguna pretenciosa empresa de alta costura. Lo único que tenía que hacer a partir de ahora era dedicarse a sí misma.

Agatha se quedó adormilada y se despertó con un sobresalto al oír el grito del revisor:

—Oxford. Llegamos a Oxford. Fin de trayecto.

No era la primera vez que Agatha se preguntaba por el uso de la expresión «fin de trayecto» en los Ferrocarriles Británicos. Una casi esperaba que la vida fuera a acabarse ahí. ¿Por qué no decían simplemente «última parada»? Alzó la mirada hacia la pantalla que, como un mugriento televisor, colgaba en el andén 2 y que la informó de que el tren que pasaba por Charlbury, Kingham, Moreton-in-Marsh y todas las demás estaciones hasta Hereford se hallaba en el andén 3, y, cargada con sus bolsas de la compra, recorrió el paso elevado. El día era frío y gris. La euforia que le había producido verse liberada del trabajo y el ponche de Roy estaba evaporándose lentamente.

El tren salió despacio de la estación. Atisbos de barcasas a un lado y de parcelas descuidadas al otro, seguidas más adelante de campos llanos anegados por la lluvia reciente que se extendían lúgubres y cada vez más amarillentos ante su vista.

«Esto es absurdo —pensó Agatha—. Tengo lo que siempre he querido; estoy cansada, nada más».

El tren se detuvo en algún punto de las afueras de Charlbury: se fue deslizando hasta pararse del todo y se quedó ahí, tranquilamente, de la forma inexplicable en que tantas veces sucede en los Ferrocarriles Británicos. Los pasajeros seguían sentados estoicamente, escuchando el viento, que gemía cada vez más fuerte sobre los campos desolados. «¿Por qué nos comportamos como ovejas? —se preguntó Agatha—. ¿Por qué son los británicos tan cobardes y conformistas? ¿Por qué nadie llama a gritos al revisor y le pide explicaciones? Otras razas más locuaces no lo soportarían así como así». Se planteó ir a buscar al revisor ella misma; entonces se acordó de que ya no tenía prisa por llegar a ninguna parte. Sacó un ejemplar del *Evening Standard* que había comprado en la estación y se puso a leerlo.

Al cabo de veinte minutos el tren cobró lentamente vida con un crujido. Otros veinte minutos después de la parada de Charlbury, entró en la pequeña estación de Moreton-in-Marsh. Agatha se apeó. Su coche seguía donde lo había dejado. Durante los últimos minutos del viaje había empezado a temer que se lo hubieran robado.

Era día de mercado en Moreton-in-Marsh y el ánimo de Agatha empezó a revivir mientras conducía despacio por delante de los puestos que vendían de todo, desde pescado hasta ropa interior. El mercado se celebraba los martes. Tenía que recordarlo. Su Saab nuevo dejó atrás ronroneando Moreton y luego pasó por Bourton-on-the-Hill. Casi en casa. En casa. Por fin.

Salió de la A-44 y emprendió el lento descenso hasta el pueblo de Carsely, que se acurrucaba en un pliegue de los montes Costwold.

Era un pueblo pequeño muy bonito, incluso para los estándares de los Cotswolds. Había dos largas hileras de casas con tiendas intercaladas, algunas bajas y con techos de paja, otras de ladrillo con un matiz dorado y cálido, y tejados de pizarra. Había un *pub* llamado Red Lion en una punta y una iglesia en la otra. Unas pocas calles desordenadas salían de la principal y en ellas las casas se apoyaban unas sobre otras como si buscaran apoyo en su vejez. Los jardines resplandecían con los cerezos floridos, las forsitias y los narcisos. Había una anticuada mercería, una oficina postal y ultramarinos, una carnicería y una tienda que no parecía vender más que flores secas y que casi nunca estaba abierta. En las afueras del pueblo y ocultas a la vista por una elevación, se encontraban unas casas de protección oficial y entre éstas y el pueblo estaban la comisaría, una escuela primaria y una biblioteca.

La casa de Agatha se alzaba solitaria en uno de los extremos de las dispersas calles laterales. Parecía uno de esos *cottages* de los calendarios que tanto le gustaban de niña. Era baja y con tejado de paja —paja nueva, caña de Norfolk—, con ventanas con bisagras, construida con la piedra dorada de Cotswold. Tenía un pequeño jardín delante y otro largo y estrecho en la parte de atrás. A diferencia de casi todos sus vecinos de los Cotswolds, el anterior propietario no era aficionado a jardinería. Allí no había más que hierba y unos deprimentes arbustos de esa especie tan resistente que se encuentra en los parques públicos.

Dentro, un diminuto y oscuro cubículo hacía las veces de recibidor. El salón quedaba a la derecha, el comedor, a la izquierda; la cocina, al fondo, formaba parte de una reciente ampliación y era grande y cuadrada. En la planta de arriba había dos dormitorios de techos bajos y un baño. Todos los techos tenían vigas.

Agatha le había dado libertad al decorador de interiores. Todo había quedado como debía pero, aun así... Agatha se detuvo en la puerta del salón. Un tresillo con fundas de lino Sanderson, mesita con superficie de cristal, parrilla medieval de imitación en el hogar, herraduras clavadas en la chimenea, jarras de peltre y *toby jugs*^[2] colgadas de las vigas, piezas de herramientas agrícolas pulidas para decorar las paredes, y, pese a todo, parecía un decorado teatral. Entró en la cocina y encendió la calefacción central. La eficiente empresa de mudanzas le había guardado incluso la ropa en el dormitorio y le había colocado los libros en las estanterías, así que no tenía mucho que hacer. Revisó el comedor. Mesa grande, brillante bajo su superficie resistente al calor. Sillas victorianas, un cuadro eduardiano de un niño con levita en un jardín luminoso, un aparador con bandejas azules y blancas, otra chimenea eléctrica con un fuego de leños falsos y un carrito de bebidas. En el piso de arriba, los dormitorios eran pura Laura Ashley. Le daba la impresión de estar en la casa de otro, en el hogar de un desconocido sin personalidad, o en un *cottage* de vacaciones caro.

Bueno, no tenía nada para cenar; tras una vida de restaurantes y comida para llevar, Agatha había pensado en aprender a cocinar, y ahí estaban todos sus nuevos

libros de cocina, en una resplandeciente hilera en un estante de la cocina.

Cogió su bolso y salió. Era hora de investigar qué tiendas había en el pueblo. Muchas de ellas, le había explicado el agente inmobiliario, habían cerrado y se habían transformado en «res des» o residencias deseables. Los del pueblo echaban la culpa a los forasteros, pero el verdadero responsable del daño había sido el coche, pues los propios vecinos preferían ir a comprar a los supermercados de Stratford o Evesham en lugar de hacerlo a un precio más alto en el pueblo. La mayoría de la gente tenía algún tipo de vehículo.

Cuando Agatha se acercaba a la calle principal, un anciano se cruzó con ella, se tocó la gorra y le deseó unas animadas «tardes». Luego, ya en la calle principal, todos con los que se cruzaba la saludaban con algunas palabras, un distraído «buenas tardes» o un «menudo tiempesito». Agatha se animó. Después de Londres, donde ni siquiera conocía a sus vecinos, tanta amabilidad suponía un agradable cambio.

Estuvo mirando el escaparate de la carnicería y decidió que sus prácticas culinarias podían esperar unos días más, así que fue al ultramarinos y compró un curry Vindaloo «muy picante» para el microondas y una lata de arroz. Una vez más, en la tienda la recibieron con suma amabilidad. En la puerta había una caja con libros de segunda mano. Agatha siempre había leído libros de autoayuda, en su mayoría de no ficción. Vio un ejemplar maltrecho de *Lo que el viento se llevó* y, empujada por un impulso, lo compró.

De vuelta en casa, encontró una cesta de seudoleña junto a la chimenea: pequeños trozos circulares de serrín compactado. Amontonó unos cuantos en la parrilla, los encendió y pronto tuvo una llama crepitando en el hogar. Quitó el tapete de encaje antimacasar que el decorador había colocado con monería sobre la pantalla del televisor y lo encendió. En algún lugar había una guerra, para variar, y le estaban dando la cobertura habitual; es decir, el presentador y el reportero mantenían una agradable charla: «Te cedo la palabra, John. ¿Cuál es la situación ahora?», «Bueno, Peter...». Cuando apareció en pantalla el inevitable «experto» presente en el estudio, Agatha se preguntó por qué se tomaban la molestia de enviar a un reportero a la guerra. Era otra vez como en la guerra del Golfo, cuando la mayor parte de la cobertura parecía consistir en un corresponsal delante de una palmera junto a algún hotel de Riad. Qué malgasto de dinero. El periodista nunca tenía mucha información y sin duda habría resultado más económico colocarlo delante de una palmera en un estudio en Londres.

Apagó el televisor y cogió *Lo que el viento se llevó*. Había deseado tragarse un poco de basura intelectual para celebrar su liberación del trabajo, pero la sorprendió lo buena que era la novela, casi indecorosamente legible, pensó Agatha, que hasta entonces sólo había leído el tipo de libros que se lee para impresionar a los demás. El fuego crepitaba y Agatha leyó hasta que los gruñidos de su estómago la llevaron a meter el curry en el microondas. La vida merecía la pena.

Pero transcurrió una semana, una semana en la que Agatha, con su habitual apresuramiento, se había dedicado a visitar los lugares turísticos de la zona. Había estado en el castillo de Warwick, en el lugar de nacimiento de Shakespeare, en el palacio de Blenheim, y había visitado muchos de los pueblos de los Cotswolds, mientras soplaban el viento y llovía sin parar desde el cielo siempre gris, y todas las tardes volvía a su silenciosa casa donde sólo el reciente descubrimiento de Agatha Christie la ayudaba a pasar el resto de la velada. Había ido al *pub*, el Red Lion, un local de techo bajo con un punto pintoresco y alegre, cuyo dueño era afable y animado. Y los parroquianos habían hablado con ella como siempre, con una peculiar amabilidad que nunca iba más allá. Agatha habría sobrellevado mejor una animosidad suspicaz que esta acogida despreocupada que, de algún modo, la mantenía a raya. No es que ella hubiera sabido nunca cómo hacer amigos, pero, como no tardó en descubrir, los del pueblo tenían algo que repelía a los forasteros. No se trataba de que los rechazaran. En apariencia, les daban la bienvenida. Pero Agatha sabía que su presencia no provocaba ni una pequeña onda en el calmado estanque de la vida del pueblo. Nadie la invitó a tomar el té. Nadie mostró ninguna curiosidad hacia ella, por poca que fuera. Ni siquiera la visitó el vicario. En una novela de Agatha Christie el vicario le habría hecho una visita, aparte, claro, de algún coronel retirado y su esposa. Todas las conversaciones parecían limitarse a «buenos días», «buenas tardes», o a hablar del tiempo.

Por primera vez en su vida, supo lo que era la soledad, y la asustó.

Desde las ventanas de la cocina, en la parte de atrás de la casa, disfrutaba de una vista de los montes Cotswold, que se alzaban apartándola del mundo bullicioso y comercial, enclaustrándola como si fuera una desconcertada criatura extraterrestre bajo el tejado de paja de su casa, separada de la vida exterior. La vocecita que había gritado: «Pero ¿qué he hecho?» se convirtió en un clamor.

Y entonces, inesperadamente, se echó a reír. Londres estaba sólo a una hora y media en tren, no a miles de kilómetros. Se pasaría por la ciudad al día siguiente, visitaría a sus antiguos empleados, comería en el Caprice y luego tal vez se daría una vuelta por las librerías buscando más material legible. Se había perdido el día de mercado de Moreton, pero siempre habría otra semana para ir.

Como si quisiera compartir su estado de ánimo, amaneció un día primaveral perfecto, con un sol brillante. El cerezo que había en el extremo de su jardín trasero, la única concesión a la belleza que le había parecido oportuna al anterior dueño de la casa, alzaba sus ramas cargadas de flores hacia un cielo azul claro mientras Agatha tomaba su desayuno acostumbrado: una taza de café solo, instantáneo, y dos cigarrillos con filtro.

Con la sensación de estar de fiesta, ascendió en su coche por la tortuosa colina que salía del pueblo y luego descendió atravesando Bourton-on-the-Hill en dirección a Moreton-in-Marsh.

Llegó a la estación de Paddington en Londres, inspiró grandes bocanadas de aire

contaminado y se sintió revivir. En el taxi que la llevaba a South Molton Street se dio cuenta de que en realidad no tenía ninguna anécdota divertida que contar a sus antiguos empleados. «Nuestra Aggie será la reina del pueblo en un abrir y cerrar de ojos», había dicho Roy. ¿Cómo iba a explicarles que la formidable Agatha Raisin ni siquiera existía por lo que a Carsely se refería?

Se bajó del taxi en Oxford Street y recorrió South Molton Street, preguntándose qué sentiría al ver «Pedmans» escrito donde antes estaba su propio nombre.

Se detuvo a los pies de la escalera que subía a su antigua oficina, sobre la tienda de ropa París. No había ningún rótulo, sólo quedaba un recuadro limpio sobre la pintura donde antes estaba el rótulo de «Raisin Promotions».

Subió las escaleras. Todo estaba silencioso como una tumba. Trató de empujar la puerta. Estaba cerrada con llave. Desconcertada, volvió a la calle y miró hacia arriba. Y allí, a lo largo de una de las ventanas, vio un gran cartel que rezaba «EN VENTA» escrito con grandes letras rojas, seguidas del nombre de una prestigiosa inmobiliaria.

Con expresión sombría, se dirigió en taxi a la City, a Cheapside, a la sede de Pedmans, y pidió ver al señor Wilson, el gerente. Una aburrida recepcionista con las uñas más largas que Agatha había visto en su vida levantó con desgana el teléfono y habló por él.

—El señor Wilson está ocupado —la informó vocalizando mucho, y luego cogió la revista femenina que estaba leyendo cuando Agatha había llegado y repasó su horóscopo.

Agatha le quitó la revista de las manos. Se inclinó por encima de la mesa.

—Mueve tu esmirriado trasero y dile a ese picapleitos que va a recibirme.

La recepcionista miró a los ojos furiosos de Agatha, soltó un chillido y subió corriendo las escaleras. Tras unos momentos que Agatha pasó leyendo su horóscopo —«Hoy puede ser el día más importante de tu vida, pero cuidado con tu temperamento»—, la recepcionista regresó tambaleándose sobre sus altos tacones y le dijo en un susurro:

—El señor Wilson la recibirá. Si es tan amable de seguirme...

—Conozco el camino —le espetó Agatha.

Su figura regordeta subió las escaleras mientras sus zapatos de prudentes tacones bajos resonaban sobre los peldaños. El señor Wilson se levantó para saludarla. Era un hombre pequeño y muy pulcro, de pelo ralo, gafas de montura dorada, manos fofas y una sonrisa empalagosa, que más parecía un médico de Harley Street que el jefe de una empresa de relaciones públicas.

—¿Por qué ha puesto mi oficina en venta? —preguntó Agatha.

Él se alisó la coronilla.

—Señora Raisin, ya no es su oficina; usted nos vendió el negocio.

—Pero usted me dio su palabra de que mantendría al personal.

—Y la hemos cumplido. La mayoría prefirió la indemnización por despido. No necesitamos una oficina más. Todo el trabajo lo realizamos desde aquí.

—Permítame que le diga que no puede hacer eso.

—Permítame que le diga, señora Raisin, que puedo hacer lo que me venga en gana. Usted nos vendió la empresa, hasta el último tornillo. Ahora, si no le molesta, estoy muy ocupado.

Se encogió en su silla mientras Agatha Raisin le mandaba a voz en grito y con gráfico detalle a un desagradable destino, antes de cerrar dando un portazo.

Agatha se quedó quieta en medio de Cheapside; las lágrimas empezaban a asomar a sus ojos.

—Señora Raisin... ¿Aggie?

Se dio la vuelta. Ahí estaba Roy. En lugar de sus tejanos, su camisa psicodélica y sus pendientes dorados habituales, vestía un sobrio traje.

—Mataré a ese cabrón de Wilson —dijo Agatha—. Acabo de mandarlo a la...

Roy dejó escapar un chillido y se apartó un poco.

—Pues si no eres la empleada del mes, no deberían verme hablando contigo, querida. Además, tú le vendiste el chiringuito.

—¿Dónde está Lulu?

—Aceptó la indemnización y está tostando su cuerpecillo al sol en la Costa Brava.

—¿Y Jane?

—Trabaja de relaciones públicas para Friends Scotch. ¿Te lo imaginas?, ¿darle a una alcohólica como ella un empleo en una empresa de *whisky*? Se beberá enteros los beneficios de la compañía en menos de un año.

Agatha preguntó por los demás. Sólo Roy seguía trabajando para Pedmans.

—Es por los Trendies —le explicó; era el nombre de una banda de pop, antiguos clientes de Agatha—. A Josh, el líder, siempre le he caído muy bien, ya lo sabes. Así que Pedmans tuvo que mantenerme en el puesto para conservar al grupo. ¿Te gusta mi nueva imagen? —Dio una vuelta sobre sí mismo.

—No —dijo Agatha con aspereza—, no te pega. Bueno, ¿por qué no te pasas a hacerme una visita este fin de semana?

Roy pareció esquivo.

—Me encantaría, cielo, pero tengo montones de cosas que hacer. Wilson es un negrero. Tengo que marcharme.

Entró apresuradamente en el edificio y dejó a Agatha sola en la acera.

Intentó parar un taxi, pero todos iban ocupados. Se acercó caminando hasta Bank Station, pero el metro no funcionaba y alguien le dijo que había huelga de transporte.

—¿Y cómo voy a ir a la otra punta de la ciudad? —gruñó Agatha.

—Pruebe con uno de los barcos del río —le sugirieron—. Vaya al muelle del puente de Londres.

Agatha caminó hasta el puente mientras su rabia daba paso a una deprimente sensación de pérdida. En el muelle se encontró en una especie de Dunquerque de yuppies. Estaba atestado de mujeres y hombres jóvenes que aferraban sus maletines,

angustiados, mientras una flotilla de embarcaciones de recreo los iba sacando de allí.

Se puso al final de la cola, que avanzaba lentamente sobre el muelle flotante, y ya estaba un poco mareada cuando por fin pudo subir a bordo de un viejo y grande vapor de recreo que había sido recuperado para la ocasión. El bar estaba abierto. Se hizo con un *gin-tonic* bien cargado, se lo llevó a popa y se sentó al sol en una de esas pequeñas sillas afelpadas de salón de baile que tienen los barcos de recreo del Támesis.

El barco se separó del muelle y se deslizó por el río bajo el sol, y a Agatha le dio la impresión de que estaba pasando por delante de todo aquello a lo que había renunciado: la vida y Londres. El barco cruzó bajo los puentes, en paralelo a los atascos de tráfico de Embankment, y llegó al muelle de Charing Cross, donde Agatha desembarcó. Ya no tenía ganas de comer ni de ir de compras, sólo de volver a su casa, lamerse las heridas y pensar qué iba a hacer a partir de ahora.

Caminó hasta Trafalgar Square, luego siguió por el Mall, pasó por delante de Buckingham Palace, subió por Constitution Hill y, a través del paso subterráneo, llegó a Hyde Park por la puerta de Decimus Burton y la casa del duque de Wellington. Atravesó el parque hacia Bayswater y Paddington.

Hasta ese día, pensó, siempre había avanzado a grandes pasos, con firmeza, siempre había sabido lo que quería. Aunque había destacado en la escuela, sus padres la obligaron a dejarla a los quince años, porque había trabajado en la fábrica de galletas local. Por entonces, Agatha era una jovencita delgada, delicada y de tez blanca. La rudeza de las mujeres con las que trabajó en la fábrica la ponía de los nervios, y, en casa, la embriaguez de sus padres la repugnaba, así que empezó a hacer horas extra y apartar el dinero de más en una cartilla de ahorros para que sus padres no le echaran mano, hasta que un día decidió que ya había ahorrado lo suficiente y simplemente se marchó a Londres, sin despedirse siquiera, escabulléndose una noche de casa con su maleta mientras sus padres se habían sumido en su habitual estupor alcohólico.

En Londres, había trabajado de camarera siete días a la semana para pagarse clases de taquigrafía y mecanografía. En cuanto aprendió, encontró empleo como secretaria en una empresa de relaciones públicas. Pero apenas estaba empezando a conocer el negocio, se enamoró de Jimmy Raisin, un encantador joven de ojos azules y melena negra. No parecía tener un empleo estable, pero Agatha creyó que el matrimonio era lo único que necesitaba para sentar cabeza. Al cabo de un mes de vida conyugal, ella acabó reconociendo que había pasado de Guatemala a Guatepeor. Su marido era un borracho. Aun así, aguantó a su lado durante dos años enteros, ejerciendo de sostén de la familia, soportando sus cada vez peores brotes de violencia alcohólica, hasta que, una mañana, ella se quedó mirándolo mientras roncaba tumbado en la cama, sucio y sin afeitarse, apiló un montón de libros de Alcohólicos Anónimos sobre su pecho, hizo la maleta y se marchó.

El sabía dónde trabajaba. Ella creía que iría a buscarla, aunque sólo fuera por el dinero, pero no lo hizo. Agatha volvió una vez a la sórdida habitación de Kilburn que

habían compartido, pero él había desaparecido. Ella nunca pidió el divorcio. Dio por supuesto que había muerto. No había vuelto a querer casarse. Con el tiempo, se había ido curtiendo, se había vuelto más competente, más agresiva, hasta que la jovencita delgada y tímida que había sido fue desapareciendo poco a poco bajo sucesivas capas de ambición. Su trabajo se convirtió en su vida; vestía ropa cara y tenía los gustos que suelen esperarse de una estrella emergente de las relaciones públicas. Siempre que la gente se fijara en una, siempre que la envidiaran, a Agatha le bastaba.

Para cuando llegó a Paddington Station, la caminata la había puesto de mejor humor. Había elegido su nueva vida y conseguiría que funcionara. Aquel pueblo iba a enterarse de quién era ella, se tomaría en serio a Agatha Raisin.

Llegó a casa a una hora ya avanzada de la tarde y se dio cuenta de que no había comido nada. Se acercó a Harvey's, el colmado que era a la vez oficina de correos, y hurgó en el congelador grande preguntándose si podía repetir curry, cuando le llamó la atención un cartel clavado en la pared. «Gran concurso de quiches», anunciaba en letras historiadas. Se celebraría el sábado en el salón de la escuela. Había otros concursos, anunciados en letra más pequeña: pastel de frutas, arreglos florales y cosas por el estilo. El de quiches lo juzgaría un tal señor Cummings-Browne. Agatha sacó un pollo estilo Korma del congelador y se dirigió al mostrador.

—¿Dónde vive el señor Cummings-Browne? —preguntó.

—Pues en Plumtrees Cottage, querida —contestó la mujer—. Al lado de la iglesia.

Los pensamientos de Agatha se dispararon mientras corría de vuelta a casa y metía el pollo estilo Korma en el microondas. ¿No era eso lo que importaba en los pueblos pequeños, ser la mejor en algo casero? Pues bien, si ella, Agatha Raisin, ganaba el concurso de quiches, la tomarían en serio. A lo mejor le pedirían que diera charlas sobre su arte en las reuniones del Instituto de la Mujer y cosas por el estilo.

Se llevó la bazofia repugnante de su cena de microondas al comedor y se sentó. Frunció el ceño ante la mesa, que estaba cubierta de una fina película de polvo. Agatha aborrecía los quehaceres domésticos.

Tras su deplorable ágape, salió al jardín de la parte de atrás. El sol se había puesto y un cielo verdoso claro se extendía por las montañas sobre Carsely. Oyó un ruido de movimiento cerca y miró por encima del seto. Un estrecho caminito separaba su jardín del de la casa de al lado.

Su vecina estaba inclinada sobre un parterre, arrancando malas hierbas bajo la luz mortecina.

Era una mujer de rasgos angulosos que, pese al fresco del anochecer, llevaba un vestido estampado de los que tanto les gustan a las esposas de los funcionarios destinados en el extranjero. Tenía la barbilla achatada y unos ojos bastante bulbosos, y el pelo peinado al estilo de los años cuarenta, recogido hacia atrás en mechones desde la cara. Todo eso vio Agatha mientras la mujer se erguía.

—Buenas noches —saludó Agatha.

La mujer se dio la vuelta, entró en su casa y cerró la puerta.

Agatha se tomó esa falta de educación como un cambio agradable tras toda la cordialidad de Carsely. Se parecía más al comportamiento al que estaba acostumbrada. Volvió a su propia casa, salió por la puerta principal y fue hasta la de la vecina. La casa se llamaba New Delhi, y llamó con la aldaba de latón.

Una cortina de una de las ventanas que había junto a la puerta se agitó un poco, pero fue el único signo de vida. Agatha volvió a llamar alegremente, esta vez más fuerte.

La puerta se abrió apenas una rendija y un ojo bulboso la miró fijamente.

—Buenas noches —dijo Agatha tendiendo la mano—, soy su nueva vecina.

La puerta se abrió despacio. La mujer del vestido estampado aceptó con reticencia la mano de Agatha, como si fuera un pescado, y la estrechó.

—Me llamo Agatha Raisin —dijo Agatha—, ¿y usted es...?

—La señora Sheila Barr —dijo la mujer—. Tendrá que disculparme, señora... eh... Raisin, pero estoy muy ocupada en este momento.

—Oh, apenas le robaré tiempo —la tranquilizó Agatha—. Verá, es que necesito una mujer de la limpieza.

La señora Barr emitió ese tipo de risa exasperante que suele describirse como «de superioridad».

—No encontrará a nadie en el pueblo. Es casi imposible conseguir a alguien que limpie. Yo tengo a la señora Simpson, así que puedo considerarme muy afortunada.

—A lo mejor podría trabajar unas horas para mí —sugirió Agatha.

La puerta empezó a cerrarse.

—Oh, no —repuso la señora Barr—, estoy segura de que no puede.

Y la puerta se cerró del todo.

«Eso ya lo veremos», pensó Agatha.

Recogió el bolso, fue al Red Lion y acomodó el trasero en un taburete de la barra.

—Buenas noches, señora Raisin —la saludó el dueño, Joe Fletcher—. Ha mejorado el día, ¿no le parece? Con un poco de suerte hasta tendremos buen tiempo.

A la mierda el tiempo, pensó Agatha, que estaba harta de hablar del tema. Lo que dijo en voz alta fue:

—¿Sabe dónde vive la señora Simpson?

—En las viviendas de protección oficial, me parece. Me pregunta por la mujer de Bert Simpson, ¿verdad?

—No lo sé. Es limpiadora.

—Ah, entonces, es Doris Simpson, seguro. No recuerdo el número, pero está en Wakefield Terrace, la segunda casa, la de los gnomos.

Agatha se tomó un *gin-tonic* y luego se dirigió a las viviendas de protección oficial. No le costó encontrar Wakefield Terrace y la casa de los Simpson porque su jardín estaba atestado de gnomos de plástico, no agrupados en torno a un estanque ni ubicados con la menor intención artística, sino simplemente dispersos al azar.

La señora Simpson en persona le abrió la puerta. Más parecía una anticuada maestra que una asistente. Llevaba el pelo cano recogido en un moño, y detrás de las gafas se veían unos ojos grises claros.

Agatha le explicó qué la había llevado hasta allí. La señora Simpson negó con la cabeza.

—No veo cómo podría hacer más casas, de verdad. Limpio la de la señora Barr, su vecina, los martes, la de la señora Chomley los miércoles y la de la señora Cummings-Browne los jueves, y los fines de semana trabajo en un supermercado en Evesham.

—¿Cuánto le paga la señora Barr? —preguntó Agatha.

—Tres libras la hora.

—Si trabaja para mí en vez de para ella, le pagaré cuatro libras por hora.

—Más vale que pase. ¡Bert! Bert, apaga la tele. Te presento a la señora Raisin, que se ha quedado la casa de Budgen, en Lilac Lane.

Un hombre enjuto de pelo que raleaba apagó el gigantesco televisor que dominaba el pequeño y pulcro salón.

—No sabía que se llamaba Lilac Lane —dijo Agatha—. No parece que por aquí se lleve mucho poner rótulos con el nombre de las calles.

—Supongo que es porque hay muy pocas calles, querida —observó Bert.

—Le traeré una taza de té, señora Raisin.

—Agatha, llámeme Agatha —dijo ella esbozando una sonrisa que habría reconocido fácilmente cualquier periodista con el que hubiera tratado. Agatha Raisin iba por todas. Cuando Doris Simpson se fue a la cocina, Agatha prosiguió—: Quiero convencer a su mujer de que trabaje para mí en lugar de para la señora Barr. Le ofrezco cuatro libras la hora, jornada completa, con la comida incluida, por supuesto.

—A mí me parece bien, pero tendrá que preguntárselo a Doris —dijo Bert—. Y no es que no se fuera a alegrar de ver la casa de esa señora Barr sólo desde fuera.

—¿Mucho trabajo?

—No es el trabajo —dijo Bert—, es la manera de ser de esa mujer. Sigue a Doris por toda la casa, como si la controlara.

—¿Es de Carsely?

—No, vino de fuera. Su marido murió hace tiempo. Trabajaba en algo del Foreign Office. Se instalaron aquí hará unos veinte años.

Agatha estaba tomando nota mental de que veinte años de residencia en Carsely no te daban derecho a la ciudadanía, por así decirlo, cuando la señora Simpson volvió al salón con la bandeja del té.

—La razón por la que quiero que deje a la señora Barr es ésta —dijo Agatha—: se me dan muy mal las labores de la casa. He sido una profesional toda mi vida. Creo que la gente como usted, Doris, vale su peso en oro. Pago un buen salario porque creo que el trabajo de la limpieza es muy importante. También le pagaré las horas cuando esté enferma o de vacaciones.

—Eso suena mejor que bien —exclamó Bert—. ¿Te acuerdas de cuando te quitaron el apéndice, Doris? Ella ni siquiera se pasó por el hospital, ni menos aún te pagó un penique.

—Eso es verdad —dijo Doris—. Pero es un dinero seguro. ¿Qué pasa si usted se marcha de aquí, Agatha?

—Oh, he venido para quedarme —le aseguró Agatha.

—Muy bien, acepto —dijo Doris de repente—. Es más, llamaré ahora mismo a la señora Barr para quitarme de encima el problema.

Fue a la cocina a llamar por teléfono. Bert ladeó la cabeza y miró a Agatha, con sus ojos pequeños y astutos.

—Ya sabe que se ganará a una enemiga —observó.

—Bah —dijo Agatha Raisin—, ya se le pasará.

Media hora más tarde, mientras rebuscaba la llave en el bolso, la señora Barr salió de su casa y se quedó mirando fija y turbiamente a Agatha.

Esta le dedicó una gran sonrisa.

—Hace una noche espléndida —dijo.

Volvía a sentirse ella misma.



Plumtrees Cottage, donde vivían los Cummings-Browne, estaba enfrente de la iglesia y de la casa del vicario, en una hilera de antiguas casas de piedra y ante una especie de plaza adoquinada con forma de diamante. Las casas no tenían jardines delanteros, sólo unas estrechas franjas de tierra con unas pocas flores.

A la mañana siguiente, la llamada a la puerta de Agatha la respondió con retraso una mujer a la que los ojos pequeños y despiertos de aquélla identificaron rápidamente como perteneciente a la misma especie de expatriados que la señora Barr. A pesar del fresco de aquel día de primavera, la señora Cummings-Browne llevaba un vestido de verano estampado que dejaba al descubierto una tez bronceada de mediana edad. Tenía una voz aguda y autoritaria, ojos azules claros y cierto aire de «coronela».

—Dígame, ¿en qué puedo servirle?

Agatha se presentó y dijo que quería participar en el concurso de quiches, pero que, como era nueva en el pueblo, no sabía cómo hacerlo.

—Soy la señora Cummings-Browne —se presentó la mujer— y, bueno, lo único que tiene que hacer es leerse bien uno de los carteles. Están por todo el pueblo, ¿sabe?

Se rio con tanta condescendencia que a Agatha le entraron ganas de pegarle. Pero se limitó a comentar en tono suave:

—Como le decía, soy nueva aquí, y me gustaría conocer a algunos vecinos. Tal vez a usted y a su marido les apetecería cenar conmigo esta noche. ¿Sirven cenas en el Red Lion?

La señora Cummings-Browne volvió a reírse en el mismo tono.

—Ni a rastras me llevarían al Red Lion. Pero puede encontrarse buena comida en el Feathers de Ancombe.

—¿Y dónde está Ancombe? —preguntó Agatha.

—A menos de cuatro kilómetros. Ya veo que no conoce muy bien la zona, ¿verdad? Conduciremos nosotros. Pásese por aquí a las siete y media.

La puerta se cerró. «Vaya, vaya —pensó Agatha—. Ha sido fácil. Deben de ser un par de gorriones, lo que significa que mi quiche tiene posibilidades».

Volvió dando un paseo por el pueblo, mientras sonreía y contestaba mecánicamente a los saludos, «buenos días», de los transeúntes con los que se cruzaba. Así que aquella brillante y lustrosa manzana también tenía gusanos, reflexionó Agatha. La mayoría de los vecinos eran de clase trabajadora y media baja, gente sumamente educada y amable. Pero, por lo visto hasta ahora, la señora Barr y la señora Cummings-Browne destilaban el forzado aire de clase alta de unos forasteros que no eran más que unos maleducados. Una ráfaga de fragancia de flores de cerezo sopló a los pies de Agatha. Las casas doradas resplandecían al sol. La belleza no llamaba necesariamente a personas bellas. Los forasteros seguramente habían

comprado sus lindas casas cuando los precios estaban bajos, y se habían resignado a convertirse en peces gordos de este pequeño estanque. Pero eso, al menos por lo que Agatha había podido ver, ni impresionaba ni rebajaba a los vecinos. Los forasteros debían de pasárselo bien limitándose a despreciarse unos a otros. Aun así, estaba convencida de que si ganaba aquel concurso, el pueblo entero la tomaría en serio.

Esa noche, Agatha se sentó en el salón comedor de lecho bajo del Feathers, en Ancombe, y estudió disimuladamente a sus convidados. El señor Cummings-Browne —«Bueno, en realidad, muy a pesar mío, soy el mayor Cummings-Browne, pero no uso el título, jo jo jo»— estaba tan bronceado como su esposa, con una especie de tono anaranjado que llevó a Agatha a pensar que tal vez era un moreno de bote. Tenía una cabeza puntiaguda que se estaba quedando calva, salpicada de cabellos dispersos peinados esmeradamente sobre la coronilla, además de unas orejas de soplillo asimétricas. El señor Cummings-Browne había servido en el ejército británico en Aden, según contó. Eso, pensó Agatha, debía de haber sido hacía bastante. Creía recordar que los británicos habían salido de Aden en los años sesenta. Se enteró de que después de la milicia se había dedicado «un poco a la cría de pollos», pero prefería hablar de sus tiempos en el ejército, de la saga de sirvientes que había tenido, difícil de seguir, y de sus «colegas» del regimiento. Vestía una chaqueta deportiva con coderas de cuero, una camisa verde oliva y un pañuelo al cuello. Su mujer llevaba un vestido de Laura Ashley que a Agatha le recordó a las colchas de su casa.

Agatha pensó sombríamente que más valía que su quiche ganara porque sabía muy bien cuándo la timaban, y eso era lo que estaban haciendo en Feathers. El dueño se encontraba en el lado equivocado de la barra que se extendía al fondo del salón comedor, bebiendo con sus amigotes; el menú era pretencioso y pavorosamente caro, y las taciturnas camareras la sacaban de quicio. Como era de esperar, los Cummings-Browne habían elegido el segundo vino más caro de la carta, dos botellas. Agatha los dejó hablar casi todo el tiempo hasta que llegó el café, y entonces fue al grano. Preguntó qué tipo de quiche solía ganar el premio. El señor Cummings-Browne dijo que acostumbraba a ser una quiche lorraine o una de champiñones. Agatha afirmó con convencimiento que ella presentaría su preferida: la de espinacas.

La señora Cummings-Browne rio. «Si vuelve a reírse así, le soltaré una bofetada», pensó Agatha, más todavía cuando a la risa de la mujer le siguió la afirmación de que la señora Cartwright siempre ganaba. Agatha recordaría más adelante que el señor Cummings-Browne había guardado un extraño silencio cuando se mencionó el nombre de la señora Cartwright, pero por el momento estaba lanzada. Su quiche, dijo Agatha, era famosa por la delicadeza de su sabor y la ligereza de su masa. Además, lo que hacía falta en el pueblo era un poco de espíritu competitivo. No era bueno para la moral que la misma concursante ganara un año sí y otro también. A Agatha se le daba muy bien insinuar un chantaje emocional sin llegar a decir nada preciso ni directo. Bromeó sin parar sobre lo espantosamente cara que era la cena mientras sus pequeños ojos marrones de oso enviaban un mensaje machacón:

«Estáis en deuda conmigo por esta cena».

Pero los periodistas, por norma, son el tipo de personas que ha nacido sintiéndose culpable. Obviamente, los Cartwright y los Browne estaban hechos de un material más duro. Cuando Agatha se disponía a pagar la cuenta —contando lentamente los billetes en lugar de pagar con tarjeta para subrayar el precio—, sus invitados la forzaron a interrumpir el gesto pidiendo unos brandis largos sin consultarlo.

A pesar de todo lo que habían bebido, seguían pareciendo tan sobrios como antes de empezar la cena. Agatha les preguntó por los vecinos. La señora Cummings-Browne explicó que eran bastante agradables y que ella y su marido hacían lo que podían para ayudarlos, todo en un tono de señora perdonavida. Le pidieron que les contara algo de sí misma, y Agatha respondió con brevedad. Nunca se había molestado en prepararse para el cotilleo social. Sólo sabía vender un producto o preguntar a los demás sobre sí mismos para ablandarlos y, a su debido tiempo, vendérselo.

Salieron por fin a la noche tibia. El viento se había calmado y en el aire flotaba la promesa del verano que se acercaba. El señor Cummings-Browne condujo su Range Rover despacio por las carreteras verdes que llevaban de vuelta a Carsely. Un zorro cruzó la carretera por delante de los faros, mientras las liebres se desperdigaban a toda prisa buscando la seguridad y los cerezos, que empezaban a florecer, sembraban de estrellas los setos. La sensación de soledad volvió a adueñarse de Agatha. Era una noche para pasarla con amigos, en compañía agradable, no con gente como los Cummings-Browne. Bert aparcó delante de la puerta principal de su propio hogar y le preguntó a Agatha:

—¿Sabrá llegar a su casa desde aquí?

—No —respondió Agatha, irritada—. Lo menos que podría hacer es acercarme.

—Va a perder la agilidad en las piernas si sigue así —replicó él con mal gusto, pero tras dejar escapar un pequeño suspiro de impaciencia, la llevó hasta su casa.

«Debo dejar alguna luz encendida», pensó Agatha, al mirar su casa a oscuras. Una luz sería acogedora. Antes de salir del coche, le pidió al señor Cummings-Browne que le dijera exactamente qué debía hacer para participar en el concurso, y cuando él se lo hubo explicado, se apeó, sin despedirse ni dar las buenas noches, y entró en su solitaria casa.

Al día siguiente, siguiendo las instrucciones que le habían dado, apuntó su nombre en el libro del concurso de quiches en el salón de actos de la escuela. Voces infantiles entonaban una canción tradicional en alguna de las aulas: *To my hey down-down, to my ho down-down*. Así que todavía se cantaba *Among the Leaves So Green-o*^[3], pensó Agatha, que recorrió con la mirada el salón de actos vacío. Había mesas de caballete pegadas a una pared y una tribuna al fondo. No era precisamente el escenario soñado para una hazaña ambiciosa.

Luego cogió el coche y, esta vez, condujo sin parar hasta Londres, por más que odiara y temiera los peligros de las autopistas. Aparcó en la calle, en el World's End de Chelsea, donde había vivido hasta hacía muy poco tiempo, y se alegró de no haber devuelto la tarjeta de aparcamiento para residentes.

Había caído un buen chaparrón. Qué bien olía Londres, a asfalto mojado, a los gases del diésel y de la gasolina, a basura, a café caliente, fruta y pescado, a todos los olores que a Agatha le recordaban a su hogar.

Se dirigió a The Quicherie, una tienda de comida preparada especializada en quiches. Compró una quiche de espinacas grande, la metió en el maletero del coche y luego fue al Caprice, donde pidió sus pasteles de salmón y se relajó entre los clientes que consideraba «su gente», los ricos y famosos, sin que llegara a pasársele por la cabeza que, en realidad, no conocía a ninguno de ellos. Luego se acercó a Fenwick's, en Bond Street, para comprarse un vestido nuevo, no estampado (¡Dios la librase!), sino uno de lana escarlata con el cuello blanco, muy elegante.

De vuelta a Carsely ya con las luces del anochecer, entró en la cocina. Retiró de la quiche el envoltorio de la tienda, colocó su propia etiqueta recién impresa: «Quiche de espinacas, señora Raisin» y la envolvió con intencionada torpeza con papel de plástico transparente. La contempló con satisfacción. Sería la mejor. The Quicherie era famosa por sus quiches.

El viernes por la noche la llevó al salón de actos de la escuela y se sumó a la desordenada cola de mujeres que llevaban flores, mermeladas, pasteles, quiches y galletas. Las participantes en el concurso tenían que dejar sus productos en el salón de actos la noche anterior porque varias mujeres trabajaban los fines de semana. Como siempre, algunas la saludaron con el habitual: «Buenas noches. Hoy hace un poco más de calor. A lo mejor hasta sale el sol y todo».

¿Cómo se enfrentaría esa gente a una catástrofe de verdad como un terremoto o un huracán?, se preguntó Agatha. A lo mejor se quedaban mudos, porque los leves caprichos del tiempo de los Cotswolds no daban para mucho, o eso creía Agatha.

Al acostarse esa noche descubrió que estaba bastante nerviosa y excitada. ¡Era ridículo! Se trataba sólo de un concurso de pueblo.

El día siguiente amaneció tempestuoso y frío, con un viento que arrancó las últimas flores de cerezo de los jardines y arrojó los pétalos sobre los vecinos que se iban congregando en el salón de actos de la escuela, como en una boda. Una banda de música del pueblo, sorprendentemente buena, tocaba temas de *My Fair Lady*; las edades de los músicos iban de los ocho a los ochenta años. El aire despedía un olor dulzón fruto de los arreglos florales y las flores que emergían orgullosamente de sus delgados jarrones para el concurso floral: narcisos de todas las variedades. Incluso se había dispuesto un salón de té en una sala lateral con exquisitos sándwiches y pasteles caseros.

—Por supuesto que la señora Cartwright ganará el concurso de quiches —dijo una voz cerca de Agatha.

Ésta se dio la vuelta.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque el señor Cummings-Browne es el juez —respondió la mujer, que se alejó y se perdió entre los asistentes.

Lord Pendlebury, un caballero anciano y delgado que parecía un fantasma eduardiano y que era el dueño de varias fincas en la colina que dominaba el pueblo, sería el encargado de anunciar el ganador del concurso de quiches, aunque el juez fuera el señor Cummings-Browne.

A la quiche de Agatha, como a las demás, le habían cortado un pequeño trozo. Ella la miró con suficiencia. Tres hurras por The Quicherie. La quiche de espinacas era sin duda la mejor de las que tenía delante. El detalle de que se suponía que debería haberla cocinado ella misma no inquietaba lo más mínimo su conciencia.

—La ganadora del gran concurso de quiches es... —anunció con voz trémula lord Pendlebury, que manoseó un montón de notas, las cogió, las ordenó, sacó unos quevedos y miró otra vez con impotencia los papeles hasta que el señor Cummings-Browne le señaló la hoja correcta—. Hay que ver. Sí, sí, sí —farfulló—. Ejem. La ganadora es... la señora Cartwright.

—De oca a oca y robo porque me toca, menudas víboras —murmuró Agatha.

Echando pestes, contempló cómo la señora Cartwright, una mujer que parecía gitana, subía al escenario para recibir el premio. Era un cheque.

—¿De cuánto es? —le preguntó Agatha a la mujer que tenía al lado.

—De diez libras.

—¡Diez libras! —exclamó Agatha, que hasta ese momento ni siquiera había preguntado cuál era el premio y que había supuesto ingenuamente que consistiría en una copa de plata. Se había imaginado la copa, con su nombre grabado en ella, sobre la repisa de la chimenea—. ¿Y cómo va a celebrarlo con esa cantidad? ¿Cenando en McDonald's?

—Lo que cuenta es la intención —respondió vagamente la mujer—. Usted es la señora Raisin; acaba de comprar la casa de Budgen. Soy la señora Bloxby, la esposa del vicario. ¿Podemos contar con su asistencia a la iglesia el domingo?

—¿Por qué de Budgen? —preguntó Agatha—. Le compré la casa al señor Alder.

—Siempre ha sido la casa de Budgen —explicó la mujer del vicario—. Hace quince años que murió, pero para los del pueblo siempre será la casa de Budgen. Era todo un personaje. Al menos, esta noche no tiene que preocuparse por su cena, señora Raisin. Su quiche tiene un aspecto delicioso.

—Oh, pueden tirarla a la basura —le espetó Agatha—. Era la mejor. El concurso estaba amañado.

La señora Bloxby dedicó a Agatha una mirada de triste reproche antes de alejarse.

Agatha sintió remordimientos. No debería haber sido tan despectiva con el concurso ante la mujer del vicario. La señora Bloxby parecía una mujer agradable, pero Agatha estaba acostumbrada a mantener sólo tres tipos de conversaciones:

mandar a su personal, presionar a los medios para conseguir publicidad o mostrarse zalamera con los clientes. En algún rincón de su cerebro empezaba a agitarse la vaga idea de que Agatha Raisin no era precisamente un encanto.

Esa noche se pasó por el Red Lion. Era ciertamente un *pub* precioso, pensó mientras miraba a su alrededor: techos bajos con vigas, oscuro, lleno de humo, suelos de piedra, cuencos con flores de primavera, una chimenea de leña llameante, sillas cómodas y mesas sólidas a la altura apropiada para comer y beber en lugar de las nuevas mesas «de cóctel» que sólo llegan hasta las rodillas y te obligaban a agacharte para llevarte la comida a la boca. Había algunos hombres en la barra que le sonrieron y la saludaron con la cabeza y luego siguieron con sus charlas. Agatha se fijó en una pizarra en la que estaban escritos los platos que servían; pidió lasaña y patatas fritas a la bonita hija del dueño y luego se llevó su bebida a una mesa de la esquina. Se sentía como cuando era niña: anhelaba formar parte de esta antigua tradición rural inglesa de belleza y seguridad, pero a la vez quería permanecer aparte y asomar sólo la cabeza. Aunque, se preguntó, ¿había formado alguna vez parte de algo, sin contar el efímero mundo de las relaciones públicas? Si se desplomaba y moría en aquel mismo momento, ahí, en el suelo de ese *pub*, ¿habría alguien que la llorara? Sus padres habían muerto. Sólo Dios sabía por dónde andaba su marido, y ciertamente él no llevaría luto. «Mierda, esta ginebra es deprimente», pensó Agatha irritada, así que pidió una copa de vino blanco para ayudarla a bajar la lasaña que, se fijó, habían calentado en el microondas y se pegaba con fuerza al fondo del plato.

Pero las patatas fritas estaban buenas. La vida, después de todo, siempre tenía sus pequeños consuelos.

La señora Cummings-Browne estaba preparándose para acudir a un ensayo de la obra *Un espíritu burlón*, de Noël Coward, en el salón de actos de la iglesia. Lo había montado para la Carsely Dramatic Society e intentaba en vano eliminar el acento de Gloucestershire de sus actores.

—¿Por qué ninguno de ellos es capaz de hablar con el acento adecuado? —se quejó mientras recogía su bolso—. Suenan como si estuvieran limpiando cerdos o lo que sea que les hagan a los cerdos. Y, hablando de cerdos, me traje a casa la quiche de esa espantosa señora Raisin. Se fue hecha una furia y dijo que la tiráramos. Pensé que te apetecería un poco para cenar. He dejado un par de trozos encima del mármol de la cocina. Esta tarde he comido un montón de pasteles y té. Con eso me basta.

—Me parece que yo tampoco cenaré nada —dijo el señor Cummings-Browne.

—Bueno, si cambias de opinión, sólo tienes que meter la quiche en el microondas.

El señor Cummings-Browne se bebió un *whisky* cargado y se puso a ver la televisión, lamentando que todavía no fueran las nueve de la noche, lo que descartaba cualquier posibilidad de cualquier desnudo frontal, pues los poderes fácticos

pensaban, ingenuos ellos, que todos los niños estarían acostados a las nueve, hora tras la cual se permitía la emisión de pornografía, aunque a cualquiera que la calificara de tal modo se le considerara un carroza que no sabía apreciar el verdadero arte. Así que se puso a ver un documental de naturaleza y se consoló con animales que copulaban. Se tomó otro *whisky* y le entró hambre. Se acordó de la quiche. Había sido divertido ver la cara de Agatha Raisin en el concurso. Ella había querido que le compensaran la cena, la muy boba. La gente como Agatha Raisin, esos yuppies de mediana edad, rebajaba el nivel del pueblo a todas luces. Entró en la cocina y metió dos trozos de la quiche en el microondas, abrió una botella de clarete y se sirvió una copa. Luego, puso la quiche y el vino en una bandeja, la llevó de vuelta a la sala de estar y se acomodó otra vez delante del televisor.

Dos horas más tarde, justo antes de la prometida violación en grupo en una película titulada *Deep in the Heart*, la boca empezó a quemarle como si se le hubiera incendiado. Se sintió muy mal. Se cayó de la silla, se retorció por el suelo, tuvo convulsiones y vomitó espantosamente. Perdió la conciencia mientras intentaba alcanzar el teléfono y acabó despatarrado detrás del sofá.

La señora Cummings-Browne llegó a casa poco después de medianoche. No vio a su marido porque éste se había desplomado detrás del sofá, ni tampoco se fijó en ninguno de los charcos de vómito porque sólo había encendida una lámpara que emitía una luz tenue. Murmuró irritada al ver que la lámpara y el televisor seguían encendidos. Los apagó.

Entonces subió a su dormitorio —hacía mucho que ya no lo compartía con su marido—, se quitó el maquillaje, se desvistió y al poco se había quedado profundamente dormida.

A la mañana siguiente la señora Simpson llegó temprano, refunfuñando por lo bajini. Habían alterado su horario de trabajo. Primero, el cambio para limpiar la casa de la señora Raisin, y ahora la señora Cummings-Browne le había pedido que se pasara el domingo por la mañana porque se iban de vacaciones a la Toscana el lunes y Vera Cummings-Browne quería dejar la casa limpia antes de marcharse. Si trabajaba rápido, todavía podría llegar a su empleo dominical en Evesham a las diez.

Entró con la llave de reserva que dejaban debajo del felpudo, se preparó una taza de café, se la tomó en la cocina y luego se puso a trabajar, empezando por la misma cocina. Habría preferido hacer primero los dormitorios, pero sabía que los Cummings-Browne dormían hasta tarde. Si no se habían levantado cuando hubiera acabado con el salón no le quedaría más remedio que despertarlos. Terminó la cocina en un tiempo récord y, al entrar en el salón, arrugó la nariz ante el olor avinagrado. Pasó por detrás del sofá para abrir la ventana y que entrara aire fresco y su pie tropezó con el cadáver del señor Cummings-Browne. Tenía la cara desencajada y azulada, y yacía doblado sobre sí mismo. La señora Simpson retrocedió, tapándose la

boca con ambas manos. Por la cabeza le pasó la vaga idea de que la señora Cummings-Browne debía de estar fuera. El teléfono se hallaba en el antepecho de la ventana. Reuniendo todo el valor que pudo, se inclinó por encima el cadáver, marcó el número de emergencias y pidió que mandaran una ambulancia y a la policía. Entonces se encerró en la cocina a esperar su llegada. Ni se le ocurrió comprobar si de verdad estaba muerto ni tampoco salir a la calle a pedir ayuda más inmediata. Se sentó a la mesa de la cocina y juntó con fuerza las manos, como si rezara, paralizada por la conmoción.

El policía local fue el primero en llegar. El agente Fred Griggs era un hombre gordo y jovial, poco acostumbrado a enfrentarse a algo más que a robos de coches en la temporada turística y multas a algún esporádico conductor borracho.

Estaba inclinándose sobre el cadáver cuando llegaron los de la ambulancia.

En medio de toda esa conmoción, la señora Cummings-Browne bajó por las escaleras, ciñéndose con fuerza la bata guateada que llevaba puesta.

Cuando le informaron de que su marido había muerto, se aferró al poste del final de la escalera y dijo con voz aturdida:

—Pero... no puede ser. Ni siquiera estaba aquí cuando volví a casa. Tenía la presión alta; debe de haber sido un ataque al corazón.

Sin embargo, Fred Griggs se había fijado en los charcos de vómito reseco y en el rostro azulado y crispado del cadáver.

—No podemos tocar nada —les dijo a los de la ambulancia—. Estoy casi seguro de que ha sido un envenenamiento.

Ese domingo por la mañana, Agatha Raisin fue a la iglesia. No recordaba haber entrado nunca en una, pero tenía entendido que ir a la iglesia era algo que uno hacía en los pueblos. El servicio se oficiaba temprano, a las ocho y media, porque el vicario tenía que ir después a predicar a otras dos iglesias en las cercanías de Carsely.

Vio el coche del agente Griggs y una ambulancia delante de la casa de los Cummings-Browne.

—Me pregunto qué habrá pasado —dijo la señora Bloxby—. El señor Griggs no ha contado nada. Espero que no le haya pasado nada al pobre señor Cummings-Browne.

—Pues yo espero que sí —dijo Agatha—; puestos a que ocurra algo malo, no se me ocurre nadie más oportuno.

Y siguió adelante para entrar en la penumbra de la iglesia de St. Jude, mientras la esposa del vicario la miraba fijamente. Agatha cogió un misal y un himnario y escogió un banco al fondo de la iglesia. Llevaba su nuevo vestido rojo y en la cabeza lucía un sombrero de paja negro de ala ancha decorado con amapolas rojas. A medida que los feligreses iban entrando, Agatha se dio cuenta de que se había pasado con el atuendo. Todos los demás llevaban ropa informal.

Durante el primer himno, Agatha oyó el ulular de las sirenas de los coches de policía que se acercaban. ¿Qué habría pasado? Si uno de los Cummings-Browne hubiera muerto, seguramente no se requeriría más presencia que la de la ambulancia y el coche del policía local. La iglesia era pequeña, erigida en el siglo XIV, con delicadas vidrieras y bellos arreglos florales. Se utilizaba el viejo Book of Common Prayer, de la Iglesia anglicana. Leyeron fragmentos del Antiguo y el Nuevo Testamento, mientras Agatha se removía en el banco y se preguntaba si podría escabullirse para enterarse de qué estaba pasando.

El vicario subió al púlpito para empezar su sermón y todas las ideas de escabullirse desaparecieron de la cabeza de Agatha. El reverendo Alfred Bloxby era un hombre pequeño, delgado, de aspecto ascético, pero tenía una presencia fascinante. Con una voz hermosa y modulada, empezó a predicar; su sermón se titulaba:

«Ama a tu vecino». A Agatha le dio la impresión de que el sermón entero iba especialmente destinado a ella. Éramos demasiado débiles e impotentes para cambiar los asuntos del mundo, dijo, pero si cada uno de nosotros se comportara con sus vecinos con caridad, cortesía y amabilidad, las consecuencias de nuestros actos llegarían a todas partes. La caridad empieza en casa. Agatha recordó cómo había sobornado a la señora Simpson para quitársela a la señora Barr y se estremeció. Cuando dieron la comunión, se quedó en su banco, porque no sabía qué implicaba el ritual. Por último, con una sensación de alivio se unió al canto del último himno, *My Country "Tis of Thee"*, salió con impaciencia y estrechó superficialmente la mano del vicario, sin escuchar sus palabras de bienvenida al pueblo porque su mirada no se apartaba de los coches de policía que ocupaban todo el espacio delante de la casa de los Cummings-Browne.

El agente Griggs estaba de servicio en la calle, eludiendo todas las preguntas con un tranquilo:

—Ahora no puedo decir nada; sí, seguro que no puedo.

Agatha regresó despacio a casa. Desayunó un poco, cogió una novela de misterio de Agatha Christie e intentó leer, pero no podía concentrarse en las palabras. ¿Qué importaban los misterios de ficción cuando había uno real en el pueblo? ¿Le había golpeado la señora Cummings-Browne en la coronilla de la puntiaguda cabeza con el atizador de la chimenea?

Dejó el libro y se acercó al Red Lion, que bullía de rumores y conjeturas. Agatha se encontró en medio de un grupo de vecinos que hablaban con interés de la muerte. Le decepcionó enterarse de que el señor Cummings-Browne tenía la presión alta.

—Pero no puede haber sido por causas naturales —se quejó Agatha—, ¡con todos esos coches de policía!

—Oh, en Gloucestershire nos gusta hacer las cosas bien —señaló un hombre corpulento—. No es como en Lunnon, donde la gente la palma como moscas, cada dos por tres. Mi ronda. ¿Qué está tomando, señora Raisin?

Agatha pidió un *gin-tonic*. Era muy agradable encontrarse en el centro de aquel grupo tan acogedor. Cuando el *pub* cerró las puertas a las dos de la tarde, Agatha volvió a casa un tanto achispada. El pesado aire de los Cotswolds, combinado con la gran cantidad de bebida que había tomado, hizo que se quedara dormida. Al despertar, pensó que Cummings-Browne seguramente había tenido un accidente y que no merecía la pena darle muchas vueltas. Agatha Christie parecía ahora mucho más interesante que nada de lo que pudiera suceder en Carsely, y Agatha leyó hasta la hora de acostarse.

Por la mañana, decidió dar un paseo. En los Cotswolds, las rutas están oportunamente señalizadas con rótulos. Eligió la que empezaba al final del pueblo, más allá de las viviendas de protección oficial, y abrió una puerta que llevaba a los bosques.

Los árboles con sus verdes hojas nuevas formaban arcos sobre ella y las prímulas se acurrucaban entre sus raíces. Se oía un sonido de agua que fluía procedente de un arroyo oculto que quedaba a su izquierda. La escarcha nocturna se fundía lentamente bajo los rayos de sol que llegaban hasta el suelo a través de los árboles.

En las alturas, un mirlo cantaba una conmovedora melodía y el aire era dulce y fresco. El sendero la sacó del bosque y la condujo por las lindes de un campo de maíz, de color verde brillante y vivo, que se agitaba bajo la brisa como el pelaje de un inmenso felino verde. Una alondra alzó el vuelo hacia el cielo, recordándole a Agatha su juventud, los tiempos en que incluso los yermos de los alrededores de Birmingham estaban llenos de alondras y mariposas, los tiempos anteriores a las fumigaciones químicas. Siguió adelante, sintiéndose sana y fuerte y muy viva.

Siguiendo los rótulos, atravesó campos y más bosques hasta salir finalmente a la carretera que la llevaba de vuelta a Carsely. Mientras caminaba bajo los verdes túneles que formaban las ramas altas de los setos que se juntaban sobre su cabeza y veía el pueblo que se extendía a sus pies, toda la euforia causada por el saludable paso y el aire fresco la abandonó, y la sustituyó una inexplicable sensación de temor. Se sentía como si estuviera descendiendo hacia una especie de sepultura donde Agatha Raisin yacería enterrada viva. Una vez más se vio mortificada por el desasosiego y la soledad.

No podía seguir así. El sueño de su vida no era lo que ella había esperado. Podía venderlo todo, aunque el mercado inmobiliario todavía no se había recuperado. Tal vez podía dedicarse a viajar. Nunca había viajado mucho, se había limitado a aventurarse cada año en uno de esos viajes organizados caros, pensados para solteros que no querían mezclarse con la chusma: vacaciones en bicicleta por Francia, de pintura en España, ese tipo de cosas.

En la calle del pueblo, una vecina la recibió con una amplia sonrisa y Agatha esperó cansinamente el habitual «Buenos días», preguntándose cómo reaccionaría o qué diría la mujer si ella le respondiera: «Que le den».

Pero, para su sorpresa, la mujer se detuvo, apoyó la cesta de la compra en una

ancha cadera y dijo:

—La policía la está buscando. Los de paisano.

—No sé qué pueden querer de mí —repuso Agatha con inquietud.

—Pues más vale que vaya y lo averigüe, querida.

Agatha se apresuró, con la cabeza hecha un lío. ¿Qué podían querer? Tenía el permiso de conducir en orden. Claro que estaban aquellos libros que nunca había devuelto a la biblioteca de Chelsea...

Al acercarse a su casa, vio a la señora Barr en el jardín delantero, mirando fijamente a un grupo de tres hombres plantados ante la casa de Agatha. Cuando la señora Barr la vio, se metió rápidamente dentro de casa y cerró la puerta de golpe, pero ocupó a toda prisa su puesto de vigilancia en la ventana.

Un hombre delgado de aspecto cadavérico se acercó a Agatha.

—¿Señora Raisin? Soy el inspector jefe Wilkes. ¿Podemos hablar con usted? Dentro de casa.



Agatha los hizo pasar. El inspector jefe Wilkes le presentó al hombre moreno y callado que iba a su lado, el sargento Friend, y a un oriental regordete con cierto aire de Buda, el detective Wong.

Agatha se sentó en un sillón junto a la chimenea y ellos tres se acomodaron en el sofá, uno al lado de otro.

—Hemos venido para preguntarle por su quiche, señora Raisin —empezó Wilkes—. Tengo entendido que los Cummings-Browne se la llevaron a casa. ¿Qué le había puesto?

—¿A qué viene todo esto? —inquirió Agatha.

—Limítese a responder mis preguntas —dijo Wilkes imperturbable.

¿Que qué le había puesto a la quiche?, se preguntó Agatha, angustiada.

—Huevos, harina, leche y espinacas —contestó, esperanzada.

Entonces habló el detective Wong. Tenía un suave acento de Gloucestershire:

—Tal vez sería mejor que la señora Raisin nos llevara a su cocina y nos mostrara los ingredientes.

Los tres detectives se pusieron en pie al instante y empequeñecieron a Agatha, que se levantó también y se dio cuenta de que le temblaban las rodillas. Enseguida los condujo hasta la cocina, donde entraron tras ella.

Bajo sus miradas atentas, abrió los armarios.

—Qué raro —dijo Agatha—, parece que gasté todos los ingredientes. Soy muy ahorrativa.

Wong, que la había estado observando divertido, dijo de repente:

—Si me anota la receta, señora Raisin, me pasaré corriendo por Harvey's, compraré los ingredientes y entonces puede enseñarme cómo la preparó.

Agatha le clavó una mirada de odio. Sacó un libro de cocina titulado *Cocina francesa provincial*, lo abrió, hizo una mueca al oír el débil crujido de su lomo hasta ese momento jamás abierto y buscó en el índice. Encontró la receta requerida y escribió una lista de ingredientes. Wong la cogió y salió.

—Ahora, ¿serán tan amables de decirme a qué viene todo esto? —preguntó Agatha.

—Dentro de un momento —replicó Wilkes, imperturbable.

Si Agatha no hubiera estado tan asustada, le habría gritado que tenía derecho a saberlo, pero se limitó a preparar dócilmente una jarra de café instantáneo y a sugerir que se sentaran en el salón y se lo bebieran mientras esperaban a Wong.

Una vez los agentes salieron de la cocina, se estudió la receta. Siempre que hiciera exactamente lo que decía, sería capaz de prepararla bien. Había pensado aprender a hornear, así que tenía balanzas y medidores, a Dios gracias. Wong regresó con una bolsa de papel de estraza llena de comida.

—Vaya con los demás al salón —le mandó Agatha—, y ya les avisaré cuando esté

preparada.

Wong se sentó en una silla de la cocina.

—Me gustan las cocinas —dijo en tono afable—, miraré cómo la prepara.

Agatha le clavó una mirada de odio puro desde sus pequeños ojos marrones mientras encendía el horno y se ponía manos a la obra. En ese mismo momento, estaban atracando a montones de ancianas por todo el país, pensó sin poder controlarse, ¿es que no tenía nada mejor que hacer aquel desgraciado? Pero el detective parecía poseer una paciencia infinita. La estuvo observando con atención y entonces, cuando por fin ella metió la quiche en el horno, se levantó y se fue con los otros dos. Agatha se quedó donde estaba, confusa. Oía el murmullo de las voces del salón.

Era como haber vuelto a la escuela, pensó. Recordó a la directora que una vez las obligó a abrir todas las taquillas para inspeccionarlas sin explicar por qué. Oh, el temor a abrir su taquilla por si había algo que no debiera estar allí. Una mujer policía lo había revisado todo en silencio. Nadie explicó qué pasaba. Nadie dijo nada. Agatha todavía recordaba a las chicas calladas y asustadas, a los silenciosos y severos profesores, a la competente policía. Y entonces se llevaron a una de las niñas. No volvieron a verla; supusieron que la habían expulsado por lo que fuera que encontrarán en su taquilla, pero ninguna de sus compañeras fue a su casa a preguntarle. La sentencia contra ella la había dictado ya aquel misterioso mundo de adulto y había sido expulsada de sus vidas como por un castigo divino. Las demás habían seguido con sus rutinas escolares.

Sí, se sentía como una niña otra vez, arrinconada por su propio sentimiento de culpa y su silencio delator. Miró el reloj. ¿Cuándo había metido la quiche en el horno? Abrió la puerta. Allí estaba, alta, dorada y perfecta. Dejó escapar un suspiro de alivio y la sacó justo cuando Wong volvía a la cocina.

—Dejaremos que se enfríe un rato —dijo el policía, y abrió su cuaderno de notas—. A ver, hablemos de los Cummings-Browne. Usted cenó con ellos en Feathers. ¿Qué tomaron? Ajá. ¿Y luego? ¿Y qué bebieron ellos?

Y así siguió un buen rato mientras, por el rabillo del ojo, veía cómo la quiche dorada oscura se hundía lentamente en su caparazón de masa.

Wong cerró por fin su cuaderno y llamó a los otros.

—Cortaremos un trozo —dijo.

Agatha sacó un cuchillo y una espátula y cortó un trozo pastoso.

—¿De qué murió? —preguntó Agatha, angustiada.

—Cicuta —dijo Friend.

—¿Cicuta? —Agatha los miró fijamente—. ¿Y qué es eso, una enfermedad exótica?

—No —contestó el inspector jefe Wilkes con tono cansino—. Es una planta venenosa, no muy común, pero se encuentra en varias zonas de las islas británicas, entre ellas las Midlands occidentales, y estamos en las Midlands occidentales, señora

Raisin. Al examinar el contenido del estómago del difunto, se descubrió que había cenado quiche y bebido vino justo antes de morir. La materia vegetal se identificó como cicuta. La sustancia venenosa que contiene es un alcohol altamente insaturado, la cicutoxina.

—Mire, señora Raisin —dijo la voz suave de Wong—, la señora Cummings-Browne cree que su quiche envenenó a su marido... es decir, si es que usted preparó esa quiche.

Agatha miró por la ventana, furiosa, deseando que todos desaparecieran.

—¡Señora Raisin! —Se dio la vuelta. Los ojos sesgados del agente Wong estaban a la altura de los de Agatha. ¿No era demasiado bajo para ser policía?, pensó ella sin venir a cuento—. Señora Raisin —repitió en voz más suave Bill Wong—, en mi humilde opinión usted no ha horneado ni una quiche ni un solo pastel en toda su vida. No había abierto jamás sus libros de recetas, eso está claro. Algunos de sus utensilios de cocina todavía tenían pegadas las etiquetas con los precios. Así que, ¿quiere empezar por el principio? No tiene ninguna necesidad de mentir siempre que sea inocente.

—¿Se hará público en los tribunales? —quiso saber Agatha, desconsolada, preguntándose si la comisión de actos del pueblo podría demandarla por haber colado una quiche de The Quicherie en su concurso.

La voz de Wilkes sonó cargada de amenazas.

—Sólo si lo creemos necesario.

Una vez más, la memoria de Agatha la retrotrajo a sus años escolares. Había sobornado con dos chocolatinas y una bufanda roja a una compañera de clase para que le escribiera un trabajo. Desgraciadamente, la chica, una de las líderes del movimiento de los Jóvenes Cristianos, se lo confesó todo a la directora; Agatha fue convocada al despacho y la conminaron a que contara la verdad.

Y así, con una vocecita casi infantil, muy distinta a su habitual tono contundente, confesó que había ido a Chelsea y había comprado la quiche. Wong sonreía encantado y a ella le dieron ganas de retorcerle el pescuezo. Wilkes le pidió la factura de la quiche y Agatha la encontró al fondo del cubo de la basura, debajo de varios paquetes de comida congelada, y se la dio. Le dijeron que comprobarían su historia.

Agatha se pasó el resto del día escondida en casa, sintiéndose una criminal. Y habría seguido escondida si no se hubiera presentado la mujer de la limpieza, la señora Simpson, lo que le recordó que se había comprometido a darle la comida. Agatha corrió a Harvey's y compró un poco de embutidos y ensalada. Nada parecía haber cambiado. La gente hablaba del tiempo. La muerte de Cummings-Browne bien podría no haber sucedido jamás.

Agatha volvió y se encontró a la señora Simpson arrodillada, fregando el suelo de la cocina. Como señal de su bajo estado de ánimo, los ojos de Agatha se llenaron de lágrimas al verla. ¿Cuándo era la última vez que había visto a una mujer fregando un suelo de rodillas en lugar de empapararlo con una fregona? En Londres había

contratado a una larga sucesión de chicas de la limpieza a través de una agencia, sobre todo jóvenes extranjeras o actrices sin trabajo que parecían expertas en dar la impresión de haber limpiado sin hacerlo nunca a fondo.

La señora Simpson levantó la mirada e interrumpió su tarea.

—Le encontré yo, ¿sabe? —dijo—. El cadáver.

—No quiero hablar de eso —se apresuró a replicar Agatha, y la señora Simpson sonrió mientras escurría el trapo.

—Es una suerte porque, a decir verdad, no me gusta hablar del tema. Prefiero seguir con el trabajo.

Agatha se retiró al salón y, cuando la señora Simpson subió a la planta de arriba, le preparó una comida fría, la dejó sobre la mesa de la cocina al lado de un sobre con el dinero para ella y le dijo desde abajo:

—Voy a salir. Tengo una llave de reserva; cierre con ella cuando se vaya y déjela en el buzón.

Recibió una débil afirmación como respuesta, gritada por encima del ruido de la aspiradora.

Agatha cogió el coche y salió del pueblo. ¿A dónde podía ir? Era día de mercado en Moreton-in-Marsh; eso serviría. Una vez en el bullicioso pueblo tuvo que pelearse para encontrar aparcamiento y luego se unió a la multitud que atestaba los puestos de venta. Los Cotswolds parecían ser un lugar muy fértil. Por todas partes había chicas jóvenes con bebés y niños pequeños empujando cochecitos y sillitas, como llamaban los americanos a esos carritos con los que las madres embisten con aplomo contra las piernas de quienes no tienen hijos. Una vez había leído un artículo en el que una joven madre explicaba que había sufrido de agorafobia aguda cuando su criatura creció y ya no pudo llevarla en el carrito. Ciertamente el vehículo parecía dar a las madres un aire agresivo cuando, como Boadiceas contemporáneas, lanzaban sus carros a través de la multitud del mercado. Agatha compró un geranio para la ventana de la cocina, pescado fresco para la cena, patatas y coliflor. Estaba resuelta a cocinar todas sus comidas. Se había acabado la comida congelada. Tras dejar sus compras en el coche, comió en el Market House Restaurant, compró un perfume en la farmacia, una blusa en uno de los puestos y luego, a las cuatro, mientras el mercado cerraba, volvió sin ganas al coche y cogió la carretera de vuelta a casa.

La señora Simpson había dejado un jarrón de flores silvestres en medio de la mesa de la cocina. Bendita mujer. Todos los remordimientos de Agatha por habérsela arrebatado a la señora Barr se desvanecieron. Aquella mujer era la reina de las limpiadoras.

A la mañana siguiente llamaron a la puerta y Agatha gruñó para sus adentros. Cualquiera que no estuviera deprimido, pensó con amargura, esperaría ver a algún amigo en el umbral, pero no Agatha Raisin. Sabía que sólo podía ser la policía.

El detective Wong estaba en la puerta.

—Es una visita extraoficial —dijo—, ¿puedo pasar?

—Supongo —respondió Agatha con tono poco cortés—. Estaba a punto de servirme un jerez, pero no le preguntaré si le apetece uno.

—¿Por qué no? —respondió él con una sonrisa—. No estoy de servicio.

Agatha sirvió dos vasos de jerez, echó unos leños de serrín en la chimenea y la encendió.

—¿Y bien? —preguntó—, ¿en qué puedo servirle?

—Me llamo Bill Wong. Puede llamarme Bill.

—Un nombre muy apropiado. Si fuera mayor le llamaría Old Bill^[4]. Bueno, ¿qué tiene que decirme de la quiche?

—Ha quedado usted libre de toda sospecha —la informó Bill—. Comprobamos su historia. El señor Economides, el dueño de The Quicherie, recuerda que le vendió la quiche. No puede explicarse lo que ha pasado. Compra la verdura en la tienda de enfrente, y el verdulero va al nuevo Covent Garden de Vauxhall todas las mañanas a buscar su mercancía. La verdura procede de todo el país y del extranjero. La cicuta debió de llegar mezclada con las espinacas. Es un trágico accidente. Por supuesto, tuvimos que contarle a la señora Cummings-Browne de dónde procedía la quiche.

Agatha gruñó.

—Si no, podría haberla acusado de asesinato.

—Pero mírelo de este modo —se quejó Agatha—: ella podría haber asesinado a su marido poniendo la cicuta en mi quiche.

—Como la inmensa mayoría de la población británica, le aseguro que la señora Cummings-Browne no distinguiría un trozo de cicuta de una palmera —comentó Bill—. En cualquier caso, usted no pudo ser. Cuando dejó la quiche no tenía ni idea de que el señor Cummings-Browne se la llevaría a casa y se la comería. Así que queda descartada. Y tampoco pudo hacerlo la señora Cummings-Browne. Un envenenamiento semejante requeriría premeditación y sangre fría. No, se trató de un espantoso accidente. La cicuta estaba en alguna parte de la quiche.

—Lo siento por el señor Economides —dijo Agatha—. La señora Cummings-Browne podría demandarlo.

—Se ha mostrado generosa y ha dicho que no presentará denuncia. Es una mujer rica; tiene dinero. No ganaba nada con la muerte de su marido.

—Pero ¿por qué Cummings-Browne no se murió en cuanto probó el primer trozo de quiche? Tal vez alguien la cambió por otra. O..., déjeme pensar..., si no hubiera habido cicuta en esa porción, no sé, ¿tal vez en la bebida?

—Sí, nos lo planteamos —confirmó Bill—. La señora Cummings-Browne dijo que su marido se había sentido un poco indispuerto después de catar las quiches, pero ella lo había atribuido a la cantidad de bebida que había trasegado antes del concurso.

Agatha lo preguntó todo, inquirió por cuantos detalles no había preguntado hasta entonces. Lo habían encontrado muerto por la mañana, pero ¿por qué la señora Cummings-Browne se había ido directamente a la cama?

—Oh, porque por lo general su marido se acostaba más tarde; solía ir a beber al

Red Lion.

—Pero si esa bonita pareja, bueno, mejor dicho, la señora en cuestión, me dijo que ni a rastras la llevarían al Red Lion. Y ya ve, me lo dijo antes de que me la pegaran para zamparse un montón de basura espantosamente cara en Feathers.

»¡Esa bruja! Qué idiota soy. Bueno, ¿y cómo supo que yo no había cocinado la quiche? Porque usted lo sabía, lo sabía incluso antes de que la horneara.

—En cuanto vi que no había ni un solo ingrediente en la cocina no me cupo duda. —Se rio—. Le pedí que preparara una sólo para asegurarme del todo. ¡Debería haber visto la cara que puso!

—Ya, sí, muy gracioso.

Él la miró con curiosidad. Qué mujer más extraña, pensó. Su pelo castaño brillante y bien peinado no llevaba permanente, sino que era corto y con un flequillo que misteriosamente le quedaba bien a su cara cuadrada y más bien malhumorada. Tenía un cuerpo compacto y fornido, y unas piernas sorprendentemente bonitas.

—¿Por qué era tan importante —quiso saber Bill—, para una exmujer de negocios dinámica como usted, ganar un concurso de pueblo?

—Me sentía fuera de lugar —dijo Agatha con tristeza—, quería llamar la atención.

Él se rio con ganas y sus ojos se cerraron como ranuras.

—Pues es lo que acaba de hacer. La señora Cummings-Browne sabe que mintió y también lo sabe Fred Griggs, el poli local, y él es un cotilla profesional.

Agatha se sentía demasiado humillada para hablar. Hasta ahí había llegado su sueño de un hogar. Tendría que venderlo todo. ¿Cómo iba a mirar a nadie del pueblo a la cara?

Él le dirigió una mirada comprensiva.

—Si quiere llamar la atención en el pueblo, señora Raisin, podría intentar hacerse popular.

Agatha le miró, asombrada. Fama, dinero y poder eran sin duda lo único necesario para llamar la atención, para dejar huella en el mundo.

—Es un proceso lento —continuó él—. Lo único que tiene que hacer es proponerse que le caigan bien los demás. Si usted, además, les cae bien a ellos, considérela un premio.

Qué tipos más raros admitían en la policía últimamente, pensó Agatha, sorprendida. ¿Acaso a ella no le caía bien la gente? Claro que no. Bueno, hasta el momento la única gente que la había desagradado en aquel pueblo de paletos, pensó con crueldad, eran la caraculo de la puerta de al lado, la señora Cummings-Browne y el querido difunto.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó ella.

—Veintitrés —respondió Bill.

—¿Chino?

—Medio. Mi padre es de Hong Kong y mi madre, de Evesham. Me crie en

Gloucestershire.

Se levantó para marcharse pero, sin saber por qué, Agatha quería que se quedara.

—¿Está casado? —preguntó.

—No, señora Raisin.

—Bueno, siéntese un rato —le pidió Agatha con tono apremiante— y hábleme de usted.

Otro destello de comprensión apareció en los ojos del detective, que se sentó y empezó a contarle su breve carrera en la policía, mientras Agatha escuchaba, calmada por su tono seguro y pausado. Sin que ella lo supiera, aquél era el principio de una extraña amistad.

—Bueno —dijo él por fin—, tengo que irme, de verdad. Caso cerrado, caso resuelto. Un lamentable accidente. La vida sigue.

Al día siguiente, para eludir las miradas de los vecinos, esas miradas que la acusarían de ser una tramposa, Agatha condujo hasta Londres. Estaba preocupada por el señor Economides. Compradora habitual de comida para llevar, había frecuentado la tienda del señor Economides durante años. Tal vez algunos de los comentarios de Bill Wong habían dado en el blanco, pero Agatha se había dado cuenta de que el señor Economides, por más que su relación hubiera sido sólo la de cliente y vendedor, era lo más parecido a una amistad que tenía. En la tienda había un par de mesas pequeñas con sillas para los clientes que querían tomarse un café, y cuando la tienda estaba tranquila, Economides invitaba a menudo a Agatha a uno y le contaba historias de su numerosa familia.

Pero al llegar, la tienda estaba llena y el señor Economides se mostró comedido en sus respuestas, mientras sus manos velludas y competentes envolvían quiches y embutidos para los clientes. Sí, la señora Cummings-Browne se había presentado en persona para asegurarle que no le demandaría. Sí, había sido un trágico accidente. Y ahora, ¿podía disculparle la señora Raisin...?

Agatha se marchó; se sentía bastante chafada. Londres, que la había envuelto hasta hacía tan poco como un abrigo multicolor, ahora se desplegaba en calles solitarias llenas por todas partes de desconocidos. Fue a la librería Foley's en Charing Cross Road y hojeó un libro sobre plantas venenosas. Examinó la foto de una cicuta. Era una planta de aspecto inofensivo con un tallo rugoso e inflorescencias compuestas de grupos de florecillas blancas. Estaba a punto de comprar el libro cuando de repente pensó: ¿por qué molestarse? Había sido un accidente, un triste accidente.

Se paseó por unas cuantas tiendas más antes de volver a su coche y unirse a la larga cola de tráfico que vomitaba Londres. Reacia a regresar al pueblo antes de anochecer, salió de la autopista, se dirigió a Oxford, aparcó el coche en St. Giles y fue al hotel Randolph a tomar un té. Era la única clienta, algo raro en aquel hotel tan popular. Se acomodó en un inmenso sofá, se bebió el té y comió unos bollos que le sirvió una joven camarera con una cara que parecía salida de un cuadro prerrafaelita.

Desde la calle le llegaba el débil estruendo del tráfico que se abría paso por Beaumont Street, delante del museo Ashmoleum. El hotel tenía un leve aire eclesiástico, como si estuviera habitado por las almas húmedas de los decanos difuntos. Empujó el último bollo por el plato; no le apetecía comérselo. Necesitaba un propósito en la vida, un objetivo, pensó. ¿No sería maravilloso que Cummings-Browne hubiera sido asesinado? ¿Y si ella, Agatha Raisin, resolvía el caso? Entonces la conocerían en todos los Cotswolds; la gente acudiría a ella, la respetaría. ¿Seguro que había sido un accidente? ¿Qué tipo de matrimonio eran en realidad los Cummings-Browne, si al volver a casa la mujer subía corriendo a acostarse mientras su marido yacía muerto detrás del sofá? ¿Por qué habitaciones separadas? Ese detalle se lo había contado Bill Wong. ¿Cómo era posible que la famosa y excelente quiche del señor Economides de golpe contuviera cicuta cuando durante muchos años no había recibido ni una sola queja? Tal vez podía preguntar por ahí. Sólo algunas preguntas. No hacía daño a nadie.

Sintiéndose más animada de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo, pagó la cuenta y le dio una generosa propina a la amable camarera. El sol se estaba ocultando detrás de los árboles cuando entró en el pueblo y giró en Lilac Lane. Recogió la llave de reserva y luego oyó que sonaba el teléfono, agudo e insistente.

Maldijo por lo bajini mientras manoseaba con torpeza la llave. Era la primera vez que sonaba su teléfono. Tropezó en la puerta y avanzó tanteando en la oscuridad.

—Soy Roy —dijo la familiar voz remilgada de su antiguo ayudante.

—Me alegro de oírte —exclamó Agatha en un tono que nunca había utilizado con el joven.

—Verás, Aggie, esperaba poder hacerte una visita este fin de semana.

—Claro, eres bienvenido.

—Tengo un amigo australiano, Steve, que quiere conocer la campiña inglesa. ¿Te importa si lo llevo?

—Cuantos más seamos más reiremos. ¿Vendréis en coche?

—Pensábamos coger el tren y llegar el viernes por la noche.

—Espera un momento —dijo Agatha—, tengo los horarios aquí. —Rebuscó en el bolso—. Sí, hay un tren directo que sale de Paddington a las seis y veinte de la tarde. No tenéis que hacer transbordo. Llega a Moreton-in-Marsh...

—¿Dónde has dicho?

—Moreton-in-Marsh.

—Demasiado típico de Agatha Christie para entenderlo a la primera, querida.

—Iré a esperaros a la estación.

—Este fin de semana son las fiestas de primavera, Aggie, y Steve quiere ver los mayos, los bailarines de Morris y todas esas historias^[5].

—No he tenido tiempo de fijarme en ningún cartel, Roy. He estado involucrada en una muerte.

—¿Es que alguno de esos mastuerzos intentó comerte con algo más que con los

ojos, querida?

—Nada por el estilo. Ya te lo contaré cuando te vea.

Agatha silbó para sí mientras abría ruidosamente uno de sus libros de cocina y empezaba a preparar el pescado que había comprado el día anterior. Había un montón de recetas exóticas. Seguramente bastaba con freír el pez. Eso hizo y, al acabar, se dio cuenta de que no había cocido las patatas ni la coliflor. Metió una bolsa de patatas precocinadas en el microondas y abrió una lata de guisantes muy verdes. Cuando finalmente se sentó a cenar, al paladar poco exigente de Agatha le pareció todo delicioso.

Al día siguiente, se pasó por Harvey's y revisó los carteles pegados en la puerta. Sí, el sábado habría bailes de Morris, bailes alrededor de un mayo y una feria en el mismo pueblo. La gente la saludaba con la cabeza y le sonreía. Nadie dijo «quiche» ni nada desagradable por el estilo. Animada, Agatha volvió corriendo a casa, pero la señora Barr la detuvo antes de llegar a la puerta de su jardín.

—Creía que ayer estaría en las diligencias finales que practicaron en Mircester —comentó la señora Barr, con una mirada fría y vigilante.

—Nadie me lo pidió —replicó Agatha—. Fue un accidente. Supongo que las pruebas de la policía eran suficientes.

—No para mí —observó la señora Barr con frialdad—. No se comentó nada de la forma en que usted engañó en el concurso.

La curiosidad pudo más que la rabia de Agatha.

—¿Por qué no? Seguramente se mencionó que la quiche se compró en una tienda de Chelsea, ¿no?

—Oh, sí, eso sí se dijo, pero no se pronunció ni una sola palabra de condena sobre usted, una farsante y mentirosa. La pobre señora Cummings-Browne se vino abajo. No necesitamos a gente como usted en este pueblo.

—¿Y cuál fue el dictamen?

—Muerte accidental, pero usted le asesinó, Agatha Raisin. Le asesinó con su repugnante quiche extranjera; es exactamente igual que si le hubiera apuñalado.

Los ojos de Agatha centellearon.

—A usted sí que la voy a asesinar, bruja maliciosa, como no desaparezca de mi vista ya.

Se fue a casa con lágrimas temblándole en los ojos, horrorizada ante su propia conmoción, ante su consternación y debilidad.

Gracias a Dios que venía Roy. El bueno de Roy, pensó Agatha, sentimental, olvidándose de que siempre lo había tenido por un joven afeminado y aburrido al que habría despedido si no hubiera tenido un toque mágico con el peculiar mundillo de la música pop.

Llamaron a la puerta y Agatha se encogió del susto, preguntándose si algún otro de sus desagradables vecinos habría ido a meterse con ella. Pero cuando abrió vio a Bill Wong en el umbral.

—He venido a contarle lo de las diligencias forenses —dijo el policía—. Me pasé por aquí ayer, pero había salido.

—Fui a ver a unos amigos —dijo Agatha con altivez—. De hecho, dos de ellos van a venir este fin de semana. Pero pase, pase.

—¿Qué quería la señora Barr? —le preguntó con curiosidad mientras la seguía hasta la cocina.

—Acusarme de asesinato —balbuceó Agatha, que guardó la comida en los armarios—. ¿Le apetece un café?

—Sí, por favor. Bien, se han concluido las diligencias; el señor Cummings-Browne será incinerado y sus cenizas esparcidas a los cuatro vientos en la llanura de Salisbury en recuerdo de sus tiempos en el ejército.

—Tengo entendido que la señora Cummings-Browne se desmayó en las diligencias —dijo Agatha.

—Sí, sí, se desmayó. Dos terrones, por favor y sólo un chorrito de leche. Sí, muy conmovedor.

Agatha se dio la vuelta y le miró, con un interés que crecía por momentos.

—¿Cree usted que fingía?

—Es posible. Pero lo que me sorprendió es que hubiera tanta gente que le llorara. Había bastantes damas sollozando en sus pañuelos.

—¿Con sus maridos o solas?

—Solas.

Agatha puso una taza de café delante del detective, se sirvió otra y se sentó a la mesa de la cocina enfrente de él.

—Hay algo que le inquieta —observó.

—Bueno, el caso está cerrado y tengo mucho trabajo que hacer. Hay una verdadera epidemia de robos de coches en Mircester.

—¿A qué hora se acostó la señora Cummings-Browne la noche que murió su marido? —preguntó Agatha.

—Poco después de medianoche, más o menos.

—Pero el Red Lion cierra a las once en punto y está sólo a unos minutos a pie.

—Ella contó que él solía quedarse hasta más tarde, bebiendo con amigos.

Los ojos de Agatha se entrecerraron con astucia.

—¡Ajá! Y había mujeres sollozando en las diligencias forenses. No me diga que el orejones era un donjuán.

—No hay ninguna prueba.

—Y la señora Cartwright siempre ganaba el concurso. ¿Por qué?

—Tal vez porque era la que mejor cocinaba.

—Nadie prepara la quiche mejor que el señor Economides —dijo Agatha en un tono tajante.

—Pero usted es una forastera. Parece natural que le dieran el premio a una de las vecinas de toda la vida.

—Aun así...

—Veo en su mirada, señora Raisin, que usted preferiría que hubiera sido un asesinato y así poder limpiar su conciencia.

—¿Por qué ha venido a contarme lo de las diligencias?

—Creí que le interesaría. Hay un párrafo sobre la noticia en el *Gloucestershire Telegraph* de hoy.

—¿Lo tiene ahí? —preguntó Agatha—. Déjeme verlo.

El detective se metió la mano en el bolsillo y sacó un periódico arrugado.

—Página tres.

Agatha fue a la página tres.

Ayer, en el tribunal de instrucción de Mircester, se pronunció el dictamen definitivo sobre una muerte accidental por ingesta de una quiche envenenada. La víctima fue el señor Reginald Cummings-Browne, de cincuenta y ocho años, con domicilio en Plumtrees Cottage, en Carsely. Dadas las pruebas, el inspector jefe Wilkes afirmó que la cicuta había sido introducida en la quiche de espinacas accidentalmente. La quiche la había comprado una recién llegada al pueblo, la señora Agatha Raisin, en una tienda de comida preparada de Londres, y la había presentado al concurso de quiches del pueblo como si la hubiera cocinado ella, un concurso del que el difunto señor Cummings-Browne era el juez.

El dueño de la tienda, el señor Economides, declaró a la policía que la cicuta debió de llegar mezclada con las espinacas accidentalmente. Se subrayó que ninguna responsabilidad podía atribuírsele al desafortunado señor Economides, un inmigrante griego de cuarenta y cinco años dueño de The Quicherie en World's End, en el barrio de Chelsea.

La señora Vera Cummings-Browne, de cincuenta y dos años, se desmayó en el tribunal.

El señor Cummings-Browne era una persona muy conocida en los Cotswolds...

—Y bla, bla, bla —concluyó Agatha dejando el periódico—. Poco más de un párrafo.

—Ha tenido suerte —dijo Bill Wong—, si no hubiera habido disturbios y dos muertos en Mircester, estoy convencido de que el emprendedor periodista se habría pasado por aquí a preguntar por la tramposa recién llegada a Carsely. Ha salido bien parada.

Agatha suspiró.

—Nunca me lo perdonarán, a no ser que pueda demostrar que fue un asesinato.

—No se busque más problemas. Para eso está la policía. Lo mejor es que todos se olviden del papel que tuvo usted en la muerte. Economides también ha tenido suerte:

con todo lo que está pasando en Rusia, ni un solo periódico de Londres se ha molestado en recoger la noticia.

—Sigo preguntándome por qué ha venido.

Él se bebió lo que quedaba de su café y se levantó.

—A lo mejor es que me cae bien, Agatha Raisin.

Agatha se ruborizó por primera vez en su vida, o casi. Él le dedicó una mirada divertida y se marchó.



Agatha estaba bastante nerviosa mientras esperaba que el Cotswold Express entrara en la estación de Moreton-in-Marsh. ¿Cómo sería el amigo de Roy? ¿Le caería bien? En realidad, la principal preocupación de Agatha era no caerle bien a él, pero ni siquiera se atrevía a reconocerlo.

El tiempo había mejorado, pero todavía hacía frío. El tren, oh milagro milagroso, llegó puntual. Roy descendió y corrió a abrazarla. Llevaba vaqueros y una camiseta con la leyenda I HAVE BEEN USED. Tras sus pasos se acercó un joven menudo; tenía un pelo tupido y negro, un denso bigote y llevaba una chaqueta vaquera azul clara, vaqueros y botas de *cowboy* de tacón alto. Butch Cassidy acaba de llegar a Moreton-in-Marsh. Así que ése era Steve. Él le estrechó la mano sin fuerza y se quedó mirándola con ojos perrunos.

—Bienvenido a los Cotswold —dijo Agatha—. Roy me ha dicho que eres australiano. ¿Estás de vacaciones?

—No, soy analista de sistemas —respondió Steve con el esmerado acento inglés de una Eliza Doolittle que todavía no domina la lengua^[6]—. Trabajo en la City.

—Bueno, venid —dijo Agatha—. Tengo el coche aparcado ahí fuera. Pensé que lo mejor era que esta noche os llevara a cenar fuera. No soy muy buena cocinera.

—No, no lo eres, preciosa —convino Roy, que se volvió a Steve—. La llamábamos la reina del microondas. Comía casi siempre en el despacho y hasta tenía un microondas allí para calentarse platos espantosos, como Curry Picante Rajah's y cosas así. Y ¿dónde vamos a cenar, Aggie?

—Había pensado ir al *pub* Red Lion, en el mismo pueblo.

Abrió la puerta del coche, pero Roy no se movió.

—¿Rancho de *pub*? —preguntó.

—Sí.

—¿Bistec, pastel de riñones y patatas fritas, salchichas y patatas fritas, pescado y patatas fritas y lasaña y patatas fritas?

—Sí, ¿pasa algo?

—¿Que si pasa algo? Mi pequeño y delicado estómago se contrae de miedo sólo de pensarlo, eso es lo que pasa. Mi amigo Jeremy dijo que había un restaurante muy bueno, el Horse and Groóme, en Bourton-on-the-Hill. ¿No te parecen increíbles los nombres de estos sitios, Steve? Mira, ya se le está cayendo la baba. —Steve permanecía impasible—. Son vascos y preparan un montón de platos de pescado. A ver, Aggie, ¿te sabes el del incendio en un partido de fútbol de vascos? Todos salen corriendo del estadio y mueren aplastados en la salida, ¿y sabes cuál es la moraleja, querida? No corras detrás de la *basca*, ¿lo pillas?

—Deja de decir tonterías —dijo Agatha—. Muy bien.

Probaremos el restaurante, aunque si es tan bueno no tendrán ninguna mesa libre.

Pero resultó que en el Horse and Groom acababan de anular una reserva justo antes de que ellos llegaran. El salón era elegante y cómodo, y la comida, excelente. Agatha le pidió a Steve que le hablara de su trabajo, pero se arrepintió amargamente en cuanto él se lanzó a una larga y aburrida descripción de sus labores en particular y de los ordenadores en general.

Incluso Roy se cansó del monólogo de su amigo, así que lo interrumpió.

—¿Qué era eso de que estabas implicada en una muerte, Aggie? —preguntó.

—Se trató de un terrible error —explicó Agatha—. Presenté una quiche de espinacas a un concurso del pueblo. Uno de los jueces la comió y murió envenenado.

Roy se rio y se le iluminó la mirada.

—Lo que yo te diga; nunca has sido capaz de cocinar, Aggie, querida.

—No la preparé yo —se quejó Agatha—. Compré la quiche en The Quicherie, en Chelsea, y la presenté al concurso.

Steve la miró con seriedad.

—Pero se supone que en esos concursos de comida casera es uno el que debe cocinar, ¿no?

—Sí, pero...

—Pero ella estaba intentando jugársela a alguien, para variar —se jactó Roy—. ¿Quién era el juez y de qué murió?

—El señor Cummings-Brown. De envenenamiento por cicuta.

—¿Ci... qué? ¿Qué es eso, una de esas extrañas enfermedades agrícolas como la fiebre porcina o los hongos de las raíces?

—No, la cicuta es una planta. Debió de mezclarse con las espinacas que utiliza el señor Economides, el de la tienda de comida preparada.

Steve dejó el tenedor encima de la mesa y miró con toda seriedad a Agatha.

—Así que tú le mataste.

Roy soltó una estentórea carcajada, levantó los pies del suelo, se cayó de la silla y rodó por la alfombra del salón, agarrándose la barriga. Los otros comensales le miraban con las educadas sonrisas congeladas que esbozan los ingleses ante cualquier comportamiento amenazador.

—Oh, Aggie —resolló Roy cuando su amigo hubo recogido la silla y le hubo sentado de nuevo con un empujón—, eres todo un personaje.

Con paciencia, Agatha explicó la triste historia entera. Había sido un lamentable accidente.

—¿Y qué piensan de ti en el pueblo? —preguntó Roy, enjugándose las lágrimas que le caían a raudales de los ojos—. ¿Te llaman la Borgia de los Cotswolds?

—No sabría decirte qué piensan —repuso Agatha—. Pero más vale que venda la casa. Lo de instalarme en Carsely fue un terrible error.

—Espera un momento —intervino Steve, que con cuidado, extrajo un trozo de langosta y se lo llevó a la boca—. ¿Dónde crece esa cicuta?

—En las Midlands occidentales, y esto, como señaló la policía, son las Midlands

occidentales.

Steve frunció el ceño.

—¿Crece en las granjas, entre los cultivos normales?

Agatha rebuscó en su memoria lo que había leído sobre cicuta en el libro de Foyle's.

—En terrenos pantanosos.

—Me han dicho que los Cotswolds son famosos por sus espárragos y fresas..., oh, y por las ciruelas y cosas así —observó Steve—. Lo leí. Pero nada de espinacas. Y ¿cómo iba a nacer en un campo de espinacas una planta que crece en los pantanos?

—No lo sé —dijo Agatha—, pero, por lo que recuerdo, también crece en otros puntos de las islas británicas. Me refiero a que lo que llega a Covent Garden procede de todas partes, tanto del extranjero como de todas las regiones de Inglaterra.

Steve negó despacio con la cabeza, a la vez que mantenía la boca abierta y examinaba otro trozo de langosta.

—¿Estás preguntándote si este mes lleva erre y puedes comer marisco o qué? —quiso saber Roy—. Tienes toda la pinta de una de esas caras de los parques de atracciones a las que les tiras pelotas para ver si se las metes en la boca.

—Simplemente, no puede ser —dijo Steve.

—¿El qué?

—Mira, fíjate. Un campo de espinacas se cultiva y se cosecha. Por alguna razón, una planta de las marismas se mezcla con las espinacas, ¿me sigues? Bien, en ese caso ¿cómo es que no murió nadie más? ¿Cómo fue a parar toda la cicuta a una quiche de espinacas? Sólo a una. Lo más probable es que otro trozo hubiera acabado en otra quiche. Que algún otro de los clientes de ese Economides mordiera el polvo.

—Oh, la policía se habrá ocupado de eso —señaló Roy un tanto irritado. Le parecía que Steve estaba acaparando demasiado la conversación. Este negó lentamente con la cabeza.

—Mira —dijo Agatha—. Sé razonable. ¿Quién iba a saber que yo saldría corriendo ofendida y dejaría allí esa quiche? ¿Quién podría saber siquiera que los Cummings-Browne se la llevarían a casa? Podría habérsela quedado el vicario y dársela a algún anciano pensionista. O podría haberla cogido lord Pendlebury.

—¿Cuándo llevaste tu quiche al concurso? —preguntó Steve.

—La noche anterior.

—¿Así que pasó allí toda la noche, sin vigilancia, en el salón de actos? Alguien pudo preparar otra quiche con cicuta y cambiarla por la de Agatha.

—Volvemos al móvil —señaló ella—. Supongamos, sí, que alguien sustituyó mi quiche por otra envenenada. ¿Quién podría saber que acabaría llevándosela Cummings-Browne? Ni siquiera yo sabía hasta el último momento que me iría corriendo.

—Pero podría estar destinada a ti —dijo Steve—, ¿no lo ves? Aunque hubieras ganado el concurso, sólo habrían cortado una pequeña porción para juzgarlo, y tú te

habrías llevado el resto a casa. —Se inclinó hacia delante—. ¿Quién te odia tanto?

Agatha pensó con inquietud en la señora Barr y luego se encogió de hombros.

—Esto es ridículo. ¿Es que lees a Agatha Christie?

—A todas horas —confirmó Steve.

—Bueno, yo también, pero por más divertidas que sean esas historias de detectives, créeme, los asesinatos suelen ser repentinos y violentos, y tienen lugar en ciudades; algún marido bruto y borracho que apalea a su mujer hasta matarla y cosas así. ¿No lo entiendes? Ya me gustaría que hubiera sido un asesinato.

—Sí, eso sí lo entiendo —dijo Steve—, porque has quedado como una tramposa.

—Eh, espera un momento...

—Pero todo esto resulta muy extraño.

Agatha guardó silencio. Si no se hubiera empeñado en ganar aquel estúpido concurso...

Mientras pagaba la cuenta y llevaba a sus invitados de vuelta, la asaltó una vez más una sensación de soledad. Tenía por delante un fin de semana entero dedicado a entretener a esta preciosa pareja y, aun así, su misma presencia subrayaba su soledad. Roy no sentía hacia ella ningún afecto real; su amigo quería ver la Inglaterra rural, así que Roy se aprovechaba de ella.

Roy brincó alrededor de la casa, mirándolo todo.

—Muy mono, Aggie —fue su veredicto—. ¡Herraduras de imitación! Vaya, vaya. Y todas esas herramientas agrícolas.

—Bueno, ¿y tú qué pondrías? —preguntó Agatha, irritada.

—No lo sé, cariño. Parece un decorado. Aquí no veo nada de Aggie.

—Es comprensible —dijo Steve—. Hay gente que no tiene una personalidad que pueda reflejarse en la decoración de interiores. Para eso tienes que ser una persona casera.

—Una puede hartarse de la gente, ¿sabéis? —comentó Agatha con mordacidad—. A la cama los dos. Estoy cansada. Las fiestas en el pueblo no empiezan hasta mediodía, así que podéis dormir lo que queráis.

A la mañana siguiente, Roy se hizo cargo de la cocina al ver que Agatha estaba a punto de pasar las salchichas para el desayuno por el microondas. Se puso a silbar alegremente mientras lo preparaba y Agatha le dijo que sería una estupenda esposa.

—Mejor que tú, Aggie —respondió él, divertido—. Es un misterio que tu salud no se haya resentido con tantos curries pasados por el microondas.

Steve bajó envuelto en una bata a rayas doradas y azules, que tenía todavía la etiqueta de un club de criquet en el bolsillo.

—La compró en un puesto de un mercadillo —explicó Roy—. No te molestes en hablarle, Aggie. No se despierta de verdad hasta que se ha tomado una jarra de café.

Agatha leyó por encima los periódicos de la mañana, pasando las páginas rápidamente para ver si traían algo más sobre el envenenamiento de la quiche, pero ni siquiera lo mencionaban.

La mañana transcurrió tranquilamente, aunque silenciosa; más tarde se dirigieron a la calle principal y Roy pasó por delante de la casa de la señora Barr haciendo volteretas laterales. Agatha vio que las cortinas se retorcían.

Steve sacó un gran cuaderno y empezó a anotar todo acerca de las fiestas, que empezaban con la coronación de la Reina de Mayo, una pequeña y preciosa colegiala de figura delgada y anticuada. En realidad, todos los escolares parecían ilustraciones de un libro olvidado hacía mucho, con sus caritas inocentes y sus cuerpos sin desarrollar. Agatha estaba acostumbrada a ver jovencitas que enseñaban pechos y traseros. A la Reina la llevaban casi en volandas los bailarines de Morris, con sus sombreros de copa floridos y sus cascabeles tintineantes en las rodillas. A Roy le decepcionaron los bailarines, seguramente porque a pesar de los vistosos sombreros, parecían un equipo de jugadores de rugby borrachos e iban encabezados por un hombre de pelo cano que golpeaba a la gente con una vejiga de cerdo.

—Se supone que te hace fértil —explicó Steve con tono serio, y Roy se rio a carcajadas, lo que avergonzó a Agatha.

Pasearon por los puestos que habían montado en la calle principal. Todo el mundo parecía vender algo para una obra de beneficencia u otra. Agatha se apartó con una mueca del tenderete de comidas caseras. Roy ganó una lata de sardinas en una tómbola y se entusiasmó tanto que empezó a comprar un boleto tras otro hasta que le tocó una botella de *whisky* escocés. Había un juego de bolos y todos probaron; la banda del pueblo tocaba temas de musicales, y luego volvieron los bailarines de Morris, con sus saltos al aire soleado, acompañados por un violín y un acordeón.

—¿Sois conscientes de que vivís en un anacronismo? —preguntó Steve en un tono serio mientras tomaba notas en su cuaderno.

Roy quiso probar suerte otra vez en la tómbola y Steve se alejó. Agatha hojeó una pila de libros viejos de uno de los puestos y miró fijamente a la mujer que los vendía: ¡la señora Cartwright!

Agatha ya había reparado en que tenía cierto aire de gitana, con su piel morena que llamaba la atención entre los más bien rosáceos vecinos del pueblo. Un pelo basto le caía por la espalda y la mujer cruzaba los brazos sobre un abundante pecho.

—¿Es usted la señora Cartwright? —preguntó Agatha, dubitativa.

Los ojos oscuros de la mujer se fijaron en ella.

—Ah, usted debe de ser la señora Raisin —la saludó—. Mal asunto lo de su quiche.

—No lo entiendo —dijo Agatha—. No debería haberla comprado, pero por otra parte, ¿cómo es posible que acabara la cicuta en una quiche preparada en Londres?

—Londres está llena de cosas desagradables —replicó la señora Cartwright, reordenando algunos libros de bolsillo que se habían caído.

—Bueno, la consecuencia es que tendré que vender la casa —concluyó Agatha—. No puedo quedarme aquí después de lo que ha pasado.

—No fue más que un accidente —observó la señora Cartwright con tranquilidad

—. Yo creo que uno no debe salir corriendo después de un accidente. Además, me alegró mucho que toda una dama de Londres tuviera que comprar una quiche para competir conmigo.

Agatha esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sí, me habían contado que usted era la mejor cocinera de los Cotswolds. Mire, me gustaría hablar de ello un poco más a fondo. ¿Puedo pasar a verla?

—Cuando quiera —aceptó la señora Cartwright sin mucho interés—. Vivo en Judd's Cottage, pasado el Red Lion, en la antigua Station Road.

Roy se acercaba haciendo cabriolas y Agatha se apartó rápidamente del puesto, temerosa de que la charla y la afectación de Roy predispusieran a la señora Cartwright en su contra. Agatha se sentía un poco mejor. La señora Cartwright no la había acusado de estafadora, ni siquiera había sido desagradable.

Pero entonces, después de que Steve y Roy se reunieran con ella y cuando se disponían a salir de la feria de la fiesta de Mayo, se toparon de frente con la señora Barr, que se detuvo ante Agatha con los ojos centelleantes.

—Me sorprende que tenga el valor de dar la cara a plena luz del día —dijo.

—¿Qué mosca le ha picado, querida? —le preguntó Roy.

—Esta mujer —la señora Barr cabeceó en dirección a Agatha— causó la muerte a uno de nuestros más respetables vecinos, envenenándolo.

—Fue un accidente —dijo Roy antes de que Agatha pudiera replicar—. Piérdase, vieja bruja; vámonos, Aggie.

La señora Barr se quedó abriendo y cerrado la boca en gesto silencioso de rabia mientras Roy se llevaba a Agatha.

—Vieja foca mezquina —dijo Roy cuando entraron en Lilac Lane—. ¿Por qué está tan cabreada?

—Le robé a la mujer de la limpieza.

—Vaya, menudo crimen. Se ha asesinado a gente por menos. Llévanos a Bourton-on-the-Water, Aggie. Steve quiere verla y después del pedazo de desayuno todavía no tenemos hambre.

Agatha, pese a que todavía estaba afectada por el comentario de la señora Barr, sacó el coche con paciencia.

—Stow-on-the-Wold —chilló Roy un cuarto de hora más tarde, cuando estaban a punto de dejar atrás ese pueblo—. Tenemos que verlo.

Así que Agatha dio media vuelta, entró en la plaza principal y pudo meter el morro de su coche en la única plaza de aparcamiento que quedaba libre, adelantándose a un coche familiar.

Nunca había visto tantos bailarines de Morris. Parecían estar por todas partes y agitaban sus pañuelos y saltaban como Nijinskys, con más vigor que los de Carsely.

—Me parece —dijo Roy— que cuando has visto a unos cuantos bailarines de Morris los has visto a todos. Deja ya el cuaderno, Steve, por lo que más quieras.

—Todo esto es muy interesante —repuso Steve—. Algunos sostienen que la

danza Morris era originalmente un baile de moros, ¿tú que crees?

—Pues creo que... voy a bostezar, gua, guaaa —contestó Roy en tono irritado—. Anda, vamos a probar los placeres cosmopolitas de Bourton-on-the-Water.

Bourton-on-the-Water es ciertamente uno de los pueblos más pintorescos de los Cotswolds, con un arroyo cristalino que atraviesa el centro bajo varios puentes de piedra. El problema es que es muy famoso y siempre está atestado de turistas. Aquella fiesta de Mayo estaban todos allí, y Agatha añoró las tranquilas calles de Londres. Había turistas por todas partes: grandes familias, niños chillones y llorosos, autocares de pensionistas de Gales, tipos de Birmingham envueltos en músculos tatuados, jóvenes Lolitas con minifaldas y zapatos blancos de tacón alto... Todos se tropezaban, comían helados y se reían como bobos ante cuanto se les ofrecía a la vista. Steve no quería perderse nada de lo que había que ver, de las galerías de arte a los museos, lo que deprimió a Agatha porque una buena parte de lo que se exhibía en los museos del pueblo eran objetos de su juventud, y creía que los museos sólo debían mostrar cosas verdaderamente antiguas. Fueron al museo del motor, también atestado de turistas, y luego, desgraciadamente, alguien le había hablado a Steve de Birdland, situado en un extremo del pueblo, así que tuvieron que pasarse por allí a ver los pájaros y admirar los pingüinos. Agatha se había preguntado a menudo cómo sería vivir en Hong Kong o Tokio: ahora ya lo sabía. Gente por todas partes. Gente comiendo por todas partes: helados, barritas de chocolate, hamburguesas, patatas fritas..., ñam, ñam, ñam, masticaban sin parar todas aquellas mandíbulas inglesas. Parecía que disfrutaban formando parte de aquella multitud, salvo los niños muy pequeños que, aburridos, berreaban a gusto, arrastrados por sus indiferentes padres.

Empezaba a refrescar cuando Steve, con un suspiro de placer, cerró por fin su cuaderno y se miró el reloj.

—Son sólo las tres y media —anunció—. Podemos acercarnos a Stratford-on-Avon. Tengo que ver el lugar de nacimiento de Shakespeare.

Agatha gruñó para sus adentros. No hacía mucho, Agatha Raisin le habría dicho que se olvidara, que estaba harta y cansada, pero se acordó de Carsely y de la señora Barr, así que los acompañó dócilmente hasta el aparcamiento y partieron los tres hacia Stratford.

Dejó el coche en el aparcamiento del Lugar de Nacimiento, de varias plantas, y se zambulló entre las multitudes de Stratford con Roy y Steve. Tanta, tantísima gente, en esta ocasión de todas las nacionalidades. Se arrastraron con los demás hasta la casa de Shakespeare, un lugar extrañamente desangelado, pensó Agatha otra vez. La habían restaurado y había quedada tan aséptico que se le ocurrió que algunos de los viejos *pubs* de los Cotswolds parecían más antiguos.

Luego bajaron a ver el río Avon. Más tarde, Steve fue a comprar entradas para la función vespertina de *El rey Lear* que presentaba la Royal Shakespeare Company y, para consternación de Agatha, las consiguió.

En la oscuridad del teatro, mientras su estómago gruñía porque no había probado

bocado desde el desayuno, la mente de Agatha divagó y volvió al... ¿asesinato? Probablemente no le haría daño a nadie investigar un poco al señor Cummings-Browne. A ver, la señora Simpson había encontrado el cadáver. ¿Cómo había reaccionado la mujer? El primer acto de la obra pasó ante los ojos de Agatha sin que ella le prestara atención. En el entreacto, dos ginebras largas la entonaron un poco. Una vez más, se imaginó que resolvía el caso y se ganaba el respeto de sus vecinos. En el último acto, se quedó profundamente dormida y ni un ápice del esplendor de Shakespeare llegó a sus oídos sordos.

Sólo cuando salían —gente y más gente—, Agatha se dio cuenta de que no tenía nada en casa para comer y que era demasiado tarde para encontrar restaurante. Pero Steve, que en cierto momento del día había cargado con una bolsa de la compra, dijo que había pensado hacerles la cena y que había comprado una trucha fresca en Birdland.

—Lo que deberías hacer es ir a lo tuyo, mantenerte en tus trece y quedarte aquí —dijo Roy al bajar del coche delante de la casa de Agatha—. No hay gente. Silencioso. Tranquilo. Tienes suerte de no vivir en un pueblo turístico. ¿Viene algún turista por aquí?

—El Red Lion tiene habitaciones, creo —señaló Agatha—. Algunos vecinos alquilan sus casas. Pero no vienen muchos.

—Tomemos algo mientras Steve cocina —propuso Roy, y buscó por el salón de Agatha—. Si yo fuera tú, tiraría todas esas tazas tan monas, esas herraduras de caballo de imitación y las herramientas agrícolas, y pondría algunos cuadros y jarrones con flores. No te pega tener una parrilla, sobre todo una que es sólo una imitación medieval. Se supone que tienes que quemar la leña en la chimenea de piedra.

—Pues me mantendré en mis trece y seguiré a lo mío con la parrilla —replicó Agatha—, pero sí, es posible que me deshaga de lo demás.

Pensó que en el pueblo recogían muchas cosas para beneficencia. El martes podía llenar el coche con todo y llevarlo a la vicaría. Hacerse un poco la simpática.

La cena era excelente. «Debo aprender a cocinar —pensó Agatha—. Poco más tengo que hacer». Steve abrió su cuaderno.

—Mañana, si no te parece demasiado, Agatha, me gustaría visitar el castillo de Warwick.

Agatha refunfuñó.

—El castillo de Warwick es como Bourton-on-the-Water: turistas hasta en la sopa.

—Pero aquí dice —prosiguió Steve, al tiempo que cogía una guía de viajes— que es uno de los mejores castillos medievales de Inglaterra.

—Sí, supongo que es verdad, pero...

—Me gustaría mucho ir, de verdad.

—¡Muy bien! Pero prepárate para salir temprano. A ver si podemos llegar antes

que las multitudes.

El castillo de Warwick es el sueño del turista. Tiene de todo: de almenas a torreones, una cámara de torturas y hasta una mazmorra. Hay salones habitados por figuras de cera de *Madame Tussaud* que representan una fiesta victoriana. Hay rótulos en el camino de entrada que avisan: «CONDUZCA DESPACIO, PAVOS REALES». Tiene una rosaleda y un jardín con pavos, en efecto. Se tarda bastante en verlo todo y Steve, de nuevo, no quería perderse nada. Con energía e interés inagotables, subió a los torreones, recorrió las almenas y bajó a las mazmorras. Ajeno a los turistas que se apelotonaban tras él, se demoró en los salones de gala, tomando notas afanosamente en su cuaderno.

—¿Vas a escribir de todo esto? —preguntó Agatha con impaciencia.

Steve dijo que sólo en cartas. Escribía una larga misiva a su madre, que vivía en Sídney, todas las semanas. Agatha esperaba poder escapar de allí de una vez, pero a la tiranía del cuaderno la reemplazó la de la cámara de vídeo. Steve se empeñó en que todos volvieran a subir a uno de los torreones y grabó a Agatha y a Roy de pie en el borde, apoyados en el muro con almenas.

Cuando volvió al coche, a Agatha le dolían los pies. Comieron en un *pub* en Warwick y ella, aturdida por el cansancio, aceptó llevarlos a recorrer los pueblos de los Cotswolds que todavía no habían visitado, aquellos pueblos cuyos nombres tanto intrigaban a Steve, como Upper y Lower Slaughter, Aston Magna, Chipping Campden y demás. Steve encontró unas tiendas abiertas en Chipping Campden donde compró comida, y dijo que les prepararía algo para cenar.

Al acabar la cena, Agatha estaba tan agotada que lo único que quería era acostarse, pero resultó que la cámara de Steve era una de esas que puedes enchufar al televisor y ver lo que se ha grabado.

Agatha se recostó con los ojos casi cerrados. Además, no le gustaba nada verse en pantalla. Entonces oyó exclamar a Roy:

—Espera un momento. En el castillo de Warwick, en la parte alta del torreón. Esa mujer. Mira, Aggie. Pásalo otra vez, Steve.

La película se rebobinó parpadeando y empezó de nuevo. Allí estaba ella con Roy, en lo alto del torreón. Roy se reía tontamente y hacía payasadas. La cámara trazó entonces una lenta panorámica para abarcar la campiña de los alrededores, hasta el último centímetro, parecía. Era obvio que Steve intentaba evitar el error de los aficionados a los que se les mueve demasiado la cámara. Y de repente ésta enfocó a una mujer, un poco alejada de Agatha y Roy. Era una criatura con aspecto de solterona, chaqueta de *tweed*, falda caída también de *tweed* y zapatos cómodos. Pero miraba fijamente a Agatha con animosidad evidente y tenía los dedos crispados como garras. La cámara volvió a enfocar a Agatha y Roy.

—Entra la primera asesina —dijo Roy—. ¿La conoces, Aggie?

Agatha negó con la cabeza.

—No la había visto jamás, al menos en el pueblo. Pásalo otra vez.

Una vez más, aparecieron en la pantalla aquellos ojos llenos de odio.

—A lo mejor no me estaba mirando a mí —comentó Agatha—. Tal vez su marido acababa de subir por las escaleras.

Steve negó con la cabeza.

—Ahí no había nadie más. Recuerdo haber visto sólo a esa mujer mientras grababa; justo cuando acabé, llegó un montón de turistas.

—Qué raro. —Roy miraba desconcertado la pantalla del televisor—. ¿De qué podía conocerte tanto para odiarte así? ¿Qué estábamos diciendo ahí arriba?

—Tú estabas haciendo el payaso —recordó Agatha despacio—. Es una pena que no grabaras el sonido, Steve.

—Se me olvidaba; sí que hay sonido, pero por lo general prescindo de él y grabo yo mismo sobre las imágenes algo de música que pegue con el vídeo de mis viajes por Inglaterra, y luego se la mando a mi madre.

—Sube el volumen —le pidió Roy, animado.

En el salón se escuchó el sonido del viento sobre las almenas. Y al momento la voz de Roy:

—«¿Quieres que Aggie se tire desde las almenas, como Tosca?».

Y la de Agatha:

—«Oh, para ya, Roy. Dios, hace frío aquí arriba».

Y entonces, en tono lúgubre, Roy añadió:

—«Tanto frío como en la tumba a la que mandaste al señor Cummings-Browne con tu quiche, Agatha».

La voz de Agatha replicó, irritada:

—«No está en ninguna tumba. Lo esparcieron a los cuatro vientos en la llanura de Salisbury. ¿Has acabado ya, Steve?».

Y entonces Steve dijo:

—«Sólo un poco más».

En ese momento se vio el plano de la mujer de mirada iracunda.

—¡Y decías que no odiabas a nadie! —se burló Roy—. Parecía querer matarte. Me pregunto quién será.

—Sacaré una fotografía de la pantalla —dijo Steve— y te mandaré una copia. Quizá sea buena idea averiguarlo. Puede que estuviera enterada de la muerte de Cummings-Browne.

Agatha siguió sentada y en silencio por un momento. Creía que nunca podría olvidar aquella cara de solterona y aquella mirada feroz.

—Me muero de sueño —dijo Roy—. ¿Qué tren tendríamos que coger mañana?

Agatha se espabiló.

—Los trenes no irán muy bien un lunes festivo por la mañana. Os acercaré a Oxford, os invitaré a comer y desde allí podéis coger cualquiera.

Había pensado que la alegraría perder de vista a aquel par, pero cuando llegó el momento de despedirse de ellos en la estación de Oxford, de repente deseó que no se

fueran.

—Volved otro día —les ofreció—, cuando queráis.

Roy le dio un beso húmedo en la mejilla.

—Volveremos, Aggie. Ha sido un finde súper.

El guardia tocó el silbato, Roy subió de un salto junto a Steve y el tren abandonó la estación.

Agatha se quedó allí unos minutos, triste, mirando cómo el tren se perdía de vista más allá de una curva y luego volvió al aparcamiento. Tenía un poco de miedo y le habría apetecido volver con ellos a Londres. ¿Por qué había dejado su trabajo?

Pero su hogar la esperaba ahora en Carsely, en un recoveco de los montes Cotswolds; Carsely, donde se había desacreditado, el pueblo al que no pertenecía ni pertenecería nunca.



El día siguiente, Agatha cargó en el coche las jarras de peltre, las *toby jugs*, las herraduras de imitación y las pequeñas herramientas agrícolas, y recorrió el corto trecho hasta la vicaría.

La señora Simpson se quedó limpiando la casa. Agatha pensaba hablar con ella durante la comida. Tal vez se debía al envenenamiento, pero ahora la llamaba «señora Raisin» y Agatha se sintió obligada a llamarla «señora Simpson» y no Doris. La limpiadora era eficiente y correcta, pero se le notaba cierta actitud de desconfianza. Al menos, no se había traído su propia comida.

La señora Bloxby, la esposa del vicario, le abrió la puerta. Temerosa de un rechazo, Agatha farfulló atropelladamente que le había llevado algunas cosas que esperaba que la iglesia pudiera vender para alguna obra de caridad.

—Qué detalle por su parte —le agradeció la señora Bloxby—. Alf —gritó por encima del hombro—, la señora Raisin nos ha traído algunas cosas para beneficencia. Ven a echar una mano.

Agatha se sorprendió. Los vicarios no deberían tener nombres vulgares como Alf, sino otros como Peregrine, Hilary o Aloysius. El vicario llevaba puesta lo que parecía una vieja camisa de leñador y pantalones de pana. Entre los tres llevaron las cajas a la sala de estar de la vicaría. Agatha sacó algunas cosas.

—Mi querida señora Raisin —exclamó la señora Bloxby—, ¿está segura? Podría sacar bastante dinero si vendiera usted misma todo esto. No me refiero a las herraduras, pero las jarras son buenas y las herramientas de granja son auténticas. Esta —sostuvo en alto un reluciente instrumento de tortura— es una auténtica trampa para topos. Ya no se ven muchas así hoy en día.

—No. Me alegraría mucho si consiguen algo de dinero. Pero dénselo a alguna institución que no se lo gaste todo en cócteles o en políticos.

—Sí, por supuesto. Solemos apoyar a Cáncer Research y Save the Children —explicó el vicario—. A lo mejor le apetece una taza de té; ¿qué me dice, señora Raisin?

—Encantada.

—La dejo con mi esposa. Tengo que preparar los sermones del domingo.

—¿Sermones?

—Predico en tres iglesias.

—¿Y por qué no da el mismo sermón en todas?

—Sí, resulta tentador, pero no sería muy considerado con los feligreses.

El vicario se retiró a las profundidades de la casa y su esposa fue a la cocina a preparar café. Agatha miró a su alrededor. La vicaría parecía ciertamente muy antigua, o eso le pareció. Los marcos de las ventanas estaban desnivelados y el suelo, también. Allí no tenían moqueta como en su casa, sino viejos tablones tan pulidos como el cristal negro y cubiertos, en la zona central, por una alfombra persa de vivos

colores. En la cavernosa chimenea ardían trozos de leña y un cuenco de flores secas aromáticas descansaba sobre una mesita. En otra vio un jarrón de flores frescas y, en una ventana baja, un cuenco con jacintos. Las sillas estaban desgastadas, cubiertas con —Agatha movió el trasero para comprobarlo— cojines de plumas. Delante de ella tenía una mesita de centro nueva, de las que se encuentran en las tiendas de bricolaje para que se las monte uno mismo y, aunque cubierta como estaba de periódicos y revistas y de un tapete inacabado, no desentonaba con el resto de la sala. En el techo sobresalían unas antiguas vigas bajas ennegrecidas por siglos de humo. Se percibía un leve olor a lavanda y humo de leña que se mezclaba con la fragancia de los jacintos y las flores secas.

Además, el espacio desprendía un aire acogedor, de bondad. Agatha concluyó que el reverendo Bloxby era una *rara avis* en la muy malévola pajarera de la Iglesia de Inglaterra: un hombre que creía en lo que predicaba. Por primera vez desde que había llegado a Carsely, no se sintió amenazada y, cuando se abrió la puerta y apareció la esposa del vicario, tuvo ganas de caerle bien.

—He tostado unos bollitos también —dijo la señora Bloxby—. Todavía hace frío. A mí me cansa mantener las chimeneas encendidas, pero claro, usted tiene calefacción central, así que no ha de preocuparse por eso.

—Tiene una casa preciosa —dijo Agatha.

—Gracias. ¿Leche y azúcar?

La señora Bloxby tenía una cara pequeña, delicada y arrugada, y un cabello castaño entreverado de gris. Era delgada y frágil, de largas y delicadas manos, la clase de manos que a los pintores les encanta atribuir a sus modelos en los retratos.

—Y ¿cómo se va acomodando, señora Raisin?

—Pues no muy bien —confesó Agatha—. A lo mejor tendré que desacomodarme.

—Oh, ya, por lo de su quiche —dijo la señora Bloxby con toda tranquilidad—. Pruebe un bollito. Los preparo yo misma, y es una de las pocas cosas que me salen bien. Sí, un asunto espantoso. Pobre señor Cummings-Browne.

—La gente debe de pensar que soy una persona horrible —se lamentó Agatha.

—Bueno, fue una desgracia que esa maldita quiche llevara cicuta. Pero en estos concursos de pueblo siempre se hacen muchas trampas. Usted no es la primera.

Agatha, sentada con el bollito del que goteaba mantequilla, miró fijamente a la esposa del vicario.

—¿Ah no?

—No, qué va. Déjeme ver, está la señora Tenby, hace cinco años. Una recién llegada. Puso toda su alma en ganar el concurso de arreglos florales y encargó una cesta al florista de St. Anne's. Con bastante descaro, la verdad. Era un arreglo muy bonito, pero los vecinos habían visto llegar la furgoneta del florista, así que la descubrieron. Luego fue la anciana señora Cárter. Compró la mermelada de fresas, le puso su propia etiqueta y ganó. Nadie se habría enterado si no se hubiera emborrachado y hubiera alardeado de su hazaña en el Red Lion. Sí, señora Raisin, su

engaño habría dado lugar a muchos comentario en el pueblo, si no hubiera habido otros antes o, ya puestos, si el juicio hubiera sido justo.

—¿Quiere decir que el señor Cummings-Browne hacía trampas?

La señora Bloxby sonrió.

—Digamos que tendía a dar los premios a las favoritas.

—Pero, si todo el mundo lo sabe, ¿por qué se molestan las vecinas en participar?

—Porque están orgullosas de lo que hacen y quieren enseñárselo a sus amigas. Además, el señor Cummings-Browne también era juez de concursos en los pueblos de los alrededores y se rumoreaba que sólo tenía una favorita en cada uno. Además, no pasa nada por perder. Alf quiso cambiar de juez varias veces, pero los Cummings-Browne hacían generosas donaciones para caridad y el único año que Alf consiguió poner a otro juez, éste le concedió el premio a su hermana, que ni siquiera vivía en el pueblo.

Agatha dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Hace que me sienta menos infame.

—Todo ha sido muy triste. Debe de haber pasado usted unos días horrorosos.

Para pasmo de Agatha, los ojos se le llenaron de lágrimas y se los enjugó con rabia mientras la esposa del vicario, con tacto, apartaba la mirada.

—Pero no se preocupe —la mujer del vicario se dirigió a la cafetera—, su engaño no mereció demasiadas críticas. Además, tampoco es que el señor Cummings-Browne fuera muy popular.

—¿Por qué?

La esposa del vicario se mostró evasiva.

—Bueno, ya sabe, hay gente que no lo es.

Agatha se inclinó hacia delante.

—¿Usted cree que fue un accidente?

—Oh, sí; si no lo hubiera sido, uno sospecharía de forma natural de la esposa, pero Vera Cummings-Browne era una esposa devota, a su modo. Ella tiene mucho dinero y él tenía muy poco. No hay hijos; podría haberle abandonado cuando hubiese querido. Tuve que ayudar a consolarla el día de la muerte de su esposo. Nunca había visto a una mujer tan apesadumbrada. Lo mejor que puede hacer es olvidarlo todo, señora Raisin. La Carsely Ladies' Society se reúne esta noche en la vicaría, a las ocho. Pásese.

—Gracias —dijo Agatha con humildad.

—¿Te has quitado por fin de encima a esa arpía? —preguntó el vicario diez minutos más tarde, cuando su mujer entró en el estudio.

—Sí. No creo que sea tan mala y diría que está sufriendo de verdad por lo de la quiche. La he invitado a la reunión de mujeres de esta noche.

—En ese caso, gracias a Dios que no asistiré —dijo el vicario, y se inclinó sobre su sermón.

Agatha se sentía limpia de pecado mientras volvía en coche a su casa. Iría a la iglesia el domingo e intentaría ser buena persona. Puso un pastel de queso congelado de Linda McCartney en el microondas para la comida de la señora Simpson; esperaba que la mujer del ex Beatle supiera de cocina, aunque temía que se había limitado a vender su nombre para que lo utilizaran en el producto.

Con timidez, la señora Simpson pinchó aquel mejunje caliente con el tenedor y todas las buenas intenciones de Agatha se evaporaron.

—No está envenenado —le espetó.

—Lo que pasa es que no me hace mucha gracia la comida congelada —se justificó la señora Simpson.

—Bueno, el próximo día le prepararé algo mejor. ¿Estaba muy afectada la señora Cummings-Browne por la muerte de su marido?

—Oh, sí, terriblemente —confirmó Doris Simpson—. Conmocionada del todo, sí. Al principio, se quedó aturdida por el susto y luego se echó a llorar, sin parar. Tuve que ir a buscar a la esposa del vicario para que me ayudara.

El sentimiento de culpa volvió a hacerse sitio en el alma de Agatha. Le entraron ganas de salir de casa y fue al Red Lion, donde pidió una copa de vino tinto, salchichas y patatas.

Luego recordó que le había dicho a la señora Cartwright que le haría una visita. Ahora ya no parecía tener mucho sentido, pero al menos era una forma de ocupar el rato.

Judd's Cottage, donde vivían los Cartwright, era una casa un tanto destartada. La puerta del jardín colgaba de las bisagras y en medio de éste, entre la hierba descuidada, había aparcado un coche oxidado. Agatha miró a ambos lados, preguntándose cómo habría llegado el coche hasta allí, pero no vio la forma, a no ser que lo hubieran levantado a peso por encima de la valla.

El cristal de la puerta delantera estaba agrietado y se mantenía entero gracias a unas tiras marrones de cinta de embalaje de papel. Llamó al timbre pero no pasó nada. Dio unos golpecitos a un lado de la puerta. La figura borrosa de la señora Cartwright apareció al otro lado del cristal.

—Oh, es usted —dijo mientras abría la puerta—. Pase.

Agatha la siguió al interior de un salón maloliente y desordenado. El mobiliario estaba manchado y desgastado por el uso. Había un radiador eléctrico de dos barras en la chimenea, sobre la que se veían trozos de carbón de plástico. Un ramo de narcisos también de plástico colgaba de un jarrón resquebrajado en la ventana. Había un mueble bar en un rincón, adornado con cristal rosa y tiras de luces fluorescentes también rosas.

—¿Quiere beber algo? —preguntó la señora Cartwright.

Llevaba rulos de gomaespuma rosa enredados por todo el pelo áspero y llevaba un vestido rosa de corte cruzado que se le abría al moverse, revelando una combinación sucia.

—Sí, gracias —aceptó Agatha deseando no haber ido.

La señora Cartwright sirvió dos vasos largos de ginebra que luego tiñó de rosa con angostura. Agatha contempló con nerviosismo su vaso, cuyo borde estaba manchado de carmín.

La señora Cartwright se sentó y cruzó las piernas. Calzaba unas zapatillas rosas sucias. «Cuánto rosa —pensó Agatha con inquietud—. Parece una especie de Barbara Cartland libertina».

—¿Conocía bien al señor Cummings-Browne? —preguntó.

La señora Cartwright encendió un cigarrillo y estudió a Agatha a través del humo.

—Algo —dijo.

—¿Le gustaba?

—Un poco. En este momento no puedo pensar con mucha claridad.

—¿Por la muerte?

—Por el bingo de Evesham. John, mi marido, no me da dinero porque no quiere que vaya. Los hombres son unos cabrones. He criado a cuatro hijos y ahora que ya se han ido de casa y quiero un poco de diversión, lo único que hace él es gruñirme. Sí, si me da un poco de dinero para el bingo, creo que podré recordar casi todo.

Agatha rebuscó en su bolso.

—¿Le servirían veinte libras?

—¡Siempre vienen bien!

Agatha le dio el dinero y oyó que se abría la puerta delantera. La señora Cartwright se metió el billete en el pecho, cogió el vaso de Agatha y el suyo y corrió a la cocina.

—¿Ella? —llamó una voz masculina.

La puerta se abrió y un hombre fornido de aspecto simiesco entró justo cuando su mujer salía de la cocina.

—¿Quién es? —preguntó él señalando a Agatha con el pulgar—. Te tengo dicho que no dejes entrar a Testigos de Jehová.

—Ésta es la señora Raisin, que vive en Lilac Lane; me está haciendo una visita de buenos vecinos.

—¿Qué quiere? —le espetó a Agatha.

Agatha se levantó. Los grandes ojos oscuros de la señora Cartwright le lanzaron una mirada de advertencia.

—Estoy haciendo una colecta para obras de caridad —explicó Agatha.

—Pues entonces, pírese. No me sobra ni un céntimo. Ella se ha ocupado de eso.

—Siéntate, John, y cállate. Yo acompañaré a la señora Raisin a la puerta.

Agatha pasó con nerviosismo al lado de John Cartwright. Su vecina abrió la puerta.

—Venga mañana —le susurró—, a las tres de la tarde.

¿Envolvía a aquella mujer algún siniestro misterio o simplemente le había timado veinte libras? Agatha se alejó pensativamente por la calle.

Al llegar a su casa, la señora Simpson se afanaba en los dormitorios. Agatha lavó algo de ropa y la llevó al jardín trasero, donde había uno de esos aparatos giratorios en los que se tiende la ropa. Hacía tiempo que no se sentía tan relajada, tan hogareña incluso. Se puso a colgar la ropa con pinzas y, mientras se desplazaba hacia el otro extremo del tendedero, vio a la señora Barr. Estaba apoyada en la valla de su jardín y dirigía una mirada fría y asqueada a Agatha. Ésta acabó de tender, levantó dos dedos hacia la señora Barr y entró en casa.

—Ha venido el cartero —gritó la señora Simpson desde arriba—; he dejado el correo en la mesa de la cocina.

Agatha se fijó en un sobre marrón liso y lo desgarró. Dentro había una fotografía grande de la mujer del torreón del castillo de Warwick. Agatha se estremeció. Aquellos ojos fijos, aquel odio, le recordaron a la señora Barr. Sujeta a la ampliación iba una nota: «Gracias por un espléndido fin de semana. Steve».

Guardó la fotografía en el cajón de la cocina y, aun después de haberlo cerrado, tuvo la sensación de que aquellos ojos seguían mirándola fijamente.

Dominada por la necesidad de algo de literatura de evasión, condujo hasta Moreton-in-Marsh y maldijo por lo bajo al recordar que era día de mercado. Tras dar varias vueltas por el aparcamiento, encontró sitio cuando se fue uno de los compradores.

Atravesó el Old Market Place, como se denominaban las nuevas minigalerías comerciales, cruzó la carretera y caminó entre los atestados puestos hasta la hilera de tiendas del fondo, donde sabía que había una librería de segunda mano. En la trastienda tenían hileras interminables de libros de bolsillo. Compró tres novelas negras —una de Ruth Rendell, otra de Colin Dexter y una de Colin Watson— y volvió al coche. Abrió la de Colin Watson, que la atrapó ya en la primera página. Ah, los placeres de la ficción policíaca. El tiempo pasó deprisa mientras Agatha leía sin parar sentada en el aparcamiento. Al final cayó en la cuenta de que resultaba ridículo sentarse a leer en un aparcamiento cuando disponía de la comodidad de su propia casa, así que volvió a Carsely justo a tiempo de encontrarse a Bill Wong, que estaba ante la puerta.

—Y ahora ¿qué ha pasado? —preguntó Agatha con inquietud.

Bill sonrió.

—Sólo venía a ver cómo le iba.

Al principio, mientras Agatha abría la puerta, entraba y recogía la otra llave del suelo de la cocina, donde había caído después de que la señora Simpson la introdujera por la rendija del buzón, se sintió halagada. Pero luego le asaltó una punzada de intranquilidad. ¿Acaso la estaba vigilando Bill Wong por alguna razón?

—¿Un café? —ofreció.

—Un té me vale.

—En la sala de estar —Bill miró lentamente a su alrededor.

—¿Dónde están todos los trastos?

—No me parecía que fueran muy de mi estilo —explicó Agatha—, así que se los di a la Iglesia para obras de caridad.

—Y si las *toby jugs* y las herramientas agrícolas no son su estilo, ¿cuál es?

—No lo sé —murmuró Agatha—. Algo un poco más hogareño.

—La iluminación no es adecuada —dijo Bill mirando los focos de las vigas—. Los focos ya no se llevan.

—Lo ha dicho como si hablara sobre el acné —le espetó Agatha—. ¿Por qué todo el mundo se ha vuelto tan pretencioso con la decoración de interiores?

—Ah, ya, ¿se refiere a sus amigos que vinieron el fin de semana, el saltarín y el de las botas de *cowboy*?

—¡Me ha estado espiando!

—Yo no; no estaba de servicio y llevé a mi novia a Bourton-on-the-Water. Craso error: había olvidado las multitudes de los días festivos.

—No me lo imagino con novia.

—¡Vaya! ¿Por qué?

—No lo sé. Siempre me lo he imaginado de servicio.

—En cualquier caso —continuó Bill—, espero que no haya decidido convertirse en la *Miss Marple* de Carsely y siga todavía empeñada en demostrar que el accidente fue un asesinato.

Agatha abrió la boca para contarle lo de la señora Cartwright pero se lo pensó mejor. La criticaría por entrometerse y diría, seguramente con razón, que la señora Cartwright no tenía nada interesante que contar y que tan sólo buscaba su dinero.

Así que prefirió contarle otra cosa:

—Pasó algo muy raro en el castillo de Warwick. Steve, el de las botas de *cowboy*, grabó un vídeo en el que salíamos Roy, el otro chico, y yo, en lo alto de los torreones. Vimos el vídeo por la noche, en el televisor, y allí, en el torreón, había una mujer que me miraba con odio.

—Interesante. Aunque es posible que la empujara al subir las escaleras o le diera un pisotón sin darse cuenta.

—Steve sacó una fotografía del televisor, es bastante clara, y estábamos hablando de la muerte cuando se grabó. ¿Quiere verla?

—Sí, puede que la conozca.

Agatha sacó la copia y se la pasó. Él la estudió con detenimiento.

—No la he visto en mi vida —dijo—, pero si le borrara esa mirada desagradable de la cara se parecería a otros cientos de mujeres de los pueblos de los Cotswolds: delgada, con aire de solterona, cabello ralo, rasgos poco marcados, dentadura postiza...

—¿Cómo sabe que es postiza, Sherlock?

—Se nota por las comisuras hundidas de la boca y por la forma en que se comba la mandíbula. ¿Le importa si me la quedo?

—¿Para qué? —preguntó Agatha.

—Podría averiguar de quién se trata y hacerle a usted un favor descubriendo que doña Solterona, aquí presente, sólo estaba molesta por sus amigos o tal vez porque usted le recordaba a alguien de su pasado al que aborrecía, y así se quedará tranquila.

—Es un detalle por su parte —dijo Agatha en tono hosco—. Empieza a desquiciarme la vecina de al lado, que me mira mal por encima de la valla del jardín porque le arrebaté a la mujer de la limpieza.

—Yo no me preocuparía por ella. Quedarse con la mujer de la limpieza de alguien es como atracarle. El problema de las profesionales como usted, señora Raisin, es que su cerebro está siempre tan activo que el resto del tiempo sólo puede dedicarlo a banalidades. Dentro de unos meses, créame, se tranquilizará usted y se dedicará a las buenas obras.

—No lo quiera Dios —replicó Agatha con un estremecimiento.

—¿Por qué? Si le hubiera dicho que acabaría haciendo barbaridades, ¿le habría complacido más?

—Esta noche voy a una reunión de la Carsely Ladies' Society en la vicaría —explicó Agatha.

—Puede ser divertido —dijo Bill, parpadeando—. Y ahora más vale que me vaya. Llego tarde a mi turno.

Tras comer en el Red Lion —una salchicha descomunal y patatas fritas generosamente regadas con ketchup—, Agatha se acercó a la vicaría y llamó al timbre. Dentro se oía murmullo de voces. De repente se puso nerviosa y sí, se sintió incluso un poco cohibida.

La señora Bloxby abrió la puerta.

—Pase, señora Raisin. Ya han llegado casi todas. —Condujo a Agatha a la sala de estar, donde había una quincena de mujeres sentadas que dejaron de hablar y la miraron con curiosidad—. La presentaré —dijo la señora Bloxby.

Agatha intentó memorizar los nombres, pero se le olvidaban en cuanto se los mencionaban. La señora Bloxby le ofreció una taza de té, pastelitos y sándwiches. Agatha se sirvió uno de pepino.

—Bien, si estamos listas —dijo la señora Bloxby—, nuestra presidenta, la señora Mason, dará comienzo a la sesión. Tiene la palabra señora Mason.

Una mujer corpulenta con un vestido de nailon morado y zapatos blancos grandes como canoas recorrió la sala con la mirada.

—Como saben, señoras, los ancianos de nuestro pueblo no salen mucho. Desde aquí pido a todas las que dispongan de coche que se impliquen y se presten a llevarlos de excursión cuando puedan. Leeré los nombres de los ancianos y les ruego que se ofrezcan voluntarias si disponen de tiempo libre.

Mientras la señora Mason leía la lista que sostenía en la mano —no parecieron faltar voluntarias— Agatha miró a las mujeres que la rodeaban. Con tantos deseos de

ayudar, destilaban algo extrañamente anticuado. Todas eran maduras, salvo una joven delgada y pálida de veintitantos años que se sentaba a su lado.

—No tengo coche —le susurró a Agatha—. Y difícilmente podría llevarlos de paseo en bicicleta.

—Y ahora —dijo la señora Mason—, los últimos pero no los menos importantes, quedan por asignar el señor y la señora Boggle, de Culloden.

Se hizo un largo silencio. Detrás de la amplia figura de la señora Mason, el fuego de la chimenea crepitaba alegremente; las cucharillas tintineaban en las tazas de té, las mandíbulas masticaban. Nadie se ofreció voluntaria.

—Vamos, señoras, a los Boggle les encantaría que los llevaran a cualquier sitio. No hace falta que sea muy lejos. Bastaría con acercarlos a Evesham e ir de tiendas.

Agatha sintió que la esposa del vicario la miraba. Su propia voz le sonó extraña cuando se escuchó decir:

—Yo los llevaré. ¿Les irá bien el jueves?

¿Era real la sensación de alivio que le pareció que recorría la sala?

—Vaya, gracias, señora Raisin. Es muy amable por su parte. Es posible que todavía no conozca bien el pueblo, pero Culloden está en el número 28 de Moretón Road, en las viviendas de protección oficial. ¿Le va bien el jueves a las nueve? Ya me ocupó yo de avisar al señor y a la señora Boggle, ¿le parece?

Agatha asintió.

—Muy bien. Estarán encantados. Bien, como ya saben, la semana que viene seremos las invitadas de la Mircester Ladies Society, que nos ha prometido muchas emociones. Ahora les pasaré un cuaderno y tienen que apuntar su nombre si quieren ir. La compañía de autobuses Retford nos cede un vehículo durante todo el día.

El cuaderno pasó de mano en mano. Tras algunas vacilaciones, Agatha se apuntó. Así tendría algo que hacer.

—Muy bien —dijo la señora Mason—. El autocar saldrá de aquí a las once de la mañana. Estoy convencida de que a esa hora todas estaremos despiertas. —Las risas esperables—. Y ahora nuestra secretaria, la señorita Simms, leerá las actas de nuestra última reunión por si alguna no pudo asistir.

Para sorpresa de Agatha, la chica que se sentaba a su lado se levantó, se adelantó y se puso ante el grupo. Con una voz nasal y monótona leyó las actas. Agatha reprimió un bostezo. Luego, la tesorera leyó un largo informe del dinero recolectado en la última fiesta a favor de la investigación contra el cáncer.

Agatha casi se había quedado dormida cuando oyó su propio nombre. La señora Bloxby había tomado la palabra después de la tesorera.

—Sí —dijo la esposa del vicario—, cuando nuestra nueva miembro, la señora Raisin, se presentó con cajas y más cajas de material y las cedió para venderlas en obras de caridad, me pareció que debía enseñarles algunos de los objetos. Creo que nos bastan para montar una buena venta.

A Agatha la complacieron los oohs y aahs con que se recibieron las *toby jugs* y

las bruñidas piezas de herramientas agrícolas.

—Creo que yo misma compraré algo —comentó una de las mujeres.

—Me alegro de que compartan mi entusiasmo —prosiguió la señora Bloxby—. Sugiero que reservemos el salón de actos de la escuela para el diez de junio, que es sábado, y exhibamos todo esto. La semana antes de la venta, celebraremos una reunión para determinar los precios. Eso también nos dará tiempo para encontrar más objetos. Señora Mason, ¿puedo pedirle que se encargue del servicio de té, como siempre?

La señora Mason asintió.

—Señora Raisin, tal vez le gustaría hacerse cargo del puesto de venta principal.

—Se me ocurre algo mejor —dijo Agatha—: hacer una subasta. Yo seré la subastadora. La gente siempre paga más cuando puja contra los demás.

—Qué buena idea. ¿Todas a favor? —Se levantaron todas las manos—. Espléndido. El dinero será para Save the Children. Tal vez, si tenemos suerte, algún diario local publique algo.

—Yo me encargo también de eso —dijo Agatha, sintiéndose mejor por momentos. Era como en los viejos tiempos.

Su alegría se atenuó un tanto al acabar la reunión, mientras las mujeres recogían sus abrigo y bolsos. La señorita Simms le dio un codazo y le dijo:

—Mejor usted que yo.

—¿Se refiere a la subasta?

—No, a los Boggle. Los viejos más cascarrabias y desagradables de toda la región de Gloucester.

La señora Bloxby, que estaba cerca, oyó el comentario. Sonrió directamente a Agatha y le dijo:

—Es una buena obra sacar de paseo a los Boggle. La anciana tiene una grave artritis. Significará mucho para ellos.

Agatha se sintió como una niña pillada en falta ante la bondad sencilla y sin dobleces de los ojos de la señora Bloxby, y de nuevo se adueñó de ella el deseo de complacer. Además, a medida que las demás mujeres iban saliendo le hablaban de esto y aquello, pero ninguna mencionó la quiche. Con una agradable sensación de pertenencia, Agatha volvió a casa. Lilac Lane empezaba a hacer honor a su nombre: las lilas, cargadas de flores, perfumaban el aire nocturno. Las glicinas colgaban en profusión púrpura sobre las puertas de las casas.

«Tengo que hacer algo con el jardín», pensó Agatha.

Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta, encendió la luz y vio una hoja de papel sobre el felpudo; el mensaje garabateado la miraba desde abajo: «Deja de fisgonear, puta chafardera».

Recogió el papel con las puntas de los dedos y lo examinó con consternación. Por vez primera se dio cuenta de lo silencioso que resultaba el pueblo por las noches. Estaba rodeada de silencio, un silencio ominoso, lleno de amenazas.

Tiró la nota al cubo de la basura y subió a acostarse, llevándose arriba el atizador metálico, que dejó apoyado a un lado de la cama, donde podía alcanzarlo fácilmente.

Las casas viejas crujen y suspiran al reasentarse para pasar la noche. Agatha permaneció despierta un largo rato, sobresaltándose a cada sonido, hasta que se quedó dormida de golpe con una mano apoyada en el mango del atizador.



A la mañana siguiente, el intenso viento agitaba los preciosos capullos de las flores de mayo mientras la luz del sol se filtraba por las ventanas de Agatha. Era un día agitado, de colores brillantes, intensos y luminosos. Sacó la nota de amenaza del cubo de basura. ¿Por qué no se la enseñaba a Bill Wong? ¿Qué significado tenía? No había hecho nada que pudiera considerarse ni de lejos una investigación. Pero él le haría un montón de preguntas y ella podría cometer algún desliz y hablarle de su visita a la señora Cartwright y que ésta le había pedido que volviera.

Alisó la nota y la guardó entre los libros de cocina. Más valía que la conservara por si acaso.

Después del desayuno, llamaron a la puerta. Tenía cierto temor a que fuera la señora Barr. ¡Que le dieran! No era más que un espantajo malintencionado que no debía suponer ningún problema para una mujer fuerte como Agatha Raisin.

Pero la que estaba en la puerta era la señora Bloxby y, tras ella, para consternación de Agatha, Vera Cummings-Browne.

—¿Podemos pasar? —preguntó la señora Bloxby.

Agatha las llevó a la cocina, preparada para el aluvión de lágrimas y recriminaciones. La señora Bloxby rechazó el café que le ofreció y anunció:

—La señora Cummings-Browne tiene algo que decirle.

Vera Cummings-Browne pareció dirigirse a la mesa más que a Agatha:

—He estado muy afectada y alterada por la muerte de mi esposo, señora Raisin. Pero ahora estoy un poco mejor de ánimo. No la culpo de nada. Fue un accidente, un extraño y desgraciado accidente. —Levantó la mirada—. Mire, siempre he creído que cuando uno muere, es porque está escrito. Podría haber sido un coche conducido por un borracho que invadió la acera. Podrían haber sido unos escombros caídos a destiempo. El patólogo de la policía cree que Reg podría haber sobrevivido al envenenamiento accidental si hubiera sido más fuerte. Pero tenía la presión alta y el corazón enfermo. Las cosas son como son, amén.

—No sabe cómo lo siento —dijo Agatha en voz baja—. Su visita es muy generosa por su parte.

—Era mi deber como cristiana —señaló la señora Cummings-Browne.

Tras la máscara bajo la que Agatha intentaba ocultar lo que pensaba, y que esperaba que trasluciera pena, comprensión y preocupación, su mente corría a toda velocidad: «¿Amén? ¿Deber como cristiana?». Todo parecía demasiado ensayado. Pero entonces la señora Cummings-Browne ocultó la cara entre las manos y rompió a llorar, jadeando entre sollozos.

—Oh, Reg, te echo tanto de menos. ¡Oh, Reg!

La señora Bloxby se llevó a la llorosa señora Cummings-Browne. No, pensó Agatha, la mujer estaba sinceramente afectada y la había perdonado. Lo único que

tenía que hacer ella era seguir con su vida y olvidarlo todo.

Se dedicó a telefonar a los directores de periódicos locales para que dieran publicidad a la subasta. Los directores estaban acostumbrados a que las damas de la parroquia los abordaran con timidez y tono suplicante; nunca se habían enfrentado a nadie como Agatha Raisin al otro lado del teléfono. Sucesivamente intimidante y zalamera, los dejó con la impresión de que iba a subastarse algo sólo un escalón por debajo de las joyas de la corona. Todos se comprometieron a mandar periodistas, sabedores de que tendrían que cumplir su palabra, porque Agatha los amenazó con telefonarles de nuevo la mañana en cuestión para comprobar si habían enviado a alguien.

El resto de la mañana transcurrió tranquilamente. Pero por la tarde, tras un bocado del Pastel de Riñones y Bistec Farmer Giles' («Apto para microondas»), Agatha se encaminó a la casa de los Cartwright.

La señora Cartwright le abrió la puerta; llevaba el pelo recogido con unos rulos rosas y vestía una bata no menos rosa.

—Pase —la invitó—, ¿una copa?

Agatha asintió. Ginebra rosa otra vez. ¿Dónde habría aprendido la señora Cartwright a beber ginebras rosas?, se preguntó de repente. Seguramente le pegaba más darle a la sidra de peras Babycham con *brandy*, a la cerveza con lima o al ron con Coca-Cola.

—¿Qué tal el bingo? —preguntó.

—No gané ni un céntimo —contestó la señora Cartwright con amargura—. Pero esta noche es mi noche de suerte. Por la mañana he visto dos urracas en el jardín.

Agatha pensó que, dado que las urracas eran una especie protegida, se veía a los desdichados bichos blancos y negros por todas partes. Habría resultado más sorprendente que la señora Cartwright no hubiera visto ninguna.

—Quería que me hablara del señor Cummings-Browne —comentó Agatha.

—¿De qué exactamente?

La señora Cartwright entornó los ojos para protegerlos del humo del cigarrillo que sostenía en su mano morena. Desde el salón donde estaban sentadas, Agatha veía la desordenada y sucia cocina; estaba claro que no pertenecía a una devota cocinera.

—Bueno, como usted ha ganado el premio un año tras otro, creí que debía de conocerle bien —dijo.

—Tanto como conozco a cualquier otro vecino del pueblo.

La señora Cartwright dio un trago a su ginebra.

—¿Cocina mucho?

—No. Antes sí. De vez en cuando le preparo algo a la señora Bloxby. Menuda es, no sé decirle que no. Venga a la cocina y se lo enseñaré.

En el fregadero se apilaba un montón de platos sucios. Un calendario hecho jirones con la foto de una rubia cubierta tan sólo con una leve gasa y sandalias la miraba lascivamente desde la pared. En un rincón despejado de la mesa de la cocina,

al lado de una botella medio vacía de leche y una porción de mantequilla manchada de mermelada, había una bandeja de delicadas magdalenas. Parecían exquisitas. No cabía duda de que la señora Cartwright sabía hornear.

—Ya ve, preparaba una quiche y me sacaba diez libras —explicó la mujer—. Una tonta pérdida de tiempo, si quiere que le diga la verdad. A mi marido no le gusta la quiche. Solía prepararlas para los Harvey, que las vendían en la tienda por mí. No me iba mal. Pero últimamente me cuesta encontrar tiempo.

Volvió a la sala de estar tambaleándose sobre sus babuchas rosas con tacones. Agatha decidió que había llegado el momento de ir al grano.

—Ayer le pagué veinte libras a cambio de información —le soltó bruscamente—; una información que todavía no he recibido.

—Me las he gastado.

—Sí, pero ni el cómo ni en qué se las gastó es asunto mío —le espetó Agatha.

La señora Cartwright se llevó un dedo a la frente.

—¿Qué era lo que quería contarle? Maldita sea, mi pobre memoria flaquea.

Los ojos reflejaron un brillo amenazante mientras Agatha rebuscaba en su voluminoso bolso y sostenía en alto un billete de veinte.

—No, todavía no —dijo cuando la señora Cartwright extendió la mano hacia el billete—. Primero, la información. ¿Va a volver pronto su marido?

—No, está en la granja de Martin. Trabaja allí.

—Bien, ¿qué tiene que contarme?

—Me sorprendió enterarme de la muerte del señor Cummings-Browne —dijo la señora Cartwright.

—Nos sorprendió a todos, ¿no? —comentó con tono sarcástico Agatha.

—Me refiero a que pensaba que sería él quien la mataría a ella.

—Vaya, ¿por qué?

—Él hablaba conmigo. La gente siempre me cuenta sus problemas. Es porque soy una mujer maternal. —La señora Cartwright bostezó, se metió la mano por dentro de la bata y se rascó uno de sus generosos pechos. Un olor a sudor rancio alcanzó la nariz de Agatha y ésta pensó, sin que viniera a cuento, que era muy raro conocer a una mujer verdaderamente sucia en esta época tan higiénica—. No soportaba a Vera. No, Reg no la aguantaba. Ella administraba el dinero y él me contó que le hacía pasar por el aro o sentarse con las patitas levantadas y suplicarle, sólo para conseguir unas libras para pagarse las copas. El único dinero del que él disponía era el de su pensión, que no le daba para mucho. Me decía: «Ella, un día voy a retorcerle el pescuezo a esa mujer y librarme de ella para siempre».

Agatha parecía desconcertada.

—¡Pero el que murió fue él, no ella!

—Tal vez ella se le adelantó. Lo odiaba.

—Pero yo cené con los dos y me parecieron una pareja que se quería; es más, se parecían mucho.

—Qué va, una podía echarse unas risas con Reg, pero Doña Pija siempre me miraba por encima del hombro. Lo que pasó no fue un accidente. Fue un asesinato.

—Pero ¿cómo pudo hacerlo ella? Quiero decir..., era mi quiche.

—No lo sé, pero lo siento aquí.

La señora Cartwright se tocó el pecho y otra vaharada de sudor llegó flotando hasta la nariz de Agatha.

—La señora Cummings-Browne vino a visitarme esta mañana —comentó Agatha— y me ha perdonado. Pero estaba destrozada por la muerte de su marido, y parecía sincera.

—Actúa en la Carsely Dramatic Society —observó la señora Cartwright con cinismo—, y lo hace muy bien. Sí, es toda una actriz.

—No —replicó Agatha, testaruda—. Yo sé cuando alguien es honesta, y usted no lo está siendo conmigo, señora Cartwright.

—Le he contado lo que sé.

La señora Cartwright miraba fijamente el billete de veinte libras que Agatha todavía sostenía en la mano. La puerta rota de fuera crujió y Agatha se sobresaltó. No le apetecía nada otra confrontación con el señor Cartwright. Arrojó el billete a su interlocutora.

—Mire —le dijo—, ya sabe dónde encontrarme. Si hay algo más que pueda contarme, hágamelos saber.

—Sin duda, lo haré —dijo la señora Cartwright, que parecía feliz ahora que el dinero estaba en su poder.

Agatha estaba marchándose, rodeando la puerta rota del jardín, cuando vio a John Cartwright acercarse pesadamente por la calle. Se dio prisa, pero él ya la había visto; la alcanzó, la cogió del brazo con brusquedad y la obligó a darse la vuelta.

—Ha andado entrometiéndose en lo de los Cummings-Browne —le espetó—. Me lo ha dicho Ella. Se lo advierto por última vez: si vuelve a hablar con ella le rompo el cuello. Ese imbécil de Cummings-Browne se lo estaba buscando y lo mismo le pasará a usted.

Agatha se soltó y se alejó a toda prisa; le ardía la cara. Fue directamente a su casa y metió la nota de amenaza en un sobre, con una carta dirigida al detective Wong de la comisaría de Mircester. Ahora estaba convencida de que John Cartwright había escrito la nota.

Mientras volvía de mandar la carta, vio a una pareja que llegaba a New Delhi, la casa de la señora Barr. Ellos se volvieron y la miraron, y le resultaron vagamente familiares. Con esfuerzo, Agatha consiguió recordar que se encontraban entre los clientes del Horse and Groom la noche que había estado hablando del «asesinato» con Roy y Steve.

Entró en su casa y se quedó en la sala de estar, mirando a su alrededor. En toda su vida nunca había amueblado nada: había vivido en una sucesión de habitaciones amuebladas hasta que ganó su primer sueldo de verdad, y entonces había alquilado un

piso amueblado hasta que pudo comprarse uno, pero éste también estaba amueblado, ya que lo adquirió con cuanto contenía.

Entornó los ojos e intentó visualizar lo que le gustaría, pero no se le ocurrió ninguna idea, salvo que no le hacía gracia el tresillo. Quería algo del estilo de la sala de estar de la vicaría. Bueno, podía comprar antigüedades, y ésa era una razón tan buena como cualquier otra para pasar el resto del día fuera de Carsely.

Fue en coche hasta Cheltenham Spa y, tras perderse en la irritante y confusa maraña de calles de un solo sentido de ese pueblo, volvió a orientarse, abordó a un transeúnte y le preguntó dónde podía comprar muebles antiguos. Las indicaciones la llevaron a otra red de calles por detrás de Montpellier Terrace. Condujo hasta allí y sólo encontró sitio para dejar el coche en un aparcamiento privado delante de una casa. Su primer gran hallazgo fue un viejo cine reconvertido en almacén de muebles. Allí compró un sillón orejero de respaldo alto de suave cuero verde y un sofá Chesterfield de mimbre y cojines blandos de un verde apagado. Entonces, para la creciente alegría del vendedor, que había temido que aquél fuera un día de pocas ventas, también compró una ancha silla victoriana de madera de frutal tras recorrer apreciativamente el tallado con los dedos. Pagó por todo y dijo que pasaría a recogerlo a partir del diez de junio. Agatha planeaba asombrar al pueblo añadiendo a la subasta los muebles de su salón. Dos elegantes lámparas le llamaron la atención al salir y también las compró. Agatha se acordó de que, cuando iba a la escuela, se había jurado que al cobrar su primera nómina iría a una tienda de chucherías y se compraría todo el chocolate que quisiera. Pero, cuando por fin cobró, sus deseos se centraron en un par de zapatos morados de tacón alto y con lazos. Le gustaba tener el dinero suficiente para comprarse lo que le apetecía.

Entonces, antes de abandonar Cheltenham, fue a Marks and Spencer y compró unos enormes langostinos con mantequilla de ajo y un paquete de lasaña, cosas que podía cocinar en el microondas. Seguían sin ser platos que ella había cocinado, pero suponían una mejora con respecto a lo que encontraba en la tienda del pueblo.

Más tarde, tras una buena comida, se acomodó para leer una novela negra, preguntándose perezosamente si debía llevarse el televisor al dormitorio. En la sala de estar de la vicaría no había rastro de televisor.

Sólo cuando se disponía a acostarse se acordó con desazón de los Boggle. Con un poco de suerte, no esperarían que ella se pasara todo el día llevándolos en coche por ahí.

Por la mañana se presentó en su casa. ¿Por qué se llamaba Culloden? ¿Eran escoceses? Pero el señor Boggle era un hombre arrugado, pequeño y ágil, con acento de Gloucestershire, y su esposa, una vieja gruñona y desagradable, sin duda galesa.

Agatha esperaba que alguno de los dos miembros de la pareja dijera que era muy amable por su parte llevarlos de paseo, o que mostrara algún signo de gratitud, pero los dos se subieron a la parte de atrás del coche y el señor Boggle decidió:

—Vamos a Bath.

¡Bath! Agatha había esperado algún sitio más cercano, como Evesham.

—Está un poco lejos —se quejó.

La señora Boggle le clavó un índice huesudo en el hombro.

—Usted dijo que nos llevaría por ahí, así que llévenos.

Agatha cogió su mapa de carreteras. Lo más fácil sería coger la Fosse Way^[7] hasta Cirencester y de ahí seguir hasta Bath.

Suspiró. Hacía un día espléndido. El verano estaba llegando a Inglaterra. Las flores de los espinos, rosas y blancas, despedían un aroma intenso a lo largo de la sinuosa carretera que salía de Carsely. A cada lado de la Fosse Way, que obviamente es una vía romana pues asciende recta como una flecha por las empinadas colinas y las desciende igual de recta por la otra ladera, se extendían campos de colza amarillo brillante, de un amarillo Van Gogh, que parecía hasta demasiado vulgar entre los colores más suaves de la campiña inglesa. Las flores blancas de zanahoria espumeaban a lo largo de las cunetas. En el asiento de atrás, los pasajeros no hacían ningún ruido. Agatha empezó a animarse. A lo mejor sus ancianos acompañantes se daban por satisfechos con pasear por su cuenta en Bath.

Pero en Bath empezaron los verdaderos problemas de Agatha. Los Boggle dejaron bien claro que no tenían la menor intención de caminar desde ningún aparcamiento hasta la Pump Room^[8], donde, parecía, pretendían «tomar las aguas». Era deber de Agatha conducirlos hasta allí y luego ir a aparcar sola. Le costó lo suyo desplazarse por la red de calles de un solo sentido, congestionadas de tráfico, intentando no prestar atención a los comentarios del señor Boggle, del tipo: «Usted no es muy buena conductora, ¿verdad?».

—¿Y bien? —preguntó la señora Boggle al llegar a la entrada con columnas de la Pump Room—, ¿es que no va a ayudar a bajar a una anciana?

La señora Boggle era pequeña y gruesa, llevaba un abrigo de *tweed* y una larga bufanda que parecía inextricablemente enredada en el cinturón de seguridad, y despedía un fuerte olor a perfume barato.

—Deje de empujarme. Me está haciendo daño —se quejó mientras Agatha intentaba liberarla de su cautiverio. Su marido apartó a Agatha con el codo, sacó un par de tijeras de uñas y cortó la bufanda—. Mira lo que has hecho —gimoteó la señora Boggle.

—Deja de lloriquear, mujer —dijo el señor Boggle, y señaló con el pulgar a Agatha—. Ella te comprará otra.

«Y un jamón», pensó Agatha cuando finalmente aparcó cerca de la estación de autobús. Deliberadamente, se tomó con mucha calma la vuelta a la Pump Room, es más, tardó una hora entera. Encontró a los Boggle en la tetería, junto a una cafetera vacía y dos platos cubiertos de migas de pastel.

—Así que finalmente ha decidido aparecer —ironizó el señor Boggle pasándole la cuenta—. Menuda es usted.

—El problema es que hoy en día nadie se preocupa por los ancianos. Lo único

que quiere la gente son discotecas y drogas —dijo la señora Boggle. Los dos miraban a Agatha con rabia.

—¿Han tomado ya las aguas? —preguntó ella.

—Ahora vamos —dijo la señora Boggle—. Ayúdeme a levantarme.

Agatha se puso de pie y le asaltaron unas leves náuseas debido a las vaharadas de perfume barato y el olor a viejo. Los Boggle se bebieron sendas tazas de agua sulfurosa.

—¿Quieren ver los baños romanos? —preguntó Agatha, recordando a la señora Bloxby y resuelta a caer bien—. Yo no los he visto.

—Pues nosotros los hemos visto docenas de veces —replicó la señora Boggle—. Queremos ir a Polly Perkin's Pantry.

—¿Qué es eso?

—El sitio donde vamos a comer.

Los Boggle pertenecían a una generación que todavía comía a mediodía.

—Son sólo las doce menos diez —señaló Agatha— y acaban de tomar café y pastas.

—Pero usted tiene que ir a buscar el coche —observó el señor Boggle—. El Pantry está en Monmouth Road. No esperará que vayamos a pie hasta allí; sería muy desconsiderado.

La idea de darse un breve respiro de los Boggle mientras iba a buscar el coche animó a Agatha a aceptar sus órdenes sumisamente. De nuevo se tomó su tiempo, y cuando volvió a recogerlos era la una; ignoró sus lamentos y las quejas referentes a las articulaciones de la señora Boggle, que se estaban agarrotando de tanto esperar.

Nadie podía acusar a Agatha Raisin de tener un paladar delicado o refinado, pero sí tenía buen ojo para los robos y, en cuanto se sentó con aquella horrible pareja en Polly Perkin's Pantry, se preguntó si serían almas gemelas de los Cummings-Browne. Camareras vestidas con corpiños de encaje y cofias corrían a toda velocidad arriba y abajo, de modo que podían ignorar a la gente que esperaba a que la sirvieran.

El menú era caro y estaba redactado en una prosa afectada que desquiciaba a Agatha. Los Boggle eligieron los buñuelos de bacalao Beau Nash de primero —«crujientes y dorados en un lecho de lechuga fresca»— seguidos de escalope de ternera Beau Brummell, «tierna y jugosa, con una salsa de vino blanco y chisporroteantes varitas de berenjena, zanahorias frescas y tiernas, y succulentos guisantes».

—Y una botella de champán —añadió el señor Boggle.

—No estoy forrada —se quejó Agatha, irritada.

—El champán es bueno para mi artritis —replicó con voz trémula la señora Boggle—. Muy pocas veces nos invitan, pero si usted va a ponerse a contar hasta el último penique...

Agatha se rindió. Que cogieran una buena y así a lo mejor se pasaban dormidos el trayecto de vuelta a casa. Las camareras se habían congregado en un rincón, junto a la

caja registradora, donde charlaban y se reían. Agatha se levantó y se acercó a ellas.

—No tengo intención de esperar a que me sirvan. Muévanse —les espetó—. Quiero un servicio amable y alegre y rápido, y lo quiero ahora. Y no me miren con esa cara de bobas e insolentes. ¡Espabilen!

Una taciturna camarera siguió a Agatha hasta su mesa y les tomó nota. El champán estaba caliente cuando llegó. Agatha estalló. Se levantó y miró con ferocidad las tímidas y pálidas caras inglesas de los demás comensales.

—¿Por qué se quedan ahí sentados aguantando este servicio lamentable? —gritó—. Están pagándolo, maldita sea.

—Tiene razón —convino un hombrecito de aspecto dócil—. Llevo aquí media hora y nadie se ha acercado a la mesa.

Exclamaciones de ira y frustración se elevaron entre los demás comensales. Alguien fue a avisar a toda prisa al encargado, que bajó de alguna oficina de la planta de arriba. Como por arte de magia, apareció un cubo con hielo.

—A cuenta de la casa —murmuró el encargado inclinándose hacia Agatha.

Las camareras volaban de aquí para allá, esta vez sirviendo a los clientes, mientras sus largas faldas se agitaban y sus pechos indignados se movían bajo los corpiños de encaje y las cofias que asentían.

—Estarán agotadas cuando vuelvan a casa —comentó Agatha con una sonrisa—. No se habían movido tanto en toda su vida.

La señora Boggle lanceó un buñuelo de bacalao y se lo metió entero en la boca.

—Nunca antes habíamos tenido problemas —dijo a la par que rociaba migas de bacalao—. ¿Verdad que no, Benjamin?

—No, la gente nos respetaba —dijo el señor Boggle. Agatha abrió la boca con la intención de fulminar a aquella pareja espantosa, cuando el señor Boggle añadió—: ¿Era usted una de sus queridas?

Ella lo miró, desconcertada.

—¿De quién?

—De Reg Cummings-Browne, el mismo al que envenené.

—Yo no le envenené —rugió Agatha, pero bajó la voz al ver que los demás comensales la miraban—. Fue un accidente. ¿Y qué demonios le hace pensar que yo tenía una aventura con Cummings-Browne?

—La han visto en casa de Ella Cartwright. Tal para cual, es lo que yo digo siempre.

—¿Está diciendo que la señora Cartwright tenía un lío con Cummings-Browne?

—Claro. Todo el mundo lo sabía, salvo su marido.

—¿Y desde cuándo?

—No lo sé. Debió de dejarla, creo, porque él tenía otra historia en Ancombe, o eso me han dicho.

—Así que Cummings-Browne era un mujeriego —dedujo Agatha.

Animado por el champán, el señor Boggle se rio tontamente.

—Se ha dado un revolcón con la mitad del condado, si es que le interesa.

La mente de Agatha se disparó. Rememoró la cena con los Cummings-Browne y recordó que se había mencionado el nombre de la señora Cartwright, y el repentino silencio que se hizo entre ambos. Y luego, todas aquellas mujeres llorosas en las diligencias judiciales.

—Claro que —intervino la señora Boggle de repente— todos sabíamos que usted era la destinataria del veneno.

—¿Y por qué iba a querer envenenarme nadie? —preguntó Agatha.

—Fíjese en lo que le hizo a la señora Barr: le robó a la señora Simpson prometiéndole el oro y el moro. Oí a la señora Barr contarle en Harvey's.

—No me venga con que la señora Barr intentó envenenarme porque me quedé con su mujer de la limpieza.

—¿Y por qué no? Creo que ella tiene sus razones. Dijo que usted había rebajado el nivel del pueblo.

—¿Suelen ustedes ser tan maleducados con la gente que dedica un día a llevarlos de excursión? —quiso saber Agatha.

—Yo digo las cosas como son —replicó con orgullo la señora Boggle.

Agatha estaba a punto de contestarle de mala manera cuando recordó que ella había dicho exactamente lo mismo en varias ocasiones. Así que, cuando el matrimonio hubo arrasado el plato principal, lo que dijo fue:

—¿Van a querer algo de postre?

Una pregunta tonta. Claro que querían postre. Pastel de caramelo Prince Regent con helado; diabólicamente bueno.

Los pensamientos de Agatha se centraron de nuevo en el problema de la muerte de Cummings-Browne. El hombre había sido jurado de concursos en otros pueblos y tenía sus favoritas. ¿Eran también sus amantes? Y ¿qué pensar de la animadversión de la señora Barr? ¿Se debía sólo a la señora Simpson, o la señora Barr participaba también en los concursos de cocina, arreglos de flores y mermeladas del pueblo?

—No quiero café —dijo la señora Boggle—, me baja directo al vientre.

Agatha pagó, pero con champán a cuenta de la casa o sin él, no dejó propina.

—Si me esperan aquí —dijo—, iré a buscar el coche.

Le faltaba poco para librarse de esa encantadora pareja. Agatha se sentía bastante animada cuando volvió con el coche, pero cuando se disponía a salir de Bath, la señora Boggle le dio un golpecito en el hombro.

—¡Eh! ¿Adónde va?

—A casa —respondió Agatha en dos palabras.

—Queremos escuchar la banda que toca en los Parade Gardens —exigió el señor Boggle—. ¿Qué es un día de excursión si no puedes escuchar la banda?

Sólo el recuerdo de la cara amable de la señora Bloxby hizo que Agatha diera la vuelta. Dejó a la pareja en los jardines y, agotada, fue a aparcar de nuevo, muy lejos, y regresó luego a pie. Tuvo que buscar tumbonas para los Boggle.

Hacía sol, y la banda tocaba lo que parecía un interminable repertorio mientras avanzaba la tarde. Luego, los Boogle quisieron ir a tomar el té al Pump Room. ¿Siempre comían tanto?, se preguntó Agatha. ¿Estarían almacenando comida en sus entrañas para una larga hibernación antes de la próxima excursión?

Por fin, le permitieron que los llevara de vuelta a casa. Todo iba bien hasta que llegaron a la Fosse Way y, una vez más, el huesudo dedo se le hincó en la espalda.

—Tengo que hacer pis —dijo la señora Boggle.

—¿No puede aguantar hasta que lleguemos a Bourton-on-the-Water o Stowe? —preguntó Agatha por encima del hombro—. Seguro que allí hay lavabos públicos.

—Tengo que ir ahora.

Agatha se detuvo a un lado de la carretera, dejando el coche sobre el arcén.

—Ayúdela —demandó el señor Boggle.

Tuvo que llevar a la señora Boggle al campo y dejarla detrás de unos arbustos. Ésta sacó papel higiénico de su bolso. Agatha se vio obligada a ayudarla a bajarse las bragas, unas grandes de algodón rosa con un elástico en la rodilla.

Todo aquello le revolvía el estómago, y casi tenía náuseas cuando finalmente guio a la anciana de vuelta al coche. Prefería arder en el infierno, pensó para sí, antes que repetir un día como ése.

Se sentía sin fuerzas y con ganas de llorar cuando llegó a Culloden.

—¿Por qué se llama Culloden? —preguntó.

—Cuando compramos la casa de protección oficial —explicó el señor Boggle— fuimos al almacén donde vendían rótulos. Yo quería Rose Cottage, pero ella prefirió Culloden.

Agatha se bajó y dejó a la señora Boggle en la acera, al lado de su marido. Luego se subió de un salto al coche, se puso tras el volante y arrancó con un frenético gemido del cambio de marchas.

El detective Wong esperaba en el umbral de la puerta de su casa.

—¿Ha salido a divertirse? —le preguntó cuando Agatha le invitó a entrar.

—He pasado un día espantoso —contestó ella—, y no me apetece hablar de ello. ¿Qué le trae por aquí?

Él se sentó a la mesa de la cocina y desplegó la nota anónima.

—¿Tiene la menor idea de quién la mandó?

Agatha enchufó el hervidor eléctrico.

—Pensaba que podía ser John Cartwright. Me ha amenazado.

—¿Y por qué iba a amenazarla John Cartwright?

Agatha se mostró evasiva.

—Fui a visitar a su mujer. No pareció que mi presencia le hiciera mucha gracia.

—Y estuvo haciendo preguntas —añadió Bill.

—Bueno, ¿sabe que Cummings-Browne tenía un lío con Ella Cartwright?

—Sí.

Los ojos de Agatha centellearon.

—Bueno, hay un motivo...

—Si se muestra tan desesperada por demostrar que fue un asesinato, va a buscarse líos. A nadie le gusta que metan las narices en su vida privada. Pero esta nota me interesa. No tiene huellas dactilares.

—Todo el mundo sabe lo de las huellas dactilares —se mofó Agatha.

—Y todo el mundo sabe también que si no tienes antecedentes, la policía no puede encontrarte mediante las huellas. No tomaríamos las huellas dactilares de un pueblo entero sólo por una carta desagradable. Por eso creo que la escribió alguien con conocimientos que pretende hacerse pasar por inculto.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Incluso en el acento de Gloucestershire más cerrado, «figonear» suena tal cual; es posible que alguien diga «figonea», pero no escribiría la tilde. Además, por extraño que parezca, todo el mundo sabe escribir «puta». Aparte de a los Cartwright, ¿a quién más ha preguntado?

—A nadie —contestó Agatha—. Pero estuve hablando con mis amigos del asesinato en el Horse and Groóm, y dos amigos de mi vecina estaban allí.

—No fue un asesinato —replicó él con paciencia— sino un accidente. Me quedaré esta nota. No he encontrado a nadie que reconozca a la mujer de la fotografía. Me he pasado por aquí para advertirla, Agatha Raisin, de que no se entrometa en las vidas ajenas o pronto nos encontraremos con un asesinato de verdad, ¡y usted será el cadáver!



La silueta de Agatha, a pesar de ser robusta, había acumulado hasta el momento poca grasa. Sin embargo, cuando esa mañana intentó abrocharse la falda se dio cuenta de que había engordado unos tres centímetros en la cintura. En Londres caminaba mucho, pues así llegaba antes que en los autobuses que avanzaban a paso de tortuga entre el tráfico. Pero desde que vivía en Carsely, había utilizado el coche para ir a todas partes, salvo por los cortos trayectos dentro del propio pueblo. Carsely no iba a hacer que Agatha Raisin se descuidara.

Fue en coche a una tienda de bicicletas de Evesham y se compró una plegable y ligera, de las que cabían en el maletero. No quería pedalear cerca del pueblo hasta que hubiera vuelto a cogerle el tranquillo. No montaba en bicicleta desde los seis años.

Aparcó en la carretera junto a uno de los senderos campestres, sacó la pequeña bicicleta y la empujó hasta el inicio del camino. Se montó y se tambaleó con inseguridad y nerviosismo, subió una pequeña pendiente y luego, con una sensación de euforia, bajó por la ladera de la colina a través de los bonitos bosques salpicados por el sol. Al cabo de unos kilómetros se dio cuenta de que se acercaba al pueblo y, refunfuñando, dio la vuelta. Sus bien formadas piernas, aunque bastante fuertes gracias a las caminatas por Londres, no estaban preparadas para escalar en bici toda la colina, así que se bajó y avanzó empujándola. Las nubes cubrieron el sol muy deprisa y pronto empezó a llover, una lluvia fina, delicada, de las que calaban.

En Londres, podría haber entrado en un bar o en un café y esperar a que dejara de llover, pero allí no había nada salvo campos y bosques y el continuo goteo del agua procedente de los árboles.

Agradecida, llegó al coche y guardó la bicicleta. Estaba arrancando cuando otro coche pasó por delante de ella. Lo miró, sorprendida; sin duda era el oxidado vehículo marrón que había visto hacía poco atrapado en el jardín delantero de los Cartwright. Llevada por un impulso, dio media vuelta y empezó a seguirlo. Su presa serpenteó por caminos estrechos hacia Ancombe. Agatha intentaba que no la viera, pero no había más vehículos en la carretera. Distinguió a la señora Cartwright al volante del coche herrumbroso.

Al aproximarse a Ancombe, reparó en los grandes rótulos y flechas que dirigían a los conductores hacia la FERIA ANUAL DE ANCOMBE. Por lo que parecía, la señora Cartwright se encaminaba hacia allí. Ahora había otros coches y Agatha dejó que un Mini se interpusiera entre ella y la perseguida.

Ésta aparcó en un gran descampado mojado. Sin hacer caso del brazo que agitaba un guardia, Agatha aparcó un poco alejada. Tan bruscamente como había empezado, la lluvia cesó y salió el sol. Empapada y arrugada, Agatha bajó de su vehículo. No había rastro de la señora Cartwright. Al pasar junto a su coche, un viejo Ford

Vauxhall, vio que estaba vacío.

Se encaminó hacia la feria, pagó los diez peniques de la entrada y otros diez por un programa, que hojeó hasta dar con la carpa del Concurso de Comida Casera, que se hallaba en el centro.

Cuando estaba a punto de entrar, Agatha se topó de bruces con la señora Cartwright.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ésta con suspicacia.

—¿Cómo pudo sacar el coche del jardín? —preguntó Agatha.

—Empujo la valla y la tiro al suelo, salgo, vuelvo a levantarla. Llevo años así, pero ¿se cree que mi John la arregla? Qué va. ¿Qué hace usted aquí?

—Me enteré de que había una feria —explicó Agatha sin entrar en detalles—. ¿Presenta algo?

—Una quiche —respondió la señora Cartwright en tono lacónico. De repente sonrió—. De espinacas. Aquí dan mejores premios que en Carsely.

—¿Cree que ganará?

—Seguro. En realidad, no tengo competencia.

—¿También aquí el juez de los platos caseros era el señor Cummings-Brown?

—No. Era miembro del jurado de los perros. Las mejores razas y todo ese rollo. Escuche... —la señora Cartwright miró furtivamente a su alrededor—, ¿quiere información?

—Hasta ahora ya le he pagado cuarenta libras y no me ha dicho nada a cambio que valga ese dinero —le espetó Agatha—. Y puede decirle a ese marido suyo que deje de amenazarme.

—Siempre amenaza a todo el mundo, y todos creen que usted es una bruja entrometida. Aun así, si no quiere saber lo que pasó en Ancombe...

Empezó a alejarse.

—Espere —dijo Agatha—, ¿qué puede contarme?

Los ojos oscuros de Ella se posaron avariciosos en el bolso de Agatha, que lo abrió y sacó el monedero.

—Diez, si me parece que la información lo vale.

La señora Cartwright se inclinó hacia delante.

—El concurso de perros siempre lo gana un terrier escocés.

—¿Y?

—Y la mujer que presenta los terriers escoceses es Barbara James, de Combe Farm. Estuvo en las diligencias, llorando a moco tendido.

—¿Me está diciendo que...?

—Nuestro juez Reg tenía que probar el material antes de conceder el premio a alguien un año sí y el otro también.

Agatha le dio las diez libras y examinó el programa. El concurso de perros estaba a punto de empezar en una plaza junto a la carpa. Cuando levantó la vista del programa, la señora Cartwright había desaparecido.

Agatha se sentó en un banco frente a la plaza acordonada y abrió otra vez el programa. El juez que determinaría la mejor raza sería una tal señora Waverton. Alzó la mirada y vio a una mujer corpulenta con un traje de *tweed* y gorro de cazador sentada en un bastón taburete, cuyo inmenso trasero envuelto en *tweed* rebosaba por todos lados al tiempo que examinaba los perros que desfilaban ante ella. Una mujer de cara juvenil de unos treinta y cinco años, con pelo castaño rizado y mejillas rosadas, paseaba un terrier escocés por delante de *lady* Waverton. «Ésa debe de ser Barbara James», pensó Agatha.

Todo resultaba tan aburrido que Agatha dejó vagar la mirada. Qué nerviosos y suplicantes parecían todos los concursantes, como padres en una entrega de premios. *Lady* Waverton anotó algo en un trozo de papel y un recadero corrió al estrado, donde un hombre sentado en una silla sostenía un micrófono.

—Atención, por favor —anunció—. Los premios a la mejor raza son los siguientes: tercero, el señor J. G. Feathers, por su sealyham terrier, *Pride of Moreton*; segundo, para la señora Comley, por su otterhound, *Jamesy Bright Eyes*; y el primero es para...

Barbara James levantó su terrier escocés, lo acunó y miró con expectación hacia los dos fotógrafos de los periódicos locales.

—El primer premio es para la señorita Sally Gentle por su caniche, *Bubbles Daventry of the Fosse*.

La señorita Sally Gentle se parecía mucho a su perro, con el pelo blanco rizado recogido con lazos. Barbara James abandonó a largas zancadas la plaza con la cara ensombrecida por la rabia.

Agatha se levantó y la siguió. Barbara fue directamente a la carpa de la cerveza. Agatha se quedó al fondo hasta que la decepcionada concursante se hubo agenciado una pinta. Agatha aborrecía la cerveza, pero pidió con valentía media pinta y se sentó al lado de Barbara a una de las desvencijadas mesas diseminadas por la carpa.

Fingió sorpresa.

—Vaya, si es la señorita James —exclamó y le dio una palmada al terrier escocés, que le mordisqueó la mano—. Juguetón, ¿eh? —dijo clavándole una mirada asesina al perro—. Qué hermosa cabeza. Estaba convencida de que ganaría.

—Es la primera vez en seis años que no gano —exclamó Barbara, que extendió las piernas enfundadas en unos pantalones de montar con gesto malhumorado y se miró las punteras de las botas.

Agatha soltó un suspiro.

—Pobre señor Cummings-Browne.

—Reg sabía reconocer un buen perro cuando lo veía —dijo Barbara—. Anda, date una vuelta, Walkies. —Dejó al perro en el suelo. El animal se acercó a la entrada de la carpa y levantó la pata contra el cubo de basura—. ¿Conocía a Reg?

—Sólo un poco —contestó Agatha—. Cené con los Cummings-Browne poco antes de que él muriera.

—No tendría que haber pasado —dijo Barbara—. Ése es el problema de estos pueblos de los Cotswolds. Vienen a vivir demasiados urbanitas. ¿Sabe cómo murió? Una zorra llamada Raisin compró una quiche e intentó colarla en el concurso como si la hubiera preparado ella.

Agatha abrió la boca dispuesta a reconocer que ella era la tal señora Raisin, cuando de repente empezó a llover de nuevo, como si alguien hubiera abierto un grifo. Había una larga caminata hasta donde había dejado el coche. Un viento frío sopló en la carpa.

—Qué espanto —se solidarizó Agatha en voz baja—, ¿y usted conocía bien al señor Cummings-Browne?

—Éramos muy buenos amigos. Siempre tenía ganas de echarse unas risas, el bueno de Reg.

—¿Ha presentado algo al concurso de platos caseros? —preguntó Agatha.

Los ojos azules de Barbara adoptaron una mirada suspicaz.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—La mayoría de las señoras parecen tener mucho talento en estos concursos.

—No sé cocinar, pero sí reconocer a un buen perro. Maldita sea, debería haber ganado. ¿Qué títulos tiene esa Doña Creída para ser juez en un concurso de perros? Ya se lo digo yo: ninguno. Los organizadores quieren un juez, así que se lo piden a cualquier idiota con un nombre. Ni siquiera podría juzgar su propio culo.

Cuando Barbara levantó la jarra de cerveza, Agatha se fijó en los músculos tensos de la mujer y optó por la retirada. Pero en ese momento, Ella Cartwright asomó la cabeza dentro de la carpa, vio a Agatha y gritó:

—¿Se lo está pasando bien, señora Raisin?

Barbara dejó lentamente la jarra sobre la mesa.

—¡Usted! —siseó.

Por encima de la mesa, se abalanzó hacia el cuello de Agatha con las manos por delante. Ésta se echó hacia atrás y tiró al suelo su frágil asiento de lona y acero tubular.

—A ver, no se ponga nerviosa —reclamó con poca convicción.

Pero Barbara se le echó encima y la agarró del cuello. Agatha apenas era consciente de las sonrisas en el rostro de los bebedores de la carpa. Le clavó la rodilla en el estómago a su atacante y empujó con todas sus fuerzas. Barbara retrocedió tambaleándose, pero al momento volvió a la carga y se interpuso en su camino hacia la salida. Agatha corrió por detrás de la barra pidiendo ayuda a gritos, mientras los hombres se reían y vitoreaban. Agarró un gran cuchillo de cocina y lo blandió frente a sí.

—Apártese —dijo sin aliento.

—¡Asesina! —chilló Barbara, pero retrocedió.

Entonces brilló un *flash* cegador y se oyó el clic de una cámara. Uno de los fotógrafos locales acababa de captar una instantánea de Agatha blandiendo el cuchillo

de cocina.

Sin soltarlo, ésta se desplazó hacia la salida.

—No se acerque a mí o la mataré —gritó Barbara.

Agatha soltó el cuchillo al salir de la carpa y echó a correr. Una vez en la seguridad de su coche, con las puertas cerradas, se quedó sentada jadeando. Introdujo la llave en el contacto y luego se detuvo, consternada. ¡Esa fotografía! Ya la veía en la primera plana de un periódico local. ¿Y si la reproducían los periódicos de Londres? Oh, Dios. Iba a tener que hacerse con ella.

Se bajó del coche con desgana, nerviosa y cansada, sensaciones que la acompañaron mientras recorría el campo empapado de lluvia.

Manteniendo un ojo alerta por si aparecía Barbara James, pasó por los puestos que vendían libros de segunda mano, flores secas, cerámica local y, para variar, comida casera. Además de los tenderetes habituales, había uno que ofrecía vinos de la zona. El fotógrafo estaba allí con un periodista, probando vino de saúco. El corazón de Agatha latía con fuerza. El hombre había dejado la funda en el suelo, a sus pies, pero la cámara con la que había tomado la foto seguía colgada de su cuello. Agatha retrocedió para que no la viera. Él siguió allí catando el vino un largo rato, hasta que se anunció la carrera de terriers. Entonces le dijo algo al periodista y ambos se encaminaron hacia la plaza. Agatha los siguió y esperó hasta que entraron en la plaza; luego se acercó a un puesto y se compró un impermeable y un gorro para la lluvia. Seguía lloviendo; iba a ser un día muy largo. Tras la carrera de terriers había una exhibición de saltos. Agatha se asomó al borde de la multitud que empezaba a dispersarse; de algún modo sentía que gracias al gorro y el impermeable que se había puesto iba disfrazada.

Al acabar la exhibición de saltos, dejó de llover otra vez y un sol frío y amarillo bañó la feria. Mientras el corazón le latía desbocado, Agatha vio que el fotógrafo sacaba el carrete de película de la cámara, lo metía en la funda y colocaba otro. Despacio, se quitó el impermeable. El fotógrafo y el periodista abandonaron la plaza y regresaron al puesto de vinos locales.

—Prueben el de abedul —les apremió la mujer que servía mientras Agatha se acercaba sigilosamente a ellos.

Dejó caer el impermeable sobre la funda de la cámara, murmuró algo, se agachó, agarró el asa de la funda, la levantó y se escabulló por detrás de una carpa. Abrió la funda y vio con consternación un montón de carretes. Una pena. Los sacó todos después de ponerse de nuevo el impermeable y se los guardó en el bolsillo.

Oyó un débil grito —«¡Policía!»— y se marchó a toda prisa, tras dejar la funda de la cámara en el suelo. Estaba segura de que la mujer que servía el vino no se había fijado en ella, y el fotógrafo y el periodista ni siquiera se habían dado la vuelta. Se creía afortunada porque al menos no eran de un periódico nacional, que se habría centrado en ella y en Barbara James y tal vez se habría remontado al envenenamiento de la quiche. Pero los reporteros y fotógrafos de la prensa local sabían que su función

en estas ferias consistía en sacar tantas caras y tantos ganadores en sus páginas como fuera posible para aumentar las tiradas. Aunque si la imagen de Agatha blandiendo un cuchillo en la carpa de cerveza había salido bien, sabía que la utilizarían, acompañada, sin duda, de declaraciones de la enfurecida Barbara James.

Estaba saliendo del aparcamiento cuando un policía le hizo señas para que se detuviera. Agatha bajó la ventanilla y le miró con nerviosismo.

—Le han robado la bolsa de la cámara a un fotógrafo —explicó el policía—; ¿no habrá visto nada sospechoso?

Desde fuera, el hombre echó un vistazo al interior del coche y lo recorrió con la mirada. Agatha era dolorosamente consciente de los bolsillos de su impermeable, abultados por los carretes.

—No —contestó—. Qué espanto.

Se oyó un lejano grito de «La hemos encontrado». El policía se irguió.

—Ya está —dijo con una sonrisa—. Estos fotógrafos siempre se pasan con la bebida. Seguramente sólo se había olvidado de dónde la había dejado.

Se apartó. Agatha pisó el embrague y salió de allí. No se relajó ni un momento hasta que llegó a casa y encendió un buen fuego en la chimenea. Al verlo llamear, echó dentro todos los carretes y observó como ardían con alegría. Entonces oyó un coche que frenaba delante de su casa.

Se asomó a la ventana. ¡Era Barbara James!

Agatha se escondió detrás del sofá y se quedó allí, temblando. Los golpes en la puerta, en un principio suaves, se convirtieron al poco en una lluvia de patadas y golpes. A Agatha se le escapó un gemido. Luego todo quedó en silencio. Estaba a punto de levantarse cuando algo golpeó el cristal de la ventana del salón, y volvió a agazaparse. Oyó alejarse lo que esperaba que fuera el coche de Barbara. Aun así, aguardó.

Al cabo de diez minutos, se puso lentamente en pie y miró por la ventana. En el cristal había pegados excrementos marrones, junto con jirones de papel de cocina. Barbara debía de haberle tirado un envoltorio lleno.

Fue a la cocina, llenó un cubo de agua, lo llevó fuera, la tiró a la ventana y entró por más agua hasta que el cristal quedó limpio. Iba a volver a entrar cuando vio a la señora Barr en la puerta de su jardín, mirándola, con sus ojos claros iluminados por la malicia.

Los gruñidos de su estómago le recordaron a Agatha que no había comido. Pero no albergaba valor para volver a salir; al menos tenía pan y mantequilla. Se preparó unas tostadas.

El teléfono sonó, estridente. Agatha se acercó y descolgó el aparato con cautela.

—¿Hola? —dijo la voz afeminada de Roy—, ¿eres tú, Aggie?

—Sí —contestó Agatha, que se relajó, aliviada—, ¿cómo estás?

—Un poco hartó.

—¿Y Steve?

—No lo he visto. Se cabreó conmigo.

—Cómprale un libro sobre tradiciones locales. Ya verás como los ojos le hacen chiribitas.

—La única forma de que se le encienda la mirada a ése —dijo Roy con mordacidad— es poniéndole una antorcha en llamas en la oreja. Me han dado la cuenta de Tolly Baby Food.

—Felicidades.

—¿Por qué? —La voz de Roy sonó tensa—. La comida de bebés no es plato de mi gusto, querida. Lo han hecho a propósito; esperan que fracase. Es más tu especialidad.

—Espera un momento. ¿No es Tolly Baby Food la marca en la que un maníaco ha puesto cristales para chantajear a la empresa?

—Ya han detenido a alguien, pero ahora Tolly quiere recuperar su imagen.

—Procura ir de ecologista —le sugirió Agatha—. Propón a la gente de publicidad una línea de comida para bebés saludable, sin aditivos y con una tapa de seguridad especial. Busca una figura de cómic para promocionarla. Organiza una fiesta para la prensa en la que mostréis la nueva medida antivándalos. «Sólo Tolly Baby Food es seguro para los niños», algo así. Y no bebas. Invita a comer por separado a todos los periodistas que tengan hijos.

—Esos no tienen hijos —se quejó Roy—. Lo único que engendran es mala leche.

—Hay unos cuantos fértiles. —Agatha repasó lo que recordaba—. Está Jean Hammond, que tiene un bebé, y la mujer de Jeffrey Constable acaba de tener otro. Si buscas, encontrarás más. En cualquier caso, las periodistas se sienten obligadas a escribir sobre bebés para demostrar que son normales. Tienen que seguir identificándose con las amas de casa a las que desprecian en secreto. ¿Conoces a Jill Stamp, que siempre está dando la vara con su ahijado? Pues no tiene ninguno. Se lo inventa todo porque es la imagen que quiere dar.

—Ojalá te encargaras tú de esto, Aggie —dijo Roy—. Era divertido trabajar contigo. ¿Cómo van las cosas por Ruralandia?

Agatha dudó un momento y contestó:

—Bien.

La respuesta fue recibida con un largo silencio. De repente, para su asombro, a Agatha le dio la impresión de que a lo mejor Roy esperaba una invitación.

—¿Te acuerdas de toda aquella purria que tenía en el salón?

—¿Las herraduras de imitación y todo lo demás?

—Sí. Voy a subastarlo todo para la beneficencia. El diez de junio, un sábado. ¿Te gustaría pasarte y verme en acción?

—Me encantaría.

—Muy bien. Te esperaré en el tren del viernes por la noche, a las nueve. Me sorprende que quieras salir de Londres.

—Londres es un vertedero —comentó Roy con amargura.

—Oh, Dios, hay un coche fuera —gritó Agatha, y se asomó por la ventana—. No pasa nada, sólo es la policía.

—¿Qué has estado haciendo?

—Ya te lo contaré cuando te vea. Adiós.

Agatha le abrió la puerta a Bill Wong.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó—. ¿O es sólo otra visita amistosa?

—No del todo.

Él la siguió hasta la cocina y se sentó a la mesa.

—Según tengo entendido, estuvo usted en la feria de Ancombe —dijo Bill.

—¿Y?

—La vieron en la carpa de la cerveza blandiendo un cuchillo contra la señorita Barbara James.

—Defensa propia. Esa mujer intentó estrangularme.

—¿Por qué?

—Porque creo que tenía un lío con Cummings-Browne. Descubrió cómo me llamaba y perdió los papeles.

Wong abrió un pequeño cuaderno y lo consultó.

—El fotógrafo Ben Birkin, del *Cotswold Courier*, hizo una foto y, qué casualidad, le robaron la funda de la cámara. No se llevaron los aparatos pero sí todos los carretes.

—Qué raro —dijo Agatha— ¿Café?

—Sí, por favor. Luego recibí una llamada de Fred Griggs, el policía local. Le habían informado de que una mujer que correspondía a la descripción de Barbara James estaba tirando mierda a sus ventanas.

—Está loca —dijo Agatha, y dejó con brusquedad una taza de café instantáneo delante de Bill—; mucho. Y usted sigue empeñado en que la muerte de Cummings-Browne fue un accidente. Lamento la escenita de la carpa de cerveza, y me alegro de que el fotógrafo perdiera el carrete. Ya lo he pasado bastante mal sin tener que ver mi foto en primera plana de un periodicucho local. Oh, Dios, supongo que publicarán la historia aunque no tengan fotografía para acompañarla.

Él la miró inquisitivamente.

—Es usted una mujer muy afortunada. El director se puso tan furioso con Ben Birkin que no quiere saber nada de dos mujeres que se peleaban en una carpa de cerveza. Además, resulta que John James, el padre de Barbara, tiene acciones en la empresa propietaria del periódico. Al director sólo le preocupa meter en sus páginas tantos nombres y fotografías de vecinos como quepan. Por suerte, había bastantes fotógrafos aficionados en la feria y Bill pudo comprarles los carretes. ¿Quiere denunciar a Barbara James por agresión o por arrojar lo que seguramente eran excrementos de perro a su ventana?

Agatha se encogió de hombros.

—No quiero volver a ver a esa mujer. Así que no.

—He estado realizando más pesquisas sobre Cummings-Browne —continuó Bill—. Parece que era todo un donjuán. Viéndole, ¿quién lo diría, no le parece? Cabeza de pepino y orejas de soplillo. Ah, y he descubierto la identidad de la mujer que la fulminaba con la mirada en el castillo de Warwick.

—¿Quién es?

—La señorita María Borrow, solterona de la parroquia, no de ésta, sino de Upper Cockburn.

—¿Y también estaba liada con Cummings-Browne?

—Resulta difícil de creer. Es una maestra jubilada; un poco chiflada, cree en la brujería. Tiene sesenta y dos años.

—Oh, vaya, sesenta y dos. Incluso a Cummings-Browne le resultaría difícil...

—Pero durante los tres últimos años ha ganado el concurso de mermelada de Upper Cockburn, del que el señor Cummings-Browne era jurado. Ni se le ocurra acercarse a ella. Mejor no se meta, señora Raisin. Relájese y disfrute de su retiro.

Bill se levantó, pero en lugar de dirigirse a la puerta principal entró en la sala de estar y se quedó mirando la chimenea. Cogió el largo atizador de latón y removió la leña en llamas. Pequeños restos metálicos y negros de los carretes crepitaron en la parrilla y en el hogar.

—Sí, es una mujer muy afortunada, señora Raisin —dijo Bill—. Resulta que aborrezco a Ben Birkin.

—¿Por qué? —preguntó Agatha.

—En una época yo coqueteé con una señora casada y la estaba abrazando detrás de la abadía de Mircester. Ben hizo una fotografía y la publicaron con el pie: «A salvo en brazos de la ley». Su marido se pasó por mi casa y me costó lo mío salir bien parado.

Agatha se animó.

—No tengo muy claro adonde quiere ir a parar. Encontré en mi equipaje un montón de carretes viejos que ya no servían y los estaba quemando.

Bill negó con la cabeza en fingido gesto de asombro.

—Uno pensaría que, dados los muchos años que ha pasado trabajando en las relaciones públicas, habría aprendido a mentir mejor. En el futuro, dedíquese a sus asuntos, Agatha Raisin, y deje la investigación en manos de la ley.

La lluvia racheada cesó de nuevo y el cielo despejado y azul brilló sobre los Cotswolds. Agatha, nerviosa por la pelea con Barbara James, metió la bicicleta en el coche y fue a dar una vuelta; de vez en cuando se detenía en un camino tranquilo y cogía la bicicleta. Inmensos festones de glicinas colgaban sobre las puertas, las flores de los espinos caían como una nevada junto a las carreteras, la piedra dorada de las casas resplandecía bajo el tibio sol y Londres parecía muy lejano.

En Chipping Campden, se olvidó de su decisión de adelgazar y se comió un bistec

con pastel de riñones en el antiguo y acogedor ambiente del Eight Bells, antes de pasear sin prisa por la calle principal del pueblo, con sus arcenes verdes y sus casas de piedra dorada con tejados a dos aguas, chimeneas altas, soportales, frontispicios, columnas, ventanas con montantes o de guillotina, y grandes peldaños de piedra lisa. A pesar de los inevitables grupos de turistas, desprendía un aire sereno y tranquilo. Saciada por el bistec y el pastel de riñones, Agatha empezó a disfrutar de cierta sensación de paz. En el centro del pueblo se levantaba el mercado cubierto de 1627, cuyas columnas bajas y sólidas proyectaban sombras negras sobre la carretera. La vida podía ser agradable. Lo único que tenía que hacer era olvidarse de la muerte de Cummings-Browne.

Durante los siguientes días, el sol siguió brillando y Agatha continuó sus excursiones, a veces en bicicleta, a veces a pie, y cada noche regresaba con una renovada sensación de salud y bienestar. Con cierta inquietud, recordó que tenía que acompañar a las damas de Carsely a Mircester.

Pero ninguna mala cara la recibió al subir al autocar. Allí estaba la señora Doris Simpson, para alivio y sorpresa de Agatha, que se sentó al lado de la mujer de la limpieza y charló relajadamente de naderías. Las mujeres del autocar eran casi todas de mediana edad. Algunas habían traído sus labores de punto, otras, retales con bordados. El viejo autocar traqueteaba y rechinaba por las carreteras. El sol brillaba. Todo desprendía tranquilidad.

Agatha daba por sentado que la diversión que les ofrecerían las damas de Mircester consistiría en té y pastas, y no pensaba cortarse; tenía la sensación de que todo el ejercicio que había hecho los últimos días se merecía el premio de un atracón de pastelitos. Pero cuando entraron en el salón de actos de la iglesia, descubrieron que las esperaba una comida con todas las de la ley, con vino incluido. Éste lo habían elaborado las socias de la Mircester Ladies Society, y era muy fuerte. La comida consistía en consomé, pollo asado con patatas y guisantes, y bizcocho al jerez, completado con licor de manzana de la señora Rainworth. La ovación para la señora Rainworth, una bruja sarmentosa, fue sonora y agradecida mientras el licor empezaba a circular.

La presidenta de la Mircester Ladies' Society se puso de pie.

—Tenemos una sorpresa. —Se volvió hacia la señora Bloxby—. Si son tan amables de acercarse en su autocar al Malvern Theatre, encontrarán butacas reservadas.

—¿Y cuál es el espectáculo? —preguntó la señora Bloxby.

Las damas de Mircester soltaron gritos estridentes:

—¡Es un secreto! Ya verán.

—Me pregunto qué será —le comentó Agatha a Doris Simpson al volver a subir al autocar.

Ahora ya se tuteaban.

—No lo sé —dijo Doris—. Unos niños iban a hacer una función de teatro. A lo

mejor es eso.

—He bebido demasiado —señaló Agatha—, seguramente me quedaré dormida.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —exclamó Doris cuando el viejo autocar se detuvo traqueteando delante del teatro—. Ahí dice: «Grupo de Baile Americano. The Spanglers».

—Será una de esas compañías de *ballet* moderno —gruñó Agatha—. Todos con leotardos negros y bailando en un escenario en el que parece que ha estallado una bomba. Oh, bueno, espero que no pongan la música muy alta.

Una vez dentro, se sentó cómodamente entre los demás miembros de la Carsely Ladies' Society.

El telón se levantó con un redoble de tambores. Agatha parpadeó. Era un espectáculo de *strippers* masculinos. La música resonaba y vibraba, y las luces estroboscópicas se desplazaban de aquí para allá. Agatha se hundió aún más en su butaca, ruborizada por la vergüenza. La señora Rainworth, la inventora del licor de manzana, se levantó y gritó como una histérica:

—Quitáoslo todo.

Las mujeres chillaban y vitoreaban. Agatha se alegró vagamente al ver que Doris Simpson había sacado sus labores de punto y trabajaba tranquilamente, en apariencia ajena a lo que sucedía tanto en el escenario como entre el público. Los *strippers* estaban bronceados y eran musculosos. No se desnudaron del todo. Tenían un aire burlón y malicioso, más de tías buenas que de tíos. Traviesos pero agradables. Sin embargo, la mayoría de las mujeres había perdido la cabeza. Una rubia de bote de mediana edad, del grupo de Mircester, salió lanzada hacia al escenario y hubo que bajarla.

Agatha sufría en silencio, pero cuando el espectáculo llegó a su fin, su sufrimiento no terminó. Las asistentes que querían una fotografía con alguno de los *strippers* podían hacérsela a cambio de sólo diez libras. Y, con pocas excepciones, casi todas las señoras de Carsely quisieron una.

—¿Le ha gustado el espectáculo, señora Raisin? —le preguntó la esposa del vicario, la señora Bloxby, mientras Agatha subía temblorosa al autocar.

—Me ha sorprendido —contestó ella.

—Oh, no era más que un poco de diversión —dijo la señora Bloxby—. He visto cosas peores en la televisión.

—Lo que me sorprende es que a usted le parezca divertido —señaló Agatha.

—Son buenos chicos. ¿Sabe que hicieron una función especial para los refugiados kurdos y recaudaron cinco mil libras? Y todo el dinero de las fotografías es para restaurar el tejado de la abadía.

—Qué inteligente por su parte —dijo Agatha, que sabía reconocer una buena estrategia de relaciones públicas cuando la veía.

Al realizar de vez en cuando actos para obras de caridad, el grupo de *strippers* se había ganado su respetabilidad y conseguido que la lujuria autorizada floreciera sin

culpa en los pechos de las damas de los Cotswolds, que acudían a montones para animarlos. «Tal vez estos americanos han dado comienzo a una tradición inglesa», reflexionó Agatha con amargura. Quizá dentro de quinientos años habría *strippers* masculinos actuando por las plazas de los pueblos de los Cotswold mientras los guías turísticos explicaban a sus clientes los orígenes de ese antiguo rito.

De vuelta al salón de actos de la parroquia se pusieron manos a la obra. Una vez más, eran un numeroso grupo de mujeres serias y respetables, que discutía acerca de la organización de la fiesta y de cómo recolectar fondos para obras de caridad. La señora Bloxby se puso en pie y dijo:

—La señora Raisin va a celebrar una subasta el diez de junio para recaudar dinero para beneficencia. Espero que acudan todas y colaboren para subir las pujas. Le estamos muy agradecidas a la señora Raisin y esperamos que hagan lo posible por ayudarla.

Agatha se encogió, temiendo que alguien dijera: «No a esa señora Raisin, no a la que envenenó al pobre señor Cummings-Browne»; pero lo único que recibió fue una cálida y sentida ovación. A Agatha casi se le saltaron las lágrimas mientras se levantaba y se inclinaba para agradecerla. Bill Wong tenía razón: la jubilación podía ser muy amena si se olvidaba por completo de Reg Cummings-Browne y de aquella maldita quiche.



Agatha cumplió sus propósitos de ocuparse sólo de sus asuntos y se olvidó de la muerte de Cummings-Browne. Así, volvió a concentrar sus energías en los periódicos y comerciantes locales para despertar interés por la subasta. Los directores publicaron notas sobre ésta sólo para que Agatha los dejara tranquilos, igual que habían hecho los periodistas no hacía tanto, cuando vendía otros productos o clientes.

Con su bonhomía habitual, las mujeres de la Carsely Ladies' Society aportaron libros, bandejas, jarrones y otros objetos de aspecto desgastado que habían comprado a lo largo de los años en otras ventas y que ahora decidieron reciclar. A medida que se acercaba el día de la subasta, Agatha empezó a recibir cada vez más visitas. La señora Mason, la presidenta del grupo, la visitaba regularmente con varias mujeres más que traían sus aportaciones, hasta que el salón de Agatha empezó a parecer una tienda de objetos usados.

Estaba tan absorta en la tarea que casi se olvidó de la visita de Roy y tuvo que ir corriendo a buscarlo al tren el viernes por la noche. Habría preferido que no viniera. Agatha empezaba a sentirse parte de la vida del pueblo y no quería que el extravagante Roy dañara su nueva reputación de doña Caridad.

Para su alivio, al bajar del tren él tenía el mismo aspecto de ejecutivo que cualquiera de los que trabajaban en Londres e iban y venían cada día. Llevaba un corte de pelo tradicional, sin pendientes, y vestía un traje. Cestos colgantes de flores adornaban la estación de Moreton-in-Marsh y las rosas florecían en los parterres del andén. El sol se ponía en un atardecer perfecto.

—Parece otro mundo —comentó Roy—. Creí que habías cometido un error espantoso al venir aquí, Aggie, pero ahora pienso que puedes considerarte afortunada.

—¿Cómo va el tema de la comida para bebés? —preguntó Agatha al subir al coche.

—Hice lo que me dijiste y fue un gran éxito, así que he logrado respeto en la empresa. ¿Sabes quién es mi último cliente?

Agatha negó con la cabeza.

—La cadena de viveros Handley.

Agatha pareció asombrada.

—¿Biberones?

—No, querida. Viveros, jardines. Incluso me han pagado una asignación para ropa: chaquetas de *tweed* y zapatos gruesos de cuero, ¿puedes creértelo? ¿Sabes? yo creía que me gustaban las flores, pero tienen esos nombres insoportablemente largos, como fórmulas químicas, y yo no estudié latín en el colegio. Todo es muy aburrido; cabañas para jardines, gnomos y senderos con baldosas irregulares.

—A lo mejor me interesaría comprar un gnomo —sugirió Agatha—. No, no para mí —añadió, pensando en la señora Simpson.

—Será mejor que nos sentemos en la cocina —dijo al llegar a casa—. El salón está a reventar de todas las cosas para la subasta.

—¿Vas a cocinar? —preguntó Roy con inquietud.

—Sí, uno de los miembros de la Carsely Ladies' Society me ha dado algunas clases.

—¿Qué es, una asociación femenina?

Agatha se lo explicó. Luego le hizo una descripción de su excursión a Mircester y Roy se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. La cena consistió en sopa de verduras, seguida de pastel de carne con patatas y tarta crujiente de manzana. «Cosas sencillas», le había dicho la señora Mason.

—Está muy bueno —dijo Roy—. Si incluso llevas un vestido estampado, Aggie.

—Es cómodo —respondió Agatha, a la defensiva—. Además, estoy enfrentándome a mi problema de peso.

—«Que tus límites no dejen de expandirse, más y más» —citó Roy con una sonrisa^[9].

—Nunca pensé que fuera verdad que se engordara al llegar a la madurez —dijo Agatha—. Creía que no era más que una excusa para dejarse ir. Pero ahora, hasta el aire parece engordarme. Estoy cansada de montar en bicicleta y hacer ejercicio. Me dan ganas de abandonar y engordar de verdad.

—Pues comiendo así no vas a adelgazar —observó Roy—. Se supone que debes mordisquear hojas de lechuga, como un conejo.

Después de cenar, Agatha le enseñó el montón de trastos acumulados en su salón.

—Mañana por la mañana, a primera hora, vendrá una furgoneta de reparto —explicó— y luego, cuando hayamos dejado todo en el salón de actos de la escuela, irán a Cheltenham a recoger más cosas. A lo mejor, cuando hayas aprendido algo de plantas, podrás aconsejarme qué hacer con el jardín.

—Todavía no es demasiado tarde para plantar —señaló Roy exhibiendo sus recién adquiridos conocimientos—. Lo que tú quieres es un jardín instantáneo. Ve a un vivero y compra un montón de flores. Monta un típico jardín de cottage. Toda clase de plantas anticuadas. Rosas trepadoras. ¡Ánimo, Aggie!

—Es posible que lo haga. Si finalmente decido quedarme.

Roy la miró maliciosamente.

—Te refieres al asesinato. ¿Qué ha pasado?

—Prefiero no hablar del tema —se apresuró a replicar Agatha—. Lo mejor es olvidarlo todo.

Por la mañana, Agatha, con las manos en la cintura, recorrió con mirada consternada el salón de actos de la escuela. Cuanto había tenido en casa estaba ahora disperso y

parecía poca cosa. Nada especial, en cualquier caso. La señora Bloxby llegó y dijo con su voz afable:

—Vaya, tiene una pinta espléndida.

—Qué más quisiera yo —repuso Agatha—. No parece nada del otro mundo. No hay cosas suficientes. ¿Y si las señoras traen algo más, lo que sea? Cualquier trasto viejo.

—Haré lo que pueda.

—Y la banda, la del pueblo, debería tocar. Para darle un aire festivo. ¿Y si avisamos a los bailarines de Morris?

—Tendría que haberlo pensado antes, señora Raisin. ¿Cómo vamos a organizado todo con tan poca antelación?

Agatha miró la hora.

—Son las nueve —dijo—. La subasta es a las tres. —Sacó un cuaderno—. ¿Dónde vive el director de la banda? ¿Y el encargado de los bailarines?

Desconcertada, la señora Bloxby le dio nombres y direcciones. Agatha corrió a casa y despertó a Roy, que seguía durmiendo tranquilamente.

—Tienes que pintarme unos rótulos ahora mismo —le pidió Agatha—. Déjame ver, los carteles para las celebraciones de mayo están guardados en Harvey's; los vi en la trastienda. Tráelos y pinta encima. Escribe: «Gangas. Gangas. Gangas. Gran Subasta. A las tres. Té. Música. Baile». Luego los colocas en la A-44, donde los conductores puedan verlos, con una gran flecha que apunte hacia Carsely, y luego reparte unas cuantas más por el pueblo indicando el camino.

—No puedo hacer todo eso —se quejó Roy, todavía adormilado.

—Y tanto que puedes —le gruñó la vieja Agatha—. Manos a la obra.

Cogió el coche, fue a casa del director de la banda y le dijo sin contemplaciones que era su deber tocar.

—Quiero música a lo grande, que levante el espíritu —dijo Agatha—. Rule Britannia, *Land of Hope and Glory*, *Jerusalem*, todas en plan última noche de las *proms*^[10]. Van a venir todos los periódicos. No querrá que se enteren de que no ha querido colaborar en una obra de caridad.

El encargado de los bailarines recibió un trato similar. La señora Simpson era la siguiente de la lista. Para alivio de Agatha, se había tomado el día libre para acudir a la subasta.

—Es el salón de actos —le dijo Agatha, disparada—. Parece tan mortecino. Necesita flores.

—Creo que puedo conseguir que las señoras lo arreglen —respondió Doris con tranquilidad—. Siéntate, Agatha, y tómate una taza de té. Te va a dar un ataque al corazón si vas tan desbocada.

Pero Agatha volvía a estar enchufada. Fue por todo el pueblo, arengando e intimidando, pidiendo a los vecinos cuanto tuvieran para la subasta, hasta que llenó el coche con lo que, pensó para sí, era el montón más deprimente de basura que había

visto en su vida.

Roy, sudoroso bajo un sol que ya picaba, estaba agachado en la A-44, clavando los rótulos en el césped. La pintura todavía estaba húmeda y su letra no era muy buena, pero había comprado dos latas de pintura en Harvey's, una roja y otra blanca, y sabía que los rótulos resultaban legibles. Cansado, volvió caminando al pueblo, pensando que era así como Agatha esperaba verlo, y empezó a colocar rótulos por todas partes.

Con la satisfacción del deber cumplido, volvió a casa de Agatha con la intención de echarse otra vez en la cama y dormir unas horas.

Pero Agatha se abalanzó sobre él.

—¡Mira! —exclamó al tiempo que sostenía en alto un disfraz de bufón, con sombrero, campanillas y todo lo demás—. ¿No es divino? La señora Simms, la secretaria, lo llevó en la función navideña del año pasado, y es tan delgada como tú. Debería quedarte de lujo. Póntelo.

Roy retrocedió.

—¿Para qué?

—Te lo pones, te vas a la A-44, al lado de los rótulos, y haces gestos a la gente para que entre en el pueblo. También podrías bailar.

—No, me niego en redondo —replicó Roy con terquedad.

Agatha lo miró inquisitivamente.

—Si lo haces, te daré una idea para esos viveros que te colocará en el mapa de los grandes de las relaciones públicas para el resto de tus días.

—¿Cuál es?

—Te la diré después de la subasta.

—Aggie, de verdad, no puedo. Me sentiría como un completo imbécil.

—Eso es precisamente lo que debes parecer, compañero. Por el amor de Dios, vas por Londres con la ropa más estafalaria que he visto en mi vida. ¿Te acuerdas de cuando te teñiste el pelo de rosa? Te pregunté por qué lo habías hecho y dijiste que te gustaba que la gente te mirara. Bien, ahora todos te mirarán. Haré que tu foto salga en los periódicos y que te describan como un famoso ejecutivo de relaciones públicas de Londres. Mira, Roy, no te lo estoy pidiendo, ¡es una orden!

—Vale, muy bien —farfulló Roy, pensando que en momentos como aquél Agatha le recordaba mucho a su propia madre, una mujer agobiante que le intimidaba.

—Pero una cosa —dijo, intentando recuperar un poco de independencia—: no pienso ir andando hasta allí con este calor. Me hace falta tu coche.

—A mí también podría hacerme falta. Llévate tú la bici.

—¿Subir en bicicleta aquella cuesta? Te has vuelto loca.

—¡Hazlo! —le espetó Agatha—. Te traeré la bici mientras te pones el disfraz.

Bueno, no era tan terrible. No, a decir verdad, no estaba nada mal, pensó Roy más tarde, mientras hacía cabriolas al lado de la carretera y agitaba su cetro de bufón señalando hacia Carsely. Los conductores tocaban el claxon y le animaban; un

autocar lleno de turistas americanos se detuvo a preguntarle y al enterarse de que la subasta estaba «hasta los topes de raras antigüedades», le pidieron al guía que los llevara allí.

A las tres menos diez, se montó en la bici de Agatha y descendió sin pedalear por la carretera serpenteante que llevaba de vuelta al pueblo. Había tenido la intención de quitarse el disfraz, pero todo el mundo le miraba y a él le gustaba, así que se lo dejó puesto. En el exterior, los bailarines de Morris saltaban bajo el aire soleado. Dentro, la banda del pueblo tocaba lo mejor que podía *Rule, Britannia* y, ver para creer, una mujer robusta disfrazada de Britannia cantaba la letra a pleno pulmón. El salón de actos de la escuela estaba atestado.

La banda dejó de tocar y Agatha, con un sombrero digno de una recepción real, de paja blanca adornada con margaritas azules, y un traje negro con un elegante collar azul, se colocó detrás del micrófono.

Había pensado empezar por los objetos menos importantes e ir subiendo.

Notaba que la gente estaba un tanto achispada, sin duda debido a la anciana señora Rainworth de Mircester, que había colocado un puesto delante de la subasta y vendía su licor de manzana a cincuenta centavos la copa.

La señora Mason le pasó el primer lote. Agatha lo miró. Se trataba de una caja de libros de segunda mano, casi todos novelas románticas de bolsillo. Encima había un viejo libro de tapa dura, que cogió y miró. Era *Ways of the Horse*, de John Fitzgerald, Esquire, y todas las eses parecían efes, así que Agatha supuso que, aunque seguramente fuera del siglo XVIII, no tenía ningún valor. Lo abrió, leyó la página de créditos y fingió sorprenderse. Luego dejó el libro en su sitio y dijo:

—Aquí no hay nada. Tal vez deberíamos empezar con algo un poco más atractivo.

Recorrió con la mirada el salón de actos, buscando a Roy, que instintivamente le siguió la corriente:

—No, ése está bien —gritó—. Empiece con ése. Ofrezco diez libras.

Hubo un murmullo de sorpresa. La señora Simpson, a quien como a las demás se le había pedido que hiciera lo que pudieran para subir las pujas, dijo en tono animado:

—Quince libras.

Un hombre pequeño, con pinta de tendero, levantó la vista, interesado.

—¿Quién da veinte? —preguntó Agatha—. Es por una buena causa. Vamos, vamos... —La señora Simpson gruñó de forma audible. El hombre pequeño agitó el periódico que sujetaba—. Veinte —dijo Agatha, animada—, ¿quién ofrece veinticinco?

Las señoras de Carsely permanecían sentadas en silencio, aferrando sus bolsos. Otro hombre levantó la mano.

—Veinticinco ahí —dijo Agatha.

Finalmente, la caja de libros sin valor se vendió por cincuenta libras. Agatha no

sentía ningún remordimiento; todo era por una buena causa, se repetía convencida.

La subasta prosiguió. Los turistas se incorporaron y llegó más gente. Los del pueblo empezaron a pujar. El acto se había convertido en un acontecimiento tal que todos querían decir que habían participado. El sol se colaba con intensidad por las ventanas del salón de actos. De vez en cuando llegaba desde fuera el sonido de un violín y un acordeón, y los bailarines de Morris danzaban con el acompañamiento de algún grito de la señora Rainworth:

—Licor de manzana. La auténtica receta de los Cotswolds.

Aparecieron los de Midlands Televisión y Agatha se animó a dar lo mejor de sí. La puja se estaba desbocando. Uno tras otro, todos los trastos fueron desapareciendo. Su sofá y sus sillas se los quedó un comerciante de Gloucestershire, y hasta se llevaron las herraduras de imitación, y los americanos pujaron fuerte por las herramientas agrícolas al reconocer la autenticidad de las antigüedades con su habitual e irritante inteligencia.

Al acabar la subasta, Agatha Raisin había recaudado veinticinco mil libras para Save the Children, aunque sabía que tendría que calmar los ánimos de los que se sintieran engañados.

—Tengo que darles las gracias a todos —dijo con una voz quebrada por la emoción, una entonación que tenía muy ensayada—, porque es posible que algunos crean que han pagado más de lo que deberían, pero recuerden que están colaborando en una obra de caridad. Nosotras, las mujeres de Carsely, se lo agradecemos desde el fondo de nuestros corazones. Ahora, si quieren, únense a mí para cantar Jerusalem.

Después del famoso himno, la señora Mason encabezó al público en *Land of Hope and Glory*. A continuación el vicario rezó una oración mientras todo el mundo sonreía, radiante y eufórico.

Agatha estaba rodeada de periodistas. Se fijó en que no eran de la prensa nacional, pero ¿qué importaba? Mirando a la cámara de la Midlands Televisión, declaró:

—El mérito de todo esto no es mío. El éxito de la iniciativa se debe a los servicios prestados desinteresadamente por un ejecutivo de relaciones públicas de Londres, Roy Silver. Roy, haz una reverencia.

Ruborizado y encantado, Roy saltó ágilmente al escenario e hizo unas cabriolas ante la cámara con la gorra y las campanillas. La banda empezó a tocar temas de *Mary Poppins* mientras la gente se dispersaba, unos hacia el salón de té, otros de vuelta al puesto de licor de manzana y algunos a ver el baile de Morris.

Agatha sintió una punzada de arrepentimiento y casi deseó no haber atribuido el mérito a Roy. Este que no cabía en sí de gozo y, seguido por la cámara de televisión, había salido a unirse a los bailarines y estaba dando volteretas y exhibiéndose hasta cansarse.

—Es una pena que esto no se difunda en la prensa nacional —se lamentó Roy más tarde, cuando él y Agatha se sentaron en los muebles nuevos.

—Si te saca la local, date por satisfecho —dijo Agatha, a la que el cansancio había vuelto mordaz—. Tendremos que esperar hasta el lunes. Me parece que la prensa local no publica dominicales, y los fines de semana apenas hay cobertura televisiva.

—Enciende la tele —le pidió Roy—. Emiten las noticias locales de las Midlands poco después de las nacionales.

—Pero sólo duran tres minutos —señaló Agatha—, y dudo que vayan a informar de una subasta en un pueblo.

Roy encendió la televisión. Las noticias locales se ocupaban de otro asesinato en Birmingham, de un niño perdido en Stroud, un accidente múltiple en la M-6 y entonces:

—«En un tono más ligero, la pintoresca villa de Carsely recaudó una suma récord...». —Y ahí estaba Roy, en la carretera, haciendo gestos a los conductores, y luego un plano de Agatha dirigiendo la subasta, el canto de *Jerusalem* y un plano breve de Roy con los bailarines de Morris—. «Roy Silver, un ejecutivo londinense». —Y entonces, Roy dejaba sus cabriolas para decir en serio: «Uno hace lo que puede por las obras de caridad».

—Vaya —dijo Agatha—, incluso yo estoy sorprendida.

—Más tarde hay más noticias —dijo Roy, rebuscando en el periódico—. Voy a grabarlo y se lo enseñaré al viejo Wilson.

—Se me veía gorda —comentó Agatha con tristeza.

—Son las cámaras, querida, siempre te ponen kilos de más. A propósito, ¿llegaste a descubrir quién era aquella mujer, la del torreón del castillo de Warwick?

—Ah, sí. Maria Borrow, de Upper Cockburn.

—¿Y?

—Y nada. He decidido olvidarme de todo el asunto. Bill Wong, un detective, cree que los ataques que he recibido se deben a que soy una entrometida.

Roy la miró con curiosidad.

—Más vale que me lo cuentes.

Con desgana, Agatha le explicó lo que le había sucedido desde la última vez que se habían visto.

—Pues yo no me olvidaría —dijo Roy—. Escucha, si pides prestada una bicicleta para mí, podríamos acercarnos a ese pueblo, Upper Cockburn, y echar un vistazo. Así también haremos un poco de ejercicio.

—No sé...

—Quiero decir que podríamos preguntar por ahí, como el que no quiere la cosa.

—Me lo pensaré después de ir la iglesia —decidió Agatha.

—¿La iglesia?

—Sí, la misa, Roy. Por la mañana, temprano.

—Me alegraré de volver a la tranquila vida de Londres —repuso Roy con sinceridad—. Ah, ¿y cuál era la idea para mis viveros?

—Ah, eso. Bien, a ver qué te parece: busca alguna planta o flor nuevas y bautízalas con el nombre de *Lady Di*.

—¿No existe ya una rosa o algo por el estilo?

—Hay una Fergie, me parece. No sabría decirte si también hay una Di.

—En la exposición floral de Chelsea suelen hacer cosas así.

—No seas tan derrotista. Haz que encuentren una planta nueva, da igual cuál. Siempre están inventando cosas. Si hace falta, falsifica una.

—No puedo vender plantas de imitación a los jardineros.

—Pues que no sea falsa. Encuentra alguna, llámala Princesa Diana, celebra una fiesta en uno de los viveros. Todo lo que tiene que ver con la princesa Diana sale en los periódicos.

—¿No debería pedir permiso?

—No lo sé, averígualo. Llama al gabinete de prensa de palacio y explícaselo. Créeme, no te pondrán ninguna pega. Es una flor, por el amor de Dios, no un rottweiler.

Los ojos de Roy brillaron.

—Podría funcionar. ¿A qué hora de la mañana abre Harvey's para vender periódicos?

—Los domingos sólo abre una hora, de las ocho a las nueve. Pero no encontrarás nada, Roy. La prensa nacional no mandó a nadie a la subasta.

—Pero si la de aquí tiene una buena foto, se la enviará a la nacional.

Agatha reprimió un bostezo.

—Sigue soñando. Me voy a la cama.

A la mañana siguiente, mientras se dirigían a la iglesia, Agatha sintió que debía atar a Roy en corto antes de que se lo creyera demasiado. Había aparecido una fotografía suya en el *Sunday Times* en la que se le veía bailando con los Morris. Tres respetables ancianos del pueblo con caras arrugadas y muy fotogénicas contemplaban el baile. Era una foto muy buena; parecía sacada de un sueño de la Inglaterra rural. El pie rezaba: «El ejecutivo de relaciones públicas de Londres, Roy Silver, de 25 años, divirtiendo a los vecinos de Carsely, Gloucestershire, tras organizar una exitosa subasta que recaudó veinticinco mil libras para obras de caridad».

«Si lo hice todo yo», pensó Agatha, lamentando con amargura haberle atribuido el mérito a Roy.

Pero durante el servicio matinal, el vicario puso las cosas en su sitio y agradeció a la señora Agatha Raisin su duro trabajo. Roy pareció enfurruñarse y aferró el *Sunday Times* contra su frágil pecho.

Después de la misa, le preguntaron a la señora Bloxby si le sobraba una bicicleta

y ella les dijo que guardaba una vieja en la caseta del jardín y que Roy podía usarla.

—Es lo menos que puedo hacer por usted, señora Raisin —añadió con amabilidad—. No sólo ha hecho un espléndido trabajo, sino que además ha dejado que su joven amigo se lleve todo el mérito.

Roy estuvo a punto de protestar y decir que se había pasado horas en la carretera haciendo el idiota por mor de la caridad, pero algo en la afable mirada de la señora Bloxby le hizo callar.

Upper Cockburn estaba a poco más de diez kilómetros, y ambos fueron pedaleando bajo el caluroso sol.

—Va a ser un verano abrasador —observó Roy—. Londres parece estar a miles de kilómetros de todo esto.

Levantó una mano del manillar y abarcó los campos verdes y los árboles que se desplegaban a ambos lados del camino. De repente, Agatha deseó no ir a Upper Cockburn. Quería olvidarse de todo aquel asunto. Nadie había vuelto a atacarla, ni había recibido más anónimos desagradables.

La alta aguja de la iglesia de Upper Cockburn apareció ante ellos, alzándose sobre los campos. Entraron pedaleando en la soleada tranquilidad de la calle principal.

—Ahí hay un *pub* —dijo Roy, señalando el Farmers Arms—. Vamos a tomar algo y haré algunas preguntas. ¿La señora Borrow participa en algún concurso?

—Sí, en el de mermeladas —contestó Agatha secamente—. Escucha, Roy, comamos algo y volvamos a casa.

—Lo pensaré.

El *pub* era sombrío, de techo bajo, olía a cerveza y tenía el suelo de baldosas y asientos de madera oscurecida por los años. Se sentaron en el salón. Desde la barra, Tina Turner cantaba algo en una gramola, y se oía el tintineo de las bolas de billar. Una camarera con una falda muy corta, piernas muy pero que muy largas y un pecho hundido que asomaba por el escote bajo de su exiguo vestido se inclinó hacia ellos para anotar su pedido. Roy la examinó con una mirada abiertamente lasciva. Agatha le miró con sorpresa.

—¿Por qué se ha enfadado tu amigo Steve? —preguntó.

—¿Qué? Oh, problemas con las mujeres. Se lio con una casada que al final decidió que prefería a su maridito.

«Bueno —pensó Agatha—, en estos tiempos en que las mujeres se parecen cada vez más a los hombres y los hombres a las mujeres, nunca se sabe. Tal vez dentro de miles de años haya una cara unisex y la gente tenga que ir por ahí con distintivos para que se sepa su sexo. O puede que las mujeres vistan de rosa y los hombres de azul. O a lo mejor...».

—¿En qué piensas? —preguntó Roy.

Agatha se sobresaltó, como si la hubieran pillado en un renuncio.

—Oh, en la señora Borrow —mintió.

Roy le cogió el vaso de ginebra vacío y se acercó a la barra para que se lo

rellenaran. Agatha le vio hablar con el dueño.

Volvió con una expresión triunfante en el rostro.

—La señorita Maria Borrow vive en Pear Trees, la casa que queda a la izquierda de este *pub*. ¡Aquí mismo!

—No sé, Roy. Hace un día tan espléndido. ¿No podríamos dar una vuelta por el pueblo y luego regresar a casa?

—Lo hago por tu propio bien —insistió Roy con seriedad—. Dios, este pastel de carne y riñones está genial. No hay nada comparable a estos platos ingleses cuando están bien preparados.

—Debería haber pedido ensalada —se lamentó Agatha—. Noto cada caloría.

«No tengo fuerza de voluntad», se dijo cuando se hubo zampado hasta el último bocado del pastel de carne y riñones, y se dio cuenta de que había dejado que Roy la convenciera de pedir una porción de pastel de manzana caliente con nata, nata de verdad, no esa sustancia que parece jabón de afeitar.

Una vez acabado el pastel la camarera se acercó a ellos; sus tacones altos repiqueteaban sobre las baldosas de piedra.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sólo café —pidió Roy—. La comida estaba excelente.

—Sí, creo que el hombre que viene los domingos trabaja mejor que nuestra señora Moulson durante la semana —contestó ella.

—¿Y quién es?

—John Cartwright, de Carsely.

Se alejó dando taconazos.

—¿Qué pasa? —preguntó Roy al ver la cara de asombro de Agatha.

—John Cartwright es el marido de Ella Cartwright, que tenía un lío con Cummings-Browne. ¿Quién habría imaginado que ese hombre sabía cocinar? Es un tipo sucio, grande y simiesco. Mira por dónde, resulta que sí que es posible: alguien pudo sustituir mi quiche por otra.

—Una vez más tengo que recordarte que tú eras la víctima a la que iba destinada —dijo Roy con paciencia.

—Espera un momento. A lo mejor los destinatarios eran los Cummings-Browne. ¿Por qué no? Todo el mundo sabía que él sería el juez. Tal vez no había suficiente cicuta en la porción que mordisqueó en el concurso.

—Estoy convencido de que cualquier asesino potencial habría tenido en cuenta ese detalle.

—Pero John Cartwright me dio la impresión de tener el cociente intelectual de una planta.

La camarera trajo el café. Cuando se hubo alejado de nuevo, Roy preguntó:

—¿En algún momento has pensado en el señor Economides?

—¿Qué? ¿Por qué iba el dueño de The Quicherie, que ni conocía a los Cummings-Browne ni sabía qué iba a hacer yo con la quiche, a ponerle cicuta?

—Pero, por lo que yo sé —dijo Roy—, Economides no se tiró de los pelos ni se lamentó al enterarse. ¿Sabes si pidió ver la quiche?

—Creo que no. Pero supongo que prefería que el asunto terminara cuanto antes. A lo mejor el John Cartwright de la cocina es otro John Cartwright.

—Acábate el café —la apremió Roy—, y demos un paseo por la parte de atrás del *pub* para echar un vistazo por la puerta de la cocina.

Agatha pagó la cuenta y ambos salieron juntos a la luz del sol.

—¿Cómo sabes que la cocina está atrás? —preguntó ella.

—No lo sé, es una suposición. Miremos por la derecha, porque el aparcamiento está a la izquierda.

Dieron la vuelta al edificio. Agatha se disponía a entrar en una zona de cubos de basura y casetas anexas cuando retrocedió de golpe, se le escapó un grito y tropezó con Roy.

—Sí, es John Cartwright —afirmó—. Está ahí fuera, delante de la puerta de la cocina, fumándose un cigarrillo.

—Déjame ver.

Roy la apartó y se asomó cautelosamente por la esquina del edificio. John Cartwright estaba apoyado en el umbral y sostenía con una manaza sucia un cigarrillo liado. Tenía el delantal manchado de grasa y salsa de carne. El sol se reflejaba en los tatuajes que lucía en los brazos cubiertos de vello negro.

—Me dan ganas de vomitar —dijo Roy al retroceder—. Es asqueroso. Rezuma veneno por cada uno de sus sucios poros.

—Me parece que ya hemos hecho bastante por hoy —decidió Agatha—. Deberíamos dejar en paz a esa señora Borrow.

—No —dijo Roy, empecinado—. Estamos muy cerca.

La casa de María Borrow era un edificio bajo, con techo de paja y muy antiguo. Las pequeñas ventanas con cristales romboidales centelleaban a la luz del sol y el pequeño jardín era un alboroto de rosas, madreselvas, dragones, espuelas de caballero y alegrías de la casa. Roy le dio un codazo a Agatha y señaló la aldaba de latón, que tenía la forma de un diablo risueño.

—¿Qué vamos a decir? —preguntó Agatha desesperada.

—Nada mejor que la verdad... —replicó Roy, y cogió la aldaba.

La puerta baja se abrió con un crujido y apareció la señorita Maria Borrow. Llevaba el pelo grisáceo recogido en un moño sobre la coronilla. Tenía ojos claros, que miraron más allá de Roy, hacia Agatha, que se escondía encogida tras él.

—Sabía que vendrían —dijo, y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Se encontraron en un salón de techo bajo lleno de muebles con fotografías en marcos plateados. De las vigas colgaban ramilletes de hierbas y flores secas. Sobre una mesita baja, delante de una silla en la que se sentó Maria Borrow, había una bola de cristal.

Roy se rio, nervioso.

—¿Nos ha visto venir en eso? —preguntó.

Maria asintió varias veces.

—Oh, sí. —A pesar del calor que hacía, llevaba puesta una bata larga de lana morada—. Han venido para desagraviarme —añadió volviéndose hacia Agatha—, usted y su querido.

—El señor Silver es un joven amigo —repuso Agatha—. En realidad, es considerablemente más joven que yo.

—Una mujer es tan joven como el hombre al que ama —dijo Roy, y se rio alegremente—. Mire —prosiguió, ya más serio—, el otro día visitamos el castillo de Warwick y grabamos un vídeo en uno de los torreones. Cuando lo vimos, aparecía usted mirando fijamente a Aggie, aquí presente, con saña. Queríamos saber por qué.

—Usted envenenó a mi futuro marido —declaró Maria.

Se hizo el silencio. Una mosca atrapada zumbaba contra una de las ventanas y desde el campo de juegos del pueblo llegaban amortiguados gritos y los golpes de una pelota de críquet contra un bate.

Agatha carraspeó.

—Se refiere al señor Cummings-Browne.

Maria asintió con ímpetu.

—Oh, sí, sí; nos habíamos comprometido.

—Pero él ya estaba casado —exclamó Roy.

Maria agitó una mano delgada.

—Iba a divorciarse.

Agatha se removió, nerviosa. No es que Vera Cummings-Browne fuera una belleza, pero estaba a años luz de Maria Borrow, con su cara grisácea, sus labios finos y sus ojos claros.

—¿Y él se lo había dicho a ella? —preguntó Roy.

—Creo que sí.

Agatha la miró con inquietud. Se la veía muy tranquila.

—¿Eran ustedes amantes? —quiso saber Roy.

—Nuestra unión iba a consumarse la noche de San Juan —dijo Maria. Sus ojos claros se volvieron hacia Agatha—. Soy una bruja blanca, pero distingo el mal cuando lo veo. Usted, señora Raisin, fue un instrumento del diablo.

Agatha se puso de pie.

—Bueno, no queremos entretenerla más —dijo.

Sentía claustrofobia. Lo único que deseaba era salir de allí, volver al sol, a las imágenes y sonidos de la vida cotidiana del pueblo.

—Pero será castigada —prosiguió Maria, como si Agatha no hubiera hablado—. Los actos de maldad siempre son castigados. Me ocuparé personalmente de que así sea.

Roy introdujo una nota de humor:

—Bueno, pues si le pasa algo a nuestra amiga Aggie, ya sabremos dónde buscar.

—No, no lo sabrán —replicó Maria Borrow—, porque lo harán las fuerzas sobrenaturales que yo convocaré.

Agatha se dio la vuelta y salió. Se estaba disputando un partido de críquet en el prado del pueblo, un partido plácido, de recreo, con pequeños grupos de espectadores dispersos alrededor.

—Me asusta —dijo cuando Roy la alcanzó—. Esa mujer está como una cabra.

—Alejémonos un poco de la casa —decidió Roy—. Empiezo a creer que Reg Cummings-Browne se habría tirado hasta al gato.

—Seguramente se acostaba con quien podía —supuso Agatha—. No es que fuera un Adonis. No tendríamos que haber venido, Roy. Siempre me pasa algo malo después de ir por ahí haciendo preguntas. Anda, pasemos tranquilamente el resto del día.

Fueron a recoger sus bicicletas, que habían dejado encadenadas a una valla junto al *pub*. Mientras se montaban, John Cartwright apareció por uno de los lados del *pub*. Había acabado la hora de las comidas. Se había quitado el delantal y se paró en seco en cuanto los vio. Ellos se alejaron pedaleando tan deprisa como pudieron.

De camino a casa, Roy tropezó con una piedra, salió catapultado por encima del manillar y afortunadamente fue a caer sobre la hierba blanda a un lado de la carretera. Se quedó sin aliento, pero estaba ileso.

—¿Ves lo que puede pasar? —dijo—. Deberías llevar siempre un casco de ciclista, Aggie.

El resto de la jornada transcurrió apaciblemente, hasta que Agatha lo acercó a Oxford y lo despidió en la estación.

Al día siguiente, se acordó del comentario de Roy sobre el casco y se compró uno en una tienda en Moreton-in-Marsh. Aunque sólo se tomó una ensalada de requesón para comer y otra de pollo para cenar, seguía sintiéndose gorda. Necesitaba hacer ejercicio. Se puso el casco nuevo, sacó la bicicleta y pedaleó hasta las afueras del pueblo, cuesta arriba, lo que la obligó a bajarse y empujar varias veces. Empezaba a oscurecer y a medida que anochecía se formaban nubes en el cielo. Al llegar a lo alto de la carretera, Agatha dio la vuelta a la bici, deseando emprender ya el largo y sinuoso trayecto sin pedalear que la llevaría de vuelta a Carsely. El aire era cálido y dulzón. A toda velocidad, fue dejando atrás setos altos y árboles. Sintió como si volara, como si volara igual que una bruja sobre el palo de una escoba.

Tan entusiasmada estaba por la sensación de velocidad y libertad que no vio el cable fino tendido de un lado a otro de la carretera a la altura del pecho. Su bici salió volando por los aires mientras se golpeaba la cabeza sobre el asfalto. Apenas fue consciente de que unos pasos apresurados se aproximaban a ella; su mente aterrorizada comprendió que el cable no estaba ahí por accidente y que quienquiera que fuera el que se acercaba, seguramente pretendía matarla.



Aturdida, Agatha sintió más que vio al agresor que se le acercaba y algo le hizo reunir todas sus fuerzas y rodar sobre la dura superficie de la carretera justo cuando el arma golpeaba el punto donde ella había estado un instante antes.

—¡Alto! —gritó una voz.

El atacante de Agatha salió corriendo mientras ella, mareada, se incorporaba apoyándose en un codo. Atisbó una oscura figura que se abría paso a través de un hueco del seto a un lado de la carretera y entonces la cegó la luz del faro de una bicicleta.

La voz de Bill Wong sonó alta y clara:

—¿Por dónde se ha ido?

—Por allí —contestó Agatha con voz débil, señalando con el brazo en la dirección en que había huido su agresor.

Bill dejó su bicicleta en el arcén y se perdió entre el seto.

Agatha movió lentamente brazos y piernas, luego se incorporó del todo hasta quedar sentada y, desorientada todavía, se quitó el casco. Su primer pensamiento coherente fue: «Maldito Roy, ¿por qué no dejó que las cosas siguieran como estaban?». Se puso en pie trabajosamente y de golpe se sintió muy mal. Avanzó por la carretera con paso vacilante hasta llegar a su bicicleta, la recogió y se quedó allí, temblando. Un búho pasó volando por delante de ella, que gritó asustada. El denso silencio de la campiña la oprimía. De repente, supo que no podía quedarse allí aguardando a que volviera Bill Wong. Esperando que la bicicleta no estuviera dañada, se montó y descendió lentamente, sin pedalear, hacia Carsely. No había nadie en el pueblo desierto. Entró en Lilac Lane y se fijó en que no había luces encendidas en la casa de la señora Barr.

Entró en la suya y cerró la puerta con llave. Qué poca cosa le parecía ahora esa cerradura de cilindro. Haría que una empresa de seguridad le instalara alarmas antirrobo y de esas luces que se encienden en cuanto alguien se aproxima. Fue al salón, se sirvió un *brandy* cargado y se encendió un cigarrillo. Intentó pensar, pero su cabeza parecía embotada por el miedo. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron, y vertió parte del *brandy*. Ni siquiera tenía mirilla.

—¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

—Soy yo, Bill Wong.

Agatha abrió la puerta. Bill Wong estaba allí, con Fred Griggs, el policía local, detrás.

—Pronto llegarán refuerzos —dijo Bill— Fred, será mejor que vuelvas y cortes el tramo de carretera donde tuvo lugar el ataque. La he cagado; debería haberlo pensado antes. Wilkes me despedazará vivo.

Bill y Agatha se acomodaron en el salón.

—Gracias a Dios que apareció —dijo Agatha—. ¿Qué hacía usted en bici?

—Estoy demasiado gordo —explicó Bill—. La vi en la suya y seguí su ejemplo. Venía a visitarla. Sabía que había estado en Upper Cockburn preguntando dónde vivía la señorita María Borrow, y la señorita Borrow era la mujer de esa fotografía que me dio. No sólo eso: además, comió en el *pub* en el que trabaja John Cartwright como cocinero a tiempo parcial.

—Me ha estado controlando —dijo Agatha, irritada.

—No. Pero los rumores corren.

Agatha se estremeció.

—Fue esa Borrow, lo juraría. Está loca. Asegura que Cummings-Browne le prometió que se casaría con ella.

—Estoy empezando a pensar que el propio Cummings-Browne estaba un poco pirado —dijo Bill en tono irónico—. En cualquier caso, Wilkes llegará enseguida y le hará todo tipo de preguntas. Pero creo que ya puedo decirle quién intentó atacarla.

—¿Barbara James? ¿María Borrow?

—No, creo que fue John Cartwright, ¿sabe por qué?

—Porque él asesinó a Cummings-Browne.

—No, porque usted ha estado fisgoneando por ahí. Juraría que él sabe que su mujer tenía un lío con Cummings-Browne y no quiere que los demás se enteren.

—Entonces, la manera más lógica de ponerle fin habría sido... ¡matar a Cummings-Browne!

—Pero él no es un hombre lógico; es un simio desarrollado. Bien, ahora empiece por el principio y cuénteme lo que ha pasado.

Agatha le contó lo del cable tendido a lo largo de la carretera, que alguien había descargado un golpe con algún objeto cerca de ella y la habría alcanzado de no haberse apartado rodando.

—Pero, mire —concluyó Agatha—, los espantosos Boggle, una pareja de pensionistas a los que llevé de excursión el otro día, sabían lo del lío, así que seguramente los tejemanejes de Ella Cartwright y Cummings-Browne eran de dominio público en el pueblo.

—Mírelo de este modo: es posible que Cartwright sospechara que pasaba algo, pero no podría demostrarlo. Su mujer lo negaría. De repente, Cummings-Browne muere, así que asunto acabado. Pero entonces aparece usted haciendo preguntas y él se asusta. Ese tipo de hombres no puede soportar la idea de que su mujer tenga un lío con otro..., no, mejor dicho, no pueden soportar que los demás lo sepan. El orgullo no es patrimonio exclusivo de las clases altas, ya sabe. Aquí llegan los demás. Tendrá que volver a responder preguntas.

Entraron el inspector jefe Wilkes y el sargento Friend.

—Hicimos lo que dijiste y fuimos directos a la casa de Cartwright —explicó Wilkes—. Se ha largado. Según su mujer, entró a toda prisa, cogió algo de ropa, la metió en una bolsa y se fue. Se llevó ese coche viejo que tienen. Ella afirma que no

sabe qué pasa. Que él tenía a la señora Raisin entre ceja y ceja, y que no paraba de repetir que iba a cerrarle la boca. En cualquier caso, registramos la casa. La mujer dijo que necesitábamos una orden del juez, pero yo le respondí que no nos costaría conseguirla, así que más valía que todos ahorráramos tiempo. En el dormitorio de arriba encontramos un montón de dinero en efectivo dentro de una caja, una escopeta de cañones recortados y una de esas botellas enormes llenas de calderilla, como las que tienen en los bares para obras de caridad. Ésta era para los espásticos. El mes pasado hubo un robo en el Green Man de Twigsley: un hombre enmascarado y con una escopeta de cañones recortados vació la caja registradora y se llevó de la barra la botella de monedas para obras de caridad. Por lo visto, parece que fue Cartwright. Ella Cartwright se vino abajo. Su marido creía que la señora Raisin lo sabía y que ésa era la razón por la que fisgoneaba tanto. Fíjate tú en qué quedan tus teorías sobre el marido engañado. Hemos emitido una orden de búsqueda, pero estoy seguro de que encontraremos ese coche suyo abandonado cerca de aquí. Hace diez años cumplió condena en Chelmsford, en Essex, por robo a mano armada, y se suponía que se había rehabilitado. Es curioso, nunca lo habríamos descubierto si esto no hubiera pasado. Fue Ella Cartwright la que nos contó lo de la condena.

—Pero cuando murió el señor Cummings-Browne —exclamó Agatha—, ¿no revisaron si algún vecino tenía antecedentes?

—Aunque lo hubiéramos hecho, eso no habría implicado nada. Antes de llegar a la conclusión de que se trató de un accidente, habríamos buscado a un envenenador más... «hogareño».

Agatha lo miró fijamente. Era como si el golpe que se había dado en la cabeza le hubiera aclarado las ideas.

—Claro —dijo—, lo hizo Vera Cummings-Browne. Vio su oportunidad cuando dejé mi quiche en el concurso. Se la llevó a casa, la tiró a la basura y la sustituyó por una que había preparado ella.

Wilkes le dirigió una mirada compasiva.

—Eso fue lo primero que pensamos. Comprobamos su basura, sus utensilios de cocina, todas las superficies de su cocina y los desagües. En esa cocina no se había preparado nada el día antes de que encontraran muerto a Cummings-Browne. Bien, ahora, ¿sería tan amable de contarnos lo que ha pasado esta tarde?

Cansada, Agatha volvió a explicarlo.

Finalmente, Wilkes se dio por satisfecho.

—Deberíamos estarle agradecidos, señora Raisin, por conducirnos hasta Cartwright. Podría haberla matado, aunque sospecho que sólo pretendía darle una paliza.

—Muchas gracias —dijo Agatha con amargura.

—Por otro lado, estoy convencido de que tarde o temprano le habríamos descubierto. Y debe dejar las pesquisas en manos de la policía. Todo el mundo tiene algo que ocultar, y si va usted por ahí metiendo las narices donde no la llaman,

alguien va a acabar haciéndole daño. Bien, ¿quiere que la acerquemos a un hospital para una revisión?

Agatha negó con la cabeza. Aborrecía y temía los hospitales, sin ninguna lógica, porque nunca la habían tratado en ninguno.

—Muy bien. Si se nos ocurren más preguntas volveremos mañana. ¿Tiene algún amigo que pueda pasar la noche con usted?

Una vez más, Agatha negó con la cabeza. Quería pedirle a Bill que se quedara, pero, tanto si estaba de servicio como si no, resultaba evidente que se esperaba de él que se marchara con sus superiores. El detective le lanzó una mirada comprensiva al salir.

Cuando se hubieron marchado, Agatha encendió todas las luces de la casa. Se sentía tan desamparada como un gatito. Puso en marcha el televisor y al momento lo apagó, temiendo que su sonido ocultara el ruido de alguien que se acercara a hurtadillas a su casa. Se sentó al lado de la chimenea, aferrando el atizador, demasiado asustada para acostarse.

Y entonces se acordó de la señora Bloxby, la esposa del vicario. Telefoneó a la vicaría y respondió el marido.

—¿Podría hablar con su esposa? Soy Agatha Raisin.

—Es un poco tarde —observó el vicario—, y no sé si... Ah, aquí está.

—Señora Bloxby —dijo Agatha con timidez—, me preguntaba si podría ayudarme.

—Eso espero —contestó la esposa del vicario con su voz afable.

Así que Agatha le contó lo de la agresión y acabó echándose a llorar.

—Tranquila, tranquila —la calmó la señora Bloxby—. No puede quedarse sola. Estaré ahí en un momento.

Agatha colgó y se enjugó las lágrimas. De repente se sintió tonta. ¿Qué le había pasado para acabar llorando y pidiendo ayuda como un niño, ella, que nunca había pedido ayuda a nadie?

Pero al poco oyó un coche que se detenía delante de la casa y dejó de llorar de inmediato. Sabía que era la señora Bloxby.

La esposa del vicario entró con una pequeña maleta.

—Me quedaré esta noche —anunció en tono tranquilo—. Debe de estar conmocionada. ¿Por qué no se acuesta? Le subiré un vaso de leche caliente y me quedaré a su lado hasta que se duerma.

Agradecida, Agatha obedeció. Pronto estuvo acostada arriba y al poco subió la señora Bloxby con una bolsa de agua caliente en una mano y un vaso de leche caliente en la otra.

—He traído la bolsa de agua caliente de casa —explicó—; cuando una ha tenido un susto, no hay calefacción central que la haga entrar en calor.

Agatha, con la bolsa de agua caliente encima del estómago y la leche caliente dentro, y la señora Bloxby a los pies de la cama, se tranquilizó y se sintió segura. Le

contó a la esposa del vicario la historia de John Cartwright y cómo habían encontrado el dinero del robo en su casa.

—Pobre señora Cartwright —se compadeció la señora Bloxby—. Mañana la iremos a visitar, a ver qué podemos hacer. Ahora tendrá que buscarse un empleo. No es que él ganara mucho dinero, pero le haría mucho bien ocuparse en algo, aparte de jugar al bingo. Le echaremos una mano. Ahora procure dormir, señora Raisin. La previsión del tiempo es buena y las cosas parecen mucho más fáciles cuando brilla el sol. Mañana por la noche tenemos una reunión de la Carsely Ladies' Society en la vicaría. Tiene que venir. El señor Jones..., usted no lo conoce; es un hombre encantador y un fotógrafo de talento; pues va a hacernos una proyección de diapositivas sobre el pasado y el presente del pueblo. Todas estamos deseando verlas.

Los párpados empezaron a pesarle a Agatha, que se quedó profundamente dormida con el sonido de la voz afable de la señora Bloxby en los oídos.

Durante la noche se despertó una vez, e inmediatamente fue presa del pánico. Entonces recordó que la esposa del vicario se encontraba en la habitación de invitados, al otro lado del rellano, y sintió que el miedo y la tensión abandonaban su cuerpo. La bondad de la señora Bloxby era un arma que resplandecía brillante contra las tinieblas de la noche.

Al día siguiente, Agatha fue a casa de la señora Cartwright, cumpliendo la promesa que le había hecho a la señora Bloxby de que le echaría una mano. Pero, a la luz clara de un domingo soleado, sabía que Ella Cartwright estaría más interesada en el dinero que en la comprensión.

—Pase —la invitó Ella Cartwright en tono cansado—. Los polis están revolviendo el piso de arriba. Tómese una ginebra.

—Debe de haber sido un golpe muy duro —dijo Agatha, a la que le resultaba difícil encontrar las palabras de compasión apropiadas tras pasarse la vida sin preocuparse por los demás.

—Es un jodido alivio, eso es lo que es. —La señora Cartwright se encendió un cigarrillo y luego se arremangó el vestido de algodón— ¿Ve estos moratones? Fue él, él. Nunca me dejaba marcas en la cara, el astuto cabrón. Espero que la policía lo pille antes de que vuelva a asomar la nariz por aquí. Mira que le dije que a usted sólo le interesaba Reg, pero él estaba convencido de que acabaría enterándose del robo. Menudo paranoico.

Agatha aceptó una ginebra rosa.

—Me sentía culpable de la muerte del señor Cummings-Browne, sólo era eso —explicó—. Y corría el rumor de que ustedes eran... amigos.

La señora Cartwright sonrió.

—Oh, a Reg le gustaba sobarme de vez en cuando. No es nada malo, ¿no? Me llevó a unos cuantos restaurantes pijos. Dijo que se casaría conmigo. Yo me partía de

risa. Le gustaba que las mujeres se volviesen locas por él, así que les tiraba los tejos a las solteras y a las viudas. Al principio no sabía muy bien qué hacer conmigo. Éramos buenos amigos, porque él sabía que yo no me creía ni una palabra de lo que decía.

—¿Y no le preocupaba que su esposa lo descubriera?

—No. Supongo que lo sabía. No le molestaba, nada de nada, diría.

—Pero usted dijo que ellos se odiaban.

—Quería contarle algo que pudiera compensar el dinero que me había dado. Pero le diré una cosa: en una pareja casada, nunca se sabe lo que piensa uno del otro. Uno dice una cosa, el otro, otra. Aunque la verdad es que se llevaban bastante bien. Eran tal para cual.

—¿Quiere decir que ella también tenía aventuras?

—Qué va. A ella le gustaba hacerse la señorona perdonavidas y él prefería ir de Don Pijo Creído, hacer de jurado en concursos, codearse con la aristocracia. Debería de haberlos visto, a los dos, cuando se cruzaban con alguien que tenía un título. Babeaban, le reían las gracias y le besaban los pies al tipo hasta asfixiarlo.

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

—Buscaré empleo, supongo. La señora Bloxby va a acercarme a Mircester; hay un nuevo supermercado Tesco y están contratando gente. Preferiría no ir, pero uno acaba siempre haciendo lo que dice la señora Bloxby, tanto si quiere como si no.

Agatha se acabó la ginebra y se marchó. Lo que le había contado Ella sobre el matrimonio Cummings-Browne tenía sentido, así que no había razones para proseguir la investigación. Agatha se dio cuenta de que, en el fondo, había creído desde el principio que Vera Cummings-Browne era la asesina. Pero en realidad nadie había asesinado a nadie. Esta vez haría caso al consejo de Bill Wong.

Al volver a casa, vio con sorpresa un enorme cartel de SE VENDE delante de casa de la señora Barr. Ésta la vio acercarse y se quedó en la puerta de su jardín, esperándola.

—Usted me ha echado de aquí —dijo la señora Barr—. No puedo seguir viviendo puerta con puerta con una asesina.

—No la venderá ni en sueños —replicó Agatha—. Ahora nadie compra y, además, ¿quién va a querer una casita cursi que se llama New Delhi?

Entró en su casa y cerró con un portazo.

Pero Agatha se sentía triste. Había metido un palo en los estanques del pueblo y había removido demasiados sentimientos mugrientos.

Esa tarde, antes de la reunión de la Carsely Ladies' Society, fue al Red Lion a comer. El dueño, Joe Fletcher, la saludó animadamente y le preguntó qué era toda aquella historia de que John Cartwright había intentado matarla. Al momento, varios parroquianos se reunieron a su alrededor para escuchar el relato. Agatha se lo contó todo: lo del cable a lo largo de la carretera, que Bill Wong la había rescatado y que la policía había encontrado el dinero en casa de Cartwright, mientras sus oyentes se

acercaban cada vez más y se aseguraban de llenarle el vaso cada vez que lo vaciaba.

—Creo que el último delito lo cometió en Essex —concluyó Agatha—. ¿Es que no era de aquí?

—Nació y se crio aquí —respondió un corpulento granjero llamado Jimmy Page—. Sus padres eran gente decente; vivían en las casas de protección oficial y murieron hace tiempo. No pudieron hacer nada bueno de él, ni siquiera cuando era un renacuajo. Se lio con Ella y el padre de la chica fue a buscarle con una escopeta, por eso se casaron. Iba por ahí buscándose la vida, decía, y algunas veces volvía con mucha pasta y otras no. Un mal bicho.

Agatha se dio cuenta vagamente de que no había comido, pero no le apetecía abandonar la barra ni la compañía. También sabía que estaba ingiriendo una cantidad excepcional de ginebra.

—He visto que la señora Barr ha puesto su casa en venta —comentó.

—Oh, sí, ha heredado una casa más grande en Ancombe —explicó el granjero—. Una tía suya ha muerto.

—¡Cómo! —Agatha dejó traslucir su rabia en la mirada—. Me dijo que se iba de aquí por mi culpa.

—Yo no le haría ningún caso —repuso el granjero tranquilamente.

Un hombre pequeño asomó la cabeza por encima del fornido hombro.

—No ha sido la misma desde aquel numerito. —Puso voz de falsete—: Oh, Reg, Reg, bésame.

—Ya está bien, Billy —le advirtió otro hombre—. Todos hacemos el idiota en algún momento. No hay que lapidar a nadie. Va a hacer un verano abrasador, ¿no le parece?

Agatha intentó en vano averiguar algo más sobre la señora Barr, pero el cotilleo se había acabado por aquella velada. El tiempo y los cultivos eran los únicos temas permitidos. El viejo reloj de pie que había en un rincón del *pub* emitió una débil tos de disculpa y luego dio la hora.

—¡Dios mío! —Agatha se bajó torpemente del taburete de la barra—. Llego tarde.

Se sentía un poco mareada mientras corría a la vicaría.

—No ha llegado demasiado tarde —susurró la señora Bloxby al abrir la puerta—. La señorita Simms acaba de leer las actas.

Agatha aceptó una taza de té y dos exquisitos sándwiches, y se sentó tan cerca como pudo del resto de la comida.

—Y ahora —dijo la señora Mason—, nuestro invitado de la velada, el señor Jones.

Siguió un educado aplauso mientras el señor Jones colocaba una pantalla y el proyector de diapositivas.

Era un hombre pequeño y ágil con el pelo cano y gafas de montura de pasta.

—En la primera diapositiva —comenzó—, vemos la tienda de Bailey en los años

veinte.

Una imagen, al principio borrosa, fue enfocándose: una tienda con un toldo a rayas y vecinos que sonreían delante. Exclamaciones encantadas de las mujeres mayores:

—Me parece que ésa es la señora Bloggs; ¿ves a la niña pequeña de la derecha?

Agatha reprimió un bostezo y poco a poco, en la penumbra, alargó la mano para hacerse con un buen trozo de pastel de pasas. Estaba aburrida y se adormilaba. Todos los sobresaltos de las últimas semanas, que habían mantenido su flujo de adrenalina constante, se habían desvanecido. Las agresiones que había sufrido eran obra de un ladrón, pero éste se había dado a la fuga. Maria Borrow no era más que una bruja loca y vieja. Barbara James, sólo un incordio. Algo desagradable había ocurrido en la trastienda del pasado de la señora Barr, pero ¿a quién le importaba? Y ¿qué estaba haciendo ella, la dinámica Agatha Raisin, sentada en una vicaría, comiendo pastel de pasas y mortalmente aburrida?

Las diapositivas se sucedían. Incluso cuando aparecieron en pantalla las fotografías de «las ganadoras de premios de nuestro pueblo», Agatha siguió sumida en un estupor hastiado. Allí estaba Ella Cartwright, que recibía un billete de diez libras de manos de Reg Cummings-Browne, que parecía llevar muerto tanto tiempo como las fotos antiguas de los vecinos que acababan de ver. Luego apareció Vera Cummings-Browne recibiendo un premio por un arreglo floral, y a continuación la señora Bloxby con su premio por una mermelada. ¿La señora Bloxby? Agatha miró la fotografía de la esposa del vicario junto a Reg Cummings-Browne y luego volvió a sumirse en el sopor. ¿La señora Bloxby también? ¡Ni en sueños!

Y entonces se quedó dormida, y en sus sueños entraba en bicicleta en Carsely mientras la luz se desvanecía y, en medio de la carretera, esperándola con una escopeta de cañones recortados en las manos, estaba la señora Barr. Agatha se despertó con un grito de terror y vio que el pase de diapositivas había terminado y todas la miraban.

—Lo siento —murmuró.

—No se preocupe —dijo la señorita Simms, que estaba sentada a su lado—. Ha debido de llevarse un buen susto.

Mientras Agatha volvía a casa, decidió que haría que le instalaran algún tipo de sistema de alarma el día siguiente, pero al momento se preguntó por qué. En algún rincón de su mente había decidido marcharse del pueblo.

Al día siguiente, telefoneó a una empresa de seguridad y encargó lo mejor que podían ofrecerle en alarmas antirrobo; luego recorrió toda la casa y abrió puertas y ventanas para que entrara aire fresco. Hacía cada vez más calor. Antes, cuando el tiempo era más agradable, los días eran soleados y las noches frescas, pero ahora el cielo ardía azulado, un azul profundo sobre las retorcidas chimeneas de las casas, y el sol caía a

plomo. A la hora de comer, el calor era terrible. Agatha sacó un pequeño termómetro y lo observó mientras éste se disparaba casi hasta los cuarenta grados. La señora Simpson, que había cambiado el día de limpieza para compatibilizarlo con una visita al dentista, estaba pasando la aspiradora en la planta de arriba. Agatha recordó la charla sobre la señora Barr y subió.

—¿Puedo hablar contigo? —gritó por encima del ruido de la aspiradora.

La señora Simpson apagó el aparato con reticencia.

Se enorgullecía de hacer un buen trabajo y sentía que ya había perdido demasiado tiempo escuchando las aventuras de Agatha.

—Anoche pregunté en el *pub* por qué vendía la casa la señora Barr y me enteré de que había muerto una tía suya y le había dejado una casa más grande en Ancombe.

—Sí, es verdad. —La mano de Doris Simpson se cernió con ansia sobre el interruptor de la aspiradora.

—¿Por qué no bajas a la cocina y nos tomamos un café, Doris?

—Tengo mucho que hacer, Agatha.

—Sáltatelo por una vez. Estoy intentando quitarme el miedo de encima y me gustaría hablar un rato —insistió Agatha.

—Iba a limpiar los cristales.

—Hace demasiado calor. Contrataré a un limpiacristales. ¡Doris!

—Oh, muy bien, vale —accedió Doris con tono poco cortés.

«¿Puede creerse alguien que, en los tiempos que corren, haya que rogarle a una mujer de la limpieza que deje de trabajar?», se maravilló Agatha.

Una vez en la cocina, con el café delante, le pidió a, Doris:

—Ahora háblame de la señora Barr.

—¿Y qué quieres que te diga?

—En el *pub*, alguien comentó que ella había hecho el ridículo y añadió con voz aguda, como si la imitara: «Reg, Reg, bésame».

—¡Ah, eso!

—¿Eso qué, Doris? Me muero de curiosidad.

—Ya sabes que la curiosidad mató al gato —señaló Doris, sentenciosa—. Bueno, en Campden hay un joven que escribió una obra de teatro en plan antigua, ya sabes, esas en las que los actores sostienen cigarrillos con largas boquillas y hablan como en las películas británicas de la época de la guerra. Era un protegido de Vera Cummings-Browne. El caso es que la señora Cummings-Browne dijo que haría que la asociación teatral la representara. Dos de los personajes formaban una pareja de mediana edad que recordaba la pasión de su juventud, o eso decía el programa. Los interpretaban la señora Barr y el señor Cummings-Browne. La obra era un aburrimiento total. Bueno, el caso es que se suponía que los dos iban en un transatlántico y allí estaban, sentados en unas tumbonas, con mantas de viaje sobre las rodillas y diciendo cosas como: «¿Te acuerdas de la India, querida?».

—¿Como una imitación de Noël Coward?

—Supongo. No sabría decirte. El caso es que la señora Barr se vuelve de repente hacia él y le suelta: «Reg, Reg, bésame». Bueno, eso no salía en el guión y, peor aún, el personaje que interpretaba el señor Cummings-Browne se llamaba Ralph. Él farfulló algo y ella se echó en sus brazos, la tumbona volcó y todos nos reímos y aplaudimos, porque era lo único divertido que habíamos visto hasta ese momento, pero el autor empezó a gritar obscenidades e intentó subir al escenario, y el señor Cummings-Browne bajó el telón. Oímos la espantosa discusión que siguió entre bastidores y luego la señora Cummings-Browne salió, se puso delante del telón y dijo que la función se cancelaba.

—¡Así que la señora Barr debía de estar liada con el señor Cummings-Browne!

—Mira, a veces me pregunto si ese hombre hizo algo más que dar besos y achuchones. Me refiero, por ejemplo, a que Ella Cartwright, pese a que parezca una furcia, lo único que en realidad le importa es conseguir dinero para el bingo. Y ahora, ¿puedo volver ya al trabajo?

Los de la empresa de seguridad llegaron y después de que Agatha pagara una suma pasmosa empezaron a colocar luces, alarmas y sensores.

—Esto va a parecer Fort Knox —gruñó Doris.

Agatha salió y se sentó en el jardín para alejarse de los técnicos, aunque el sol era implacable. El aire de los Cotswolds es muy denso y aquel día el sol parecía haber consumido todo el oxígeno. Se sentía tan confinada como si se hallara en una isla desierta, incluso con Doris trabajando y los técnicos por todas partes instalando el sistema de alarma. Movié la silla a una zona de sombra. No tomaría ninguna decisión precipitada. Vería cuánto tardaba la señora Barr en vender la casa e intentaría averiguar cuánto había sacado por ella. Si la venta era buena, entonces pondría su propia casa en el mercado, regresaría a Londres y empezaría de nuevo en el negocio de las relaciones públicas. Intentaría llevarse a Roy de Pedmans. Estaba haciéndolo bien.

Aunque los boletines informativos decían que el asfalto de las calles de Londres se fundía bajo el calor, ella se imaginó la ciudad bajo cielos nubosos, con las aceras que resplandecían, húmedas, y reflejaban los colores de las mercancías de los escaparates. Se había acostumbrado a la población internacional de Londres, a los rostros de otros colores, a los restaurantes exóticos. Aquí estaba rodeada de caras anglosajonas y costumbres no menos anglosajonas. El escándalo de John Cartwright había terminado, estaba segura. Ya se estaba organizando el concierto anual de la banda del pueblo, esta vez para recaudar dinero para Famine Relief. Aparte de mandar dinero a los desdichados del mundo exterior, a los vecinos no les preocupaba demasiado nada que no tuviera que ver directamente con el pausado y tranquilo transcurrir de sus días. ¡Asfixiante! Eso era. Asfixiante, pensó Agatha, dándole un golpe al brazo de la silla.

—Alguien quiere verla —gritó uno de los operarios.

Agatha entró en casa. Bill Wong estaba en la puerta delantera.

—Pase —dijo Agatha— ¿Lo han detenido?

—Todavía no. Veo que se está instalando todos los sistemas de seguridad posibles.

—Ahora que ya han empezado, que lo acaben —sentenció Agatha—. Esperemos que aumente el precio de la casa, porque he pensado en marcharme.

Él la siguió hasta la cocina.

—¿Marcharse? ¿Por qué? ¿La ha querido asesinar alguien más?

—Todavía no. —Agatha se sentó frente a él—. Me aburro.

—Pues muchos dirían que lleva una vida muy emocionante en el campo.

—No encajo aquí —continuó Agatha—. He pensado en volver a Londres y empezar de nuevo en el negocio.

Los ojos almendrados del detective la estudiaron, inexpresivos. Entonces dijo:

—La verdad, no es que se haya dado mucho tiempo. Se tarda un par de años en establecerse en cualquier parte. Además, usted es ya una persona distinta. Menos irritable, menos insensible.

Agatha aspiró con fuerza.

—Querrá decir que soy más débil. No, nada me hará cambiar ya de opinión. ¿Por qué ha venido?

—Sólo a preguntar cómo estaba. —Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, que traía colgada del brazo al llegar y que ahora descansaba en el respaldo de la silla, y sacó un tarro de mermelada casera—. La ha hecho mi madre —explicó con torpeza—. Creí que a lo mejor le gustaba. Es de fresas.

—Oh, qué detalle —dijo Agatha—. Me la llevaré a Londres.

—¡No me diga que se va ahora mismo!

—No, pero mientras usted hablaba se me ha ocurrido que me sentaría bien tomarme unas breves vacaciones de Carsely y alojarme en algún hotel de Londres.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No sé. Puede que una semana.

—Entonces, eso significa que su vida de detective aficionada ha llegado a su fin.

—En realidad nunca empezó —repuso Agatha—. Creía que todo el revuelo que estaba causando se debía a que había un asesino en el pueblo, pero lo único que hacía era sacar de quicio a la gente.

Bill la estudió un momento y dijo:

—Tal vez se dará cuenta de que ha cambiado usted. Tal vez descubra que ya no encaja en Londres.

La verdad, lo dudo mucho —se rio Agatha—. Le diré lo que voy a hacer cuando vuelva: le invitaré a cenar. —Le miró, repentinamente tímida—. Es decir, si usted quiere, claro.

—Me gustaría... siempre que no sea quiche.

Cuando se hubo marchado, Agatha pagó a Doris Simpson y le dijo que pasaría fuera la semana siguiente, pero que le dejaría una llave, y le pidió al encargado de los

operarios que las instruyera a ambas en el misterioso funcionamiento de las alarmas antirrobo. Luego telefoneó a un hotel de Londres pequeño pero caro y reservó una habitación para una semana. Tuvo la suerte de que hubieran cancelado una reserva previa pero, aun así, debió conformarse con una habitación doble.

Se puso a hacer las maletas. El anochecer no dio respiro con el calor y además trajo consigo muchas molestias. La noticia de que todas las luces del exterior de la casa de Agatha se encendían cuando alguien pasaba por la calle se propagó rápidamente entre los niños del pueblo, que empezaron a correr arriba y abajo entre alegres gritos como si fueran golondrinas gigantes, hasta que el policía local se presentó para ahuyentarlos.

Agatha fue al Red Lion.

—Todos necesitamos aire acondicionado —le dijo al dueño.

—Pues tiene usted razón —convino él—, pero ¿—para qué hacer el gasto? No volveremos a ver un verano como éste en Inglaterra en muchos años. Lo cierto es que seguramente tendremos un invierno muy crudo. El viejo Sam Sturret acaba de pasar por aquí y ha dicho que será de espanto. La nieve nos cubrirá durante semanas, eso ha dicho.

—¿Es que no pasan quitanieves?

—No, el Ayuntamiento no tiene, señora Raisin. Dependemos de los granjeros y sus tractores para mantener despejadas las carreteras.

Agatha estaba a punto de quejarse de que, dado lo que pagaban en impuestos por las viviendas, deberían tener camiones para esparcir arena y sal, por no mencionar quitanieves municipales, y estaba a punto de decir también que presentaría una petición en el Ayuntamiento cuando recordó que el invierno siguiente seguramente ya estaría viviendo en Londres.

Uno por uno, los vecinos empezaron a entrar en el *pub*. El dueño les dijo que había sacado unas mesas al jardín, así que todos salieron y le dijeron a Agatha que los acompañara. Un hombre había traído un acordeón y empezó a tocar; al poco llegaron más vecinos atraídos por la música y todos se pusieron a cantar juntos. Cuando avisaron para pedir la última ronda, Agatha se sorprendió al darse cuenta de que se había pasado la velada entera en el jardín del *pub*.

Mientras caminaba de vuelta a casa se sentía confusa. Esa misma tarde, la ardiente ambición con la que había vivido tanto tiempo había revivido en ella con toda su fuerza, y se había sentido de nuevo como antes. Ahora se preguntaba si de verdad quería volver a ser como antes. Antes no se sentaba a cantar en *pubs* ni tampoco, pensó al ver a la señora Bloxby delante de la puerta de su casa bajo el resplandor de las nuevas luces de seguridad, recibía visitas de la esposa del vicario.

—Me he enterado de que mañana se va a Londres —dijo la señora Bloxby—, y he venido a despedirme.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Agatha mientras abría la puerta principal.

—Ese joven detective tan agradable, Bill Wong.

—Siempre parece andar por aquí, ¿es que no tiene trabajo que hacer en Mircester?

—Oh, recorre con frecuencia los pueblos —explicó la señora Bloxby sin entrar en detalles—. Y también me comentó algo muy inquietante sobre que pensaba dejarnos para siempre.

—Sí, tengo pensado volver al trabajo. No debería haberme jubilado tan pronto.

—Bueno, es una verdadera pena para Carsely. Planeábamos aprovecharnos más de sus habilidades organizativas. ¿Estará de vuelta el sábado por la tarde?

—Lo dudo —dijo Agatha, sentadas las dos en el salón—. ¿Por qué el sábado por la tarde?

—Es el día del concierto de la banda del pueblo. La señora Mason prepara una merienda. Todo un acontecimiento.

Agatha le sonrió con bastante lástima, pensando que su vida era muy triste si la única diversión que podía esperar era un concierto de la banda del pueblo.

Charlaron un poco más y luego la señora Bloxby se marchó. Agatha preparó una maleta y colocó cuidadosamente el tarro de mermelada de fresas en una esquina. Estuvo un largo rato despierta con las ventanas del dormitorio abiertas de par en par, esperando alguna ráfaga de aire fresco, pero se animó al pensar en Londres y en su regreso desde la tumba que era Carsely.



¡Londres! ¡Y cómo olía! Fatal, pensó Agatha al sentarse en el comedor del hotel Haynes. Se encendió un cigarrillo y miró sombríamente el tráfico que chirriaba por Mayfair.

El hombre sentado a la mesa de detrás de la suya empezó a toser, se atragantó y agitó su periódico, irritado. Agatha miró su cigarrillo encendido y suspiró. Luego levantó la mano y llamó al camarero.

—Saque a ese hombre de la mesa que tengo detrás —le pidió— y búsquele otra. Me está molestando.

El camarero paseó la mirada entre la cara irritada del hombre y la agresiva de Agatha, y seguidamente se inclinó sobre el cliente y le dijo con tono tranquilizador que tenían una mesa muy agradable en el rincón, lejos del humo. El hombre protestó en voz alta. Agatha siguió fumando, ignorando la escenita, hasta que el irritado caballero cedió y lo alejaron de su mesa.

«Imagínate, vivir en Londres y quejarte del humo del tabaco», se asombró Agatha. Uno sólo tenía que pasear por las calles para inhalar el equivalente a cuatro cajetillas.

Se acabó el café y el cigarrillo y subió a su habitación, donde hacía ya un calor asfixiante; llamó a Pedmans y preguntó por Roy.

Finalmente le pusieron con él.

—Aggie —gritó—. ¿Cómo van las cosas por los Cotswolds?

—Un infierno —contestó Agatha—. Tengo que hablar contigo. ¿Quedamos para comer?

—La comida la tengo pillada. ¿Para cenar?

—Estupendo. Me alojo en el Haynes. Nos vemos a las siete y media en el bar.

Colgó el teléfono y miró a su alrededor. Las cortinas de muselina se agitaban en la ventana y se llevaban el poco oxígeno que quedara en el aire. Tendría que haber reservado habitación en el Hilton o en algún hotel americano, donde disponían de aire acondicionado. El Haynes era pequeño y anticuado, como una casa de campo atrapada en el centro de Mayfair. El servicio era excelente, pero era un hotel muy inglés y los hoteles muy ingleses no tenían nada preparado para un verano caluroso.

A falta de nada mejor que hacer, decidió pasarse por The Quicherie y ver al señor Economides. El tráfico era tan intenso como siempre y no había ningún taxi a la vista, así que fue caminando desde Mayfair, cruzó Knightsbridge hasta Sloane Street, llegó a Sloane Square y desde allí se dirigió por Kings Road hasta el World's End.

El señor Economides la saludó con cautela; Agatha había esperado una acogida amigable pero se dispuso a ser amable con él de un modo que antes no habría sido propio de ella. La tienda estaba tranquila y relativamente fresca. Era el momento de menos trabajo del día; pronto llegaría la avalancha de clientes de la hora de comer a comprar café y sándwiches para llevárselos a la oficina. Agatha preguntó por la

esposa y la familia del señor Economides, y él empezó a relajarse perceptiblemente y le pidió que se sentara a una de las pequeñas mesas con el sobre de mármol mientras le preparaba un café.

—Debo disculparme por haberle causado todos esos problemas —empezó Agatha—. Si no se me hubiera ocurrido hacer trampas en el concurso del pueblo y presentar una de sus deliciosas quiches como si la hubiera preparado yo, nada de esto habría sucedido.

De repente, por alguna razón, se abatió sobre ella la conmoción por la agresión de John Cartwright y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—A ver, señora Raisin —dijo el señor Economides—. Le contaré un pequeño secreto: yo también hago trampas.

Agatha se frotó los ojos.

—¿Usted? ¿Y cómo?

—Mire, ahí tengo un rótulo que dice: «Horneado en el local», pero muchos fines de semana visito a mi primo en Devon. Tiene una tienda de comida preparada, como yo, y verá, a veces los domingos por la noche vuelvo muy tarde de visitarle y el lunes no me apetece levantarme temprano para hornear, así que me traigo una caja de las quiches de mi primo si le han sobrado. Él hace lo mismo cuando viene a visitarme, porque su negocio, al revés que éste, funciona sobre todo los fines de semana, con los turistas, mientras que yo me gano la vida entre semana, con los oficinistas. Así que la que usted se llevó era una de las quiches de mi primo.

—Y ¿se lo contó a la policía? —preguntó Agatha.

El griego pareció asustarse.

—No quise que la policía llegara hasta mi primo.

Miró a Agatha con seriedad. Ella le devolvió la mirada, desconcertada, hasta que se le encendió la lucecita:

—¿Lo que le da miedo es la policía de inmigración?

Él asintió.

—El prometido de la hija de mi primo entró con una visa de turista y se casaron por la Iglesia ortodoxa, pero todavía no se han registrado ante las autoridades británicas; él trabaja para su suegro sin papeles y por eso... —Se encogió de hombros expresivamente.

Agatha no tenía ni idea de permisos de trabajo pero sí sabía, por su trabajo en el pasado con modelos extranjeras, que éstas estaban paranoicas ante la posibilidad de que las deportaran.

—Así que le ha venido bien que la señora Cummings-Browne no le demandara —observó.

Una persiana se cerró sobre los ojos del señor Economides. Dos clientes entraron en la tienda y él se despidió apresuradamente antes de escabullirse detrás del mostrador.

Agatha se acabó el café y dio un paseo por sus antiguos dominios. Tomó una

comida ligera en el Stock Pot y luego pensó que la mejor manera de pasar la tarde era meterse en un cine con aire acondicionado. Una vocecita en su interior le decía que si de verdad estaba pensando en volver a Londres, debía empezar a buscar un piso en el que vivir y un local para instalar unas oficinas desde las que trabajar, pero ignoró la vocecita de la cabeza. Había tiempo de sobra y, además, hacía demasiado calor. Compró el *Evening Standard* y descubrió que en un cine al lado de Leicester Square reponían *El libro de la selva* de Disney. Así que fue hasta allí, disfrutó de la película y salió con la agradable perspectiva de ver a Roy, convencida de que él la animaría para que montara su nuevo negocio.

Resultaba difícil, pensó al bajar al bar del hotel a las siete y media, acostumbrarse al nuevo Roy. Allí estaba, con uno de los últimos cortes de pelo casi al cero, a la última moda, un sobrio traje de ejecutivo y una corbata que imitaba las del ejército.

La saludó afectuosamente. Agatha le invitó a una ginebra doble y le preguntó cómo iba el proyecto de viveros; él contestó que de momento muy bien, y que le habían nombrado ejecutivo júnior de la empresa y le habían dado un despacho propio con secretaria de lo impresionados que se habían quedado al ver su foto en el *Sunday Times*.

—Tómame otra ginebra —dijo Agatha, deseando que Roy siguiera insatisfecho en Pedmans.

Él sonrió.

—Te olvidas de que he visto a la vieja Aggie en acción: atibórralos de priva y entra a saco con el café. Déjalo, Aggie. Suelta lo que tengas que decirme antes de cenar.

—Muy bien —dijo Agatha, y miró a su alrededor. El bar se estaba llenando—. Llévemonos las bebidas a aquella mesa.

Una vez se hubieron acomodado, ella se inclinó hacia delante y le miró fijamente.

—Iré directa al grano, Roy. Vuelvo a Londres; voy a empezar de cero y quiero que seas mi socio.

—¿Por qué? El lío ese en que te metiste ya se ha acabado. Tienes una preciosa casa en un bonito pueblo...

—Y me muero de aburrimiento.

—Ha pasado muy poco tiempo, Aggie. Todavía no te has establecido.

—Bueno, si no te interesa... —replicó ella, enfurruñada.

—Aggie, Pedmans es una empresa grande, una de las más grandes; eso ya lo sabes. Tengo un gran futuro por delante. Ahora me lo tomo en serio, en lugar de ir por ahí con unos cuantos grupos de pop. Quiero dejar lo de los grupos de pop. Cada vez que uno de ellos llega a las listas de ventas, tarda dos semanas en que se olviden de él. ¿Sabes por qué? Porque el negocio de la música pop ya no es más que la propia campaña publicitaria, sin sustancia detrás. Nada de canciones; sólo bum, bum, bum para las discotecas. Las ventas son una mínima fracción de lo que eran. Y ¿sabes por qué quiero seguir en Pedmans? Porque estoy ascendiendo, y rápido. Y tengo la

intención de conseguir lo que tú ya tienes: un *cottage* en los Cotswolds.

»Mira, Aggie, ya nadie quiere vivir en una ciudad. Las nuevas generaciones se están americanizando. Si te levantas lo bastante temprano no te hace falta vivir en Londres. Además, estoy pensando en casarme.

—Oh, no me tomes el pelo —dijo Agatha—. Diría que no has salido con una sola chica en toda tu vida.

—Eso es lo que tú te crees, pero la verdad es que el señor Wilson quiere que sus ejecutivos estén casados.

—¿Y quién es la afortunada?

—Todavía no la he encontrado. Pero cualquier chica agradable y tranquila me servirá. Las hay a montones. Alguien que prepare la comida y planche las camisas.

En realidad, pensó Agatha, irritada, debajo de la capa exterior de todo hombre afeminado late el corazón de un auténtico cerdo machista. Encontraría a una chica joven, dócil, manipulable y un poco vulgar, para no sentirse inferior. De ella se esperaría que aprendiera a ser una buena anfitriona en las cenas y a no quejarse cuando su marido sólo volviera a casa los fines de semana. Ambos aprenderían a jugar al golf. Roy iría engordando y se volvería quisquilloso. Había visto antes casos así.

—Pero como socio mío podrías ganar más —arguyó.

—Has perdido a tus antiguos clientes; ahora los tiene Pedmans. Tardarías siglos en recuperarlos, lo sabes, Aggie. Tendrías que empezar desde abajo e ir creciendo. ¿De verdad es eso lo que quieres? Vamos a cenar y sigamos hablando. Me muero de hambre.

Agatha optó por aparcar el tema de momento y empezó a contarle la agresión de John Cartwright y que había resultado ser un ladrón.

—Te lo digo sinceramente, Aggie, ¿no ves que Londres te parecerá insulso en comparación? Además, un amigo me ha dicho que en el campo uno nunca está solo. Los vecinos se preocupan por lo que te pasa.

—A menos que sean como la señora Barr —repuso Agatha con sequedad—. Va a vender la casa, y el mal bicho tuvo la desfachatez de decir que yo la echaba de allí, pero la verdad es que una tía suya le había dejado en herencia una casa más grande en Ancombe.

—Creía que era de fuera —comentó Roy—, y ahora dices que tenía al menos un pariente que vivía cerca.

—Si no has nacido y te has criado en el propio Carsely, créeme, te consideran forastera de por vida —le informó Agatha—. Oh, y otra cosa acerca de la señora Barr.

Le contó a Roy lo de la obra de teatro y él se partió de risa.

—Oh, tuvo que ser un asesinato, seguro, Aggie —farfulló.

—No, ya no creo que lo fuera, y tampoco me importa. Hoy he ido a ver a Economides y la razón por la que él se alegraba de que todo el asunto pasara cuanto

antes es que la quiche que me vendió la habían preparado en realidad en el local de su primo en Devon, y el primo en cuestión tiene un yerno que trabaja para él sin papeles.

—Ah, eso explica su reacción, y el robo de John Cartwright explica su comportamiento, pero ¿qué me dices de las mujeres con las que tonteaba Cummings-Browne? ¿Y de la loca de Maria?

—Me parece que simplemente está loca; Barbara James es una chica dura, Ella Cartwright es una furcia y a la señora Barr también le falta un tornillo, pero no creo que ninguna de ellas asesinara a Cummings-Browne. Ya estoy otra vez. No fue un asesinato, Roy. Bill Wong tenía razón.

—Lo que nos deja solo a Vera Cummings-Browne.

—En cuanto a ella, yo estaba convencida de que era quien lo había hecho, que todo fue muy sencillo. Cuando yo presenté la quiche al concurso, de pronto se le ocurrió la idea del asesinato. Fue a casa, tiró mi quiche a la basura y preparó otra.

—Brillante —dijo Roy—. Y no la descubrieron porque Economides estaba tan asustado por lo del permiso de trabajo que ni se molestó en examinar la quiche que supuestamente era suya.

—Sí, era una buena teoría, pero la policía ya la había tenido en cuenta. Revisaron todo lo que había en la cocina: las ollas, las sartenes, los alimentos y hasta los desagües. Vera no utilizó el horno ni cocinó nada el día del asesinato. Déjalo, Roy. Haces que lo llame asesinato cuando acabo de olvidarme de todo. Volviendo a cuestiones de más interés... ¿estás resuelto a seguir en Pedmans?

—Me temo que sí, Aggie. Y en cierto modo, todo es culpa tuya. Si no me hubieras hecho esa publicidad, no habría ascendido tan rápido. Pero te diré qué voy a hacer: tú montas la empresa y yo te doy un toque cuando me entere de que algún cliente busca un cambio... No de los míos, claro. Pero no puedo hacer más.

Agatha se desinfló. La ambición que la había movido durante tanto tiempo parecía desvanecerse por momentos. Tras despedirse de Roy, salió y paseó inquieta por las calles nocturnas de Londres, como si buscara recuperar a la persona que había sido en el pasado. En Picadilly Circus, un par de drogadictos de semblante pálido la miraron con ojos vacíos y un mendigo la amenazó. El calor todavía parecía alzarse en pulsaciones desde las aceras y salir del interior de los edificios.

Durante el resto de la semana, dio paseos por los parques, navegó por el Támesis y asistió al cine y al teatro, moviéndose bajo el agobiante calor de Londres como un fantasma, o como alguien que ha perdido sus documentos de identidad. Porque durante mucho tiempo, su trabajo había sido su carácter, su personalidad, su identidad.

El viernes por la noche, la idea de la banda del pueblo empezó a proyectar una sombra cada vez mayor en sus pensamientos. Las mujeres de la Carsely Ladies' Society estarían allí, si se sentía sola podía acercarse al Red Lion, y tal vez podía hacer algo por su jardín. ¡No era que hubiera abandonado su propósito! Un jardín bien arreglado aumentaría el precio de venta de la casa.

Se levantó temprano por la mañana, pagó la cuenta y se dirigió a la estación de Paddington. Había dejado su coche en Oxford. Una vez más, regresaba.

—Oxford. Llegamos a Oxford —canturreó el revisor.

Con la extraña sensación de estar en casa, Agatha salió del aparcamiento y condujo por Worcester Street, luego por Beaumont Street, St. Giles y Woodstock Road hasta la rotonda, donde cogió la circunvalación de la A-40 a Burford, subió por las colinas hacia Stowe-on-the-Wold y luego siguió por la A-44 hasta entrar en Carsely.

Mientras conducía por Lilac Lane hacia su casa, frenó en seco delante de New Delhi. VENDIDA, exclamaba una pegatina colocada sobre el panel que había colocado la inmobiliaria.

«Me pregunto cuánto habrá sacado —se dijo Agatha al aparcar el coche en su casa—. ¡Sí que ha sido rápido! Pero da igual, que se pudra esa mala pécora. Esperemos que se instale alguien agradable. Aunque tampoco es que me importe porque yo también me voy», se recordó con rabia.

Apremiada por la sensación supersticiosa de que el pueblo estaba echando raíces a su alrededor y reclamándola para sí, dejó la maleta tras la puerta y fue en coche a las oficinas de la inmobiliaria en Chipping Campden, la misma que había vendido la casa de la señora Barr.

Se presentó y dijo que iba a poner su casa en venta. ¿Por cuánto? Bueno, seguramente le valdría la misma cantidad que había conseguido la señora Barr por la suya. El de la inmobiliaria declaró que no estaba autorizado a revelar la cantidad por la que había vendido la señora Barr pero, diplomáticamente, añadió que había pedido ciento cincuenta mil libras y que se había dado por satisfecha con las ofertas que había recibido.

—Pues yo quiero ciento setenta y cinco mil por la mía —decidió Agatha—. Tiene techo de paja y seguro que está en mejor estado que la de esa bruja.

El agente parpadeó, pero una casa en venta era una casa en venta, así que Agatha y él discutieron los pormenores.

«No tengo por qué venderle a cualquiera —pensó Agatha—. Después de todo, le debo a la señora Bloxby y al resto que se la quede alguien agradable».

La banda del pueblo estaba tocando fuera del salón de actos de la escuela. Antes de ir a escucharla, llevó a las viviendas de protección oficial un regalo que le había comprado a Doris Simpson. Al empujar la puerta del jardín de Doris, le sorprendió ver que todos los gnomos habían desaparecido. Pero llamó al timbre y cuando Doris abrió, le puso en los brazos un gran paquete envuelto con papel de estraza.

—Pasa —dijo Doris— ¡Bert! Agatha ha vuelto de Londres y nos ha traído un regalo. Es muy amable por tu parte. No tendrías que haberte molestado, de verdad.

—Ábrelo, anda —dijo Bert después de dejar el paquete encima de la mesita de café del salón.

Doris quitó las envolturas y descubrió un gran gnomo con una túnica morada y un

sombrero verde.

—No deberías haberte molestado —dijo Doris sentidamente—, de verdad que no.

—Te lo mereces —repuso Agatha—. No, no me quedaré a tomar café. Voy a escuchar a la banda.

En el salón de actos de la escuela habían colocado puestos de venta. Agatha entró y se dio una vuelta, divertida al comprobar que algunos de los objetos de su subasta estaban siendo reciclados. Y entonces se detuvo en seco ante el puesto donde vendía la señora Mason: estaba atestado de gnomos de jardín.

—¿De dónde los ha sacado? —preguntó Agatha, presa de una terrible sospecha.

—Oh, eran de los Simpson —le explicó ella—. Los gnomos ya estaban en el jardín cuando se mudaron a la casa, y llevaban siglos queriendo deshacerse de ellos. ¿Le interesaría alguno? ¿Qué le parece este pequeñuelo tan simpático con la caña de pescar? Animará su jardín.

—No, gracias —dijo Agatha, sintiéndose tonta. Pero, bien pensado, ¿cómo iba a saber ella que a los Simpson no les gustaban los gnomos?

Entró en el salón de té, que habían montado a un lado del salón principal, y allí encontró a la señora Bloxby ayudando a la señora Mason.

—Bienvenida —exclamó la primera—, ¿qué le pongo?

—No he comido nada —dijo Agatha—, así que tomaré un par de esas empanadillas de Cornualles y una taza de té. Debe de haberse pasado toda la noche cocinando.

—Oh, no todo es mío, y cuando tenemos un gran acto como éste lo hacemos por partes. Cocinamos y congelamos en ese aparato grande de ahí, y luego lo descongelamos en el microondas el día del acto.

Agatha cogió su plato de empanadillas y la taza de té, y se sentó a una de las largas mesas. Jimmy Page, el granjero, se sentó a su lado y le presentó a su esposa. Se acercaron más vecinos. Al poco, Agatha estaba rodeada de un grupo de personas que charlaban sin parar.

—Pronto se enterarán —dijo al cabo de un rato—, pero he puesto mi casa en venta.

—Vaya, es una pena —comentó el señor Page—. ¿Se vuelve a Londres?

—Sí, voy a retomar mi negocio.

—Supongo que para usted es distinto, señora Raisin —dijo la esposa del granjero—. Una vez fui allí y me sentí muy sola. Las ciudades son sitios solitarios. Claro que para usted es distinto; debe de tener montones de amigos.

—Sí —mintió Agatha, y pensó con tristeza que el único amigo que tenía era Roy, y sólo desde que ella se había mudado a los Cotswolds.

Seguía haciendo un calor espantoso. Agatha estaba demasiado perezosa para pensar siquiera qué iba a hacer a continuación, y de repente se dio cuenta de que había aceptado una invitación para ir a la granja de Jimmy Page con un grupo. Al llegar a la granja, que estaba en una elevación por encima del pueblo, se sentaron en

el exterior, bebieron sidra y hablaron despreocupadamente del calor que hacía y recordaron los veranos de antes, hasta que el sol empezó a ponerse descendiendo por el cielo y alguien sugirió que fueran al Red Lion, que es lo que hicieron.

Más tarde, al volver a casa un poco achispada, Agatha se quitó de la cabeza las dudas acerca de la venta de la casa. Cuando llegara el invierno, las cosas en Carsely serían distintas, más tristes, más cerradas. Había hecho lo correcto. Pero Jimmy Page había comentado que la casa era del siglo XVII. No tenía nada de pega, aparte de la ampliación.

Se quitó los zapatos y alargó la mano para encender la luz, y de repente las luces de seguridad se encendieron en el exterior de la casa, potentes y deslumbrantes. Se quedó paralizada. Oyó unos sonidos furtivos, como si alguien se apartara sigilosamente de la puerta. Lo único que tenía que hacer era abrir de golpe y ver quién era, pero era incapaz de moverse. Estaba convencida de que al otro lado había algo tenebroso y siniestro. No podían ser los niños; en Carsely los pequeños se acostaban temprano, como antiguamente, incluso los festivos.

Se acurrucó sobre el suelo y se quedó allí sentada con la espalda en la pared, aguzando el oído, hasta que las luces de seguridad se apagaron, y la casa se sumió en la oscuridad.

Permaneció sentada un largo rato antes de levantarse despacio y encender las luces de la casa; fue de habitación en habitación como había hecho en la otra ocasión en que se había asustado.

Agatha se preguntó si debía llamar a la señora Bloxby. Probablemente había sido uno de los chicos del pueblo o alguien que paseaba al perro. Poco a poco fue perdiendo el miedo, pero al acostarse, dejó todas las luces encendidas.

Por la mañana, le animó ver la inmensa furgoneta de mudanzas delante de New Delhi y a los empleados en plena tarea. Era evidente que la señora Barr no veía nada malo en hacer la mudanza en sabbat. Agatha se estaba planteando si ir o no a la iglesia cuando sonó el teléfono. Era Roy.

—Tengo una sorpresa para ti, querida.

A Agatha la embargó una repentina esperanza.

—¿Te has decidido a dejar Pedmans?

—No, me he comprado un coche, un Morris Minor. Casi regalado. Había pensado ir a visitarte y de paso presentarte a mi novia.

—¿Novia? Pero si no tienes.

—Ahora sí. ¿Podemos ir?

—Claro. ¿Cómo se llama?

—Tracy Butterworth.

—¿Y a qué se dedica?

—Es una de las mecanógrafas de Pedmans.

—¿A qué hora llegaréis?

—Salimos ahora. Dentro de una hora y media, si no hay mucho tráfico. Puede que dos.

Después de colgar, Agatha miró en la nevera. Ni siquiera tenía leche. Fue a un supermercado que abría los domingos en Stow-on-the-Wold y compró leche, tomates y lechugas para una ensalada, carne picada y patatas para un pastel de carne, cebollas y zanahorias, guisantes, un pastel de manzana helado y un poco de nata.

No tenía que limpiar nada. Doris había ido mientras ella estaba en Londres y la casa estaba impecable. Mientras volvía a Carsely con la compra se cruzó con la furgoneta de mudanzas, seguida por la señora Barr en su propio coche. Debían de haber estado trabajando desde las seis de la mañana, pensó Agatha, y tomó nota mental del nombre de la empresa de mudanzas.

Al llegar a casa guardó la comida, encontró unas tijeras, pasó por el seto de la parte de atrás y entró en el jardín de la señora Barr, donde cortó unos ramos de flores para decorar su casa.

Después de colocarlos, preparó el pastel de carne mientras pensaba que debía hacer algo con el jardín. En primavera estaría espléndido si plantaba un montón de bulbos, pero claro, en primavera ella ya no estaría en Carsely.

Como todavía era una cocinera inexperta, preparar un plato tan sencillo como un pastel de carne le llevó bastante tiempo y cuando estaba a punto de meterlo en el horno oyó que un coche se detenía ante su puerta.

Tracy Butterworth era tal como Agatha había imaginado: delgada, pálida, de cabello castaño y mustio. Llevaba un traje de algodón blanco, una blusa rosa con volantes y zapatos blancos de tacón muy alto. Le estrechó la mano sin fuerza.

—Encantada de conocerla —dijo en un susurro tímido mientras miraba a Roy con devoción.

—He visto un camión de mudanzas delante de la casa de esa arpía —comentó él.

—¿Cómo? —Agatha lanzó una mirada de angustia a los jarrones con flores—. Creía que ya se habían ido.

—Relájate. Nadie se marcha, sino que alguien se está instalando. Di algo, Tracy, Agatha no muerde.

—Tiene una casa preciosa —dijo Tracy, y se dio unos toquecitos en la frente con un pañuelo con los bordes de encaje.

—Hace demasiado calor para ir de etiqueta —dijo Agatha. Tracy esbozó una mueca y Agatha añadió con más amabilidad—: No es que no estés preciosa y elegante, pero ponte cómoda. Quítate los zapatos y la chaqueta.

Tracy miró a Roy con cierto nerviosismo.

—Haz lo que dice —le ordenó él.

Tracy tenía unos pies muy largos y esbeltos, que movió, incómoda, tras quitarse los zapatos. «Pobrecita —pensó Agatha—. Él se casará con ella y la convertirá en una típica chica de Essex, una boba integral con tetas. Dos hijos llamados Nicholas y

Daphne en escuelas privadas de segunda, casa en alguna urbanización cursi llamada Loam End o algo así, salvamanteles de la Costa Brava, cortinas fruncidas, *jacuzzi*, un televisor gigantesco, aburrimiento, salidas los sábados por la noche a un hotel típico, con pollo en una cesta acompañado de Beaujolais Noveau y seguido de pastel de la Selva Negra». Sí, Essex era y no era los Cotswolds. Roy sería más feliz con los de su clase. Él también cambiaría y empezaría a hacer pesas, a jugar a squash, daría paseos con un móvil pegado a la oreja y hablaría muy alto en los restaurantes.

—Vamos a tomar algo al *pub* —sugirió Agatha después de que Roy hablara un rato sobre los tiempos en que trabajaba para ella, alargándose en cada pequeño incidente para información de Tracy.

Agatha se preguntó si debía ofrecerle un vestido suelto a la chica, pero decidió que no. Podría tomárselo como una crítica a la ropa que vestía.

En el *pub*, Agatha les presentó a sus nuevos amigos y Tracy mejoró en aquella compañía tan poco exigente que sólo esperaba de ella que hablara del tiempo.

Hacía tanto calor que, la verdad, resultaba un tema interesante. En el exterior caía un sol de justicia. Un hombre comentó que en Cheltenham habían alcanzado los 53 grados.

De vuelta en casa, Tracy la ayudó con la comida con los taconazos puestos, que al clavarse hacían pequeños agujeros en el linóleo de la cocina, hasta que Agatha le rogó que se los quitara. Después de comer, parte del jardín quedaba en sombra, así que salieron y tomaron allí el café mientras oían despreocupadamente los ruidos del nuevo vecino que se estaba instalando.

—¿No te entran ganas de mirar por encima del seto o de llevar un pastel o algo? —preguntó Roy—. ¿No sientes curiosidad?

Agatha negó con la cabeza.

—He ido a ver al agente inmobiliario; pondrá la casa en venta la semana que viene.

—¿Va a venderla? —Tracy la miró, asombrada—. Pero ¿por qué?

—Vuelvo a Londres.

Tracy contempló el soleado jardín y luego los montes Cotswold, que se alzaban sobre el pueblo y centelleaban bajo la espesa niebla de calor. Perpleja, negó con la cabeza.

—¿Dejar todo esto? No he visto nada más hermoso en mi vida. —Volvió a mirar la casa y se esforzó por expresar lo que pensaba—: Es tan antigua, se ve tan bien asentada. Transmite paz, no sé si me entiende. Claro, supongo que para usted será distinto, señora Raisin. Seguramente habrá viajado y visto toda clase de lugares magníficos.

Sí, Carsely era hermoso, pensó Agatha sin querer. El pueblo contaba con la bendición de muchos arroyos subterráneos y por eso, en medio de la sequía que lo rodeaba, todavía resplandecía verde como una esmeralda.

—A ella no le gusta —gruñó Roy— porque la gente quiere asesinarla a todas

horas.

Tracy suplicó que se lo contaran todo y Agatha empezó por el principio, hablando primero para Tracy y luego para sí misma, porque en el fondo de sus pensamientos algo le inquietaba.

Esa noche, Roy las llevó a cenar a un pretencioso restaurante de Mircester. Tracy sólo bebió agua mineral porque sería ella la que conduciría de vuelta a casa. Pareció intimidada por el local, pero miraba con admiración a Roy, que chasqueaba los dedos para llamar a los camareros y, desde el punto de vista de Agatha, se comportaba como un imbécil de primera. «Sí —pensó Agatha—, Roy se casará con Tracy y ella seguramente creerá que es feliz y Roy se acabará convirtiendo en alguien que yo no podré soportar. Ojalá nunca le hubiera dado tanta publicidad».

Al despedirse de ellos experimentó una sensación de alivio. Se acercaba a pasos agigantados el momento en que Roy llamaría esperando una invitación y ella tendría que inventarse alguna excusa.

Pero, claro, no tenía por qué preocuparse. Porque para entonces ella ya estaría de vuelta en Londres.



El lunes por la mañana, Agatha se levantó tarde, preguntándose por qué habría dormido tanto, y deseó haber madrugado un poco para aprovechar las horas más frescas del día. Se puso un vestido de algodón holgado sobre una mínima ropa interior, bajó y se tomó una taza de café en el jardín.

Había tenido pesadillas con Maria Borrow, Barbara James y Ella Cartwright, que se le habían aparecido como las tres brujas de Macbeth. «He convocado a los espíritus del mal para que te asesinen», había gruñido Maria Borrow.

Agatha suspiró, se acabó el café y fue paseando a la carnicería que estaba al lado de la vicaría. Habían quitado el rótulo de New Delhi. No había ni rastro del nuevo propietario, pero la señora Mason y otras dos mujeres estaban en el escalón de la entrada, con pasteles de bienvenida para el recién llegado. Agatha pasó de largo, recordando que nadie había ido a visitarla cuando ella se había instalado.

Ya a punto de entrar en la carnicería, se puso tensa. Un poco más adelante estaba Vera Cummings-Browne hablando con Barbara James, que llevaba un terrier escocés atado con una correa. Agatha se apresuró a buscar refugio en la carnicería y poco faltó para que tropezara con la señora Bloxby.

—¿Ha visto ya a su nuevo vecino? —preguntó ésta.

—No, todavía no —contestó Agatha, que no quitaba ojo a la puerta por si irrumpía Barbara y la atacaba— ¿Quién es?

—Un coronel jubilado. El señor James Lacey; no utiliza su título. Un hombre encantador.

—No estoy interesada —le espetó Agatha.

La señora Bloxby la miró, dolida y sorprendida, y Agatha se ruborizó.

—Lo siento —farfulló—. Es que acabo de ver a Vera Cummings-Browne con Barbara James. La misma Barbara James que intentó atacarme.

—Siempre ha tenido un genio terrible —dijo la señora Bloxby amablemente—. La señora Cummings-Browne acaba de regresar de la Toscana. Está muy morena y en buena forma.

—Ni siquiera sabía que se había ido —comentó Agatha—. No sé qué comprar. Mis habilidades culinarias todavía son muy limitadas.

—Coja algunas de esas chuletas de cordero —le aconsejó la esposa del vicario— y póngalas a la parrilla con un poco de menta. Tengo menta fresca en mi jardín. Venga conmigo, tomaremos un café y le daré un poco. Sólo tiene que asar las chuletas despacio por cada lado, hasta que queden bien marrones. Muy sencillo. Y también le daré un poco de mi salsa de menta.

Agatha compró obedientemente las chuletas, pero al llegar a la puerta vaciló.

—¿Le importaría comprobar si hay moros en la costa?

La señora Bloxby se asomó.

—Las dos se han ido.

Ante las tazas de café en el jardín de la vicaría, a la sombra de un ciprés, la señora Bloxby preguntó:

—¿Sigue decidida a marcharse?

—Sí —respondió Agatha en tono sombrío, pensando que con su marcha recuperaría al menos parte de su antigua ambición y sus fuerzas—. Los de la inmobiliaria pondrán el cartel de «Se vende» esta mañana.

La señora Bloxby la miró por encima del borde de la taza.

—Hay que ver cómo son las cosas. Había creído que su presencia aquí era un designio de la Divina Providencia.

Agatha gruñó, sorprendida.

—Primero pensé que la había traído aquí para su propio provecho. Me parecía una mujer que no había conocido un verdadero amor ni afecto en su vida. Parecía arrastrar consigo el peso de la soledad.

Agatha la miró, profundamente incómoda.

—Luego, claro, está lo de la muerte del señor Cummings-Browne. Mi marido, como la policía, cree que fue un accidente. Yo sentí que Dios la había enviado para descubrir al culpable.

—¡Lo que quiere decir que usted piensa que fue un asesinato!

—He procurado convencerme de que no. Es mucho más tranquilizador creer que fue un accidente y seguir con la vida de siempre. Pero se respira algo en el ambiente, algo que no encaja. Percibo el mal en este pueblo. Ahora que usted se va, ya nadie hará preguntas, a nadie le importará, y el mal seguirá aquí. Pensará que soy tonta y supersticiosa, pero creo que acabar con una vida humana es un pecado grave que debería ser castigado por la ley. —Se le escapó una risita—. Así que rezaré para que, si ha sido un asesinato, se descubra al culpable.

—Pero usted no tiene ninguna pista concreta para seguir investigando, ¿no? —preguntó Agatha.

La otra negó con la cabeza.

—Es sólo una sensación. Pero usted se va, así que ya no hay nada que hacer. Creo que Bill Wong comparte mis dudas.

—Pero si ha sido él quien me ha apremiado a que me olvide de todo...

—Eso es porque la aprecia y no quiere que le hagan daño.

Agatha le dio vueltas a la conversación. Ya habían colocado el rótulo de «Se vende», lo que le produjo una sensación de provisionalidad, como si ya se hubiera marchado del pueblo.

Sacó un cuaderno grande y un bolígrafo, se sentó a la mesa de la cocina y empezó a escribir cuanto le había sucedido desde que llegó al pueblo. El largo y caluroso día fue pasando mientras escribía afanosamente y volvía una y otra vez sobre sus notas, buscando alguna pista. Al final, dio unos golpecitos con el bolígrafo sobre el papel. Para empezar, había un pequeño detalle: el cadáver había sido encontrado el domingo. El martes —tuvo que ser el martes porque el miércoles la policía le había

dicho que la señora Cummings-Browne no iba a demandar a The Quicherie— la afligida viuda había acudido a Chelsea en persona. Agatha se recostó en la silla y mordisqueó la punta del bolígrafo. A ver, ¿no era una reacción extraña? Si acaban de asesinar a tu marido y tú te paseas por el pueblo deshecha de dolor y todo el mundo habla de lo afectada que estás, ¿de dónde sacas la energía para ir a Londres? Le habría resultado mucho más sencillo llamar por teléfono. ¿Por qué? Agatha miró el reloj de la cocina. ¿Qué era lo que le había dicho exactamente Vera Cummings-Browne al señor Economides? Se acercó al teléfono y levantó el auricular, pero volvió a colgar. A pesar de que le había confesado lo de su pariente sin papeles, el griego había parecido estar todavía a la defensiva. La tienda no cerraba hasta las ocho; Agatha decidió ir en coche a Londres y abordarle antes de esa hora.

Acababa de cerrar la puerta a sus espaldas cuando, al darse la vuelta, vio a una familia formada por un marido con cara de hurón, una esposa regordeta y dos adolescentes con granos que la estaban mirando.

—Hemos venido a ver la casa —dijo el hombre.

—No es posible.

Agatha pasó al lado de la familia.

—Ahí dice: «Se vende» —se quejó el hombre.

—Ya está vendida —mintió Agatha, que arrancó el cartel y lo dejó caer sobre la hierba.

A continuación se subió al coche y se marchó, mientras la familia se quedaba pasmada. «A la mierda —pensó Agatha—; tampoco querría castigar al pueblo con esa pandilla».

Recorrió el trayecto hasta Londres con gran rapidez: casi todo el tráfico iba en el otro sentido. Aparcó delante de The Quicherie, sobre una línea doble amarilla, y entró en la tienda. El señor Economides estaba limpiando el refrigerador de las quiches. Miró a Agatha y una vez más el recelo apareció en sus ojos.

—Quiero hablar con usted —dijo Agatha bruscamente—. No se preocupe —mintió—, tengo amigos en el Ministerio del Interior. No le perjudicará en absoluto.

El se quitó el delantal, rodeó el mostrador y los dos se sentaron a una de las mesitas. No la invitó a café. Sus ojos oscuros la examinaban con tristeza.

—A ver, dígame qué sucedió exactamente entre la señora Cummings-Browne y usted cuando ella vino a visitarle.

—¿No podemos olvidarnos de todo? —le suplicó el hombre—. Todo ha acabado bien. No han publicado ninguna noticia negativa en los periódicos de Londres.

—Envenenaron a un hombre —señaló Agatha—. No se preocupe por lo de la inmigración; yo le evitaré cualquier problema en ese aspecto. Pero cuénteme lo demás.

—Muy bien. Vino por la mañana; he olvidado qué día fue, pero sé que era media mañana. Empezó a gritar que yo había envenenado a su marido y que me demandaría para sacarme hasta el último penique. Me contó lo de la quiche que usted había

comprado. Yo me eché a llorar y le dije que era inocente. Le supliqué clemencia. Le conté que la quiche no era mía, que procedía de Devon, y que mi primo cultivaba todas las verduras de su tienda en su propio huerto. Era posible que parte de aquella cicuta se hubiera mezclado con las espinacas. Le conté lo del yerno de mi primo. Ella se quedó callada. Dijo que estaba muy alterada, que ni siquiera sabía muy bien lo que decía. En ese momento pareció una mujer distinta, calmada y triste. No tomaría ninguna medida contra mí ni contra mi primo, me aseguró.

»Pero al día siguiente, regresó.

—¿Qué?

Agatha se inclinó hacia delante, cerrando las manos en sendos puños debido a la emoción.

—Me dijo que si alguna vez le contaba a alguien que la quiche procedía de Devon, cambiaría de opinión, me demandaría e informaría sobre mi pariente al Ministerio del Interior, y que lo deportarían.

—¡Dios bendito! —Agatha le miró, asombrada—. Debe de estar loca. —Entraron dos personas en la tienda y el señor Economides se levantó—. No se lo contará a nadie, ¿verdad? Sólo se lo he explicado porque creía que todo había acabado.

—No, no —farfulló Agatha.

Salió al calor, se subió al coche y se encaminó mecánicamente hacia los Cotswolds, con la cabeza en ebullición. Vera Cummings-Browne no quería que la policía supiera que la quiche procedía de Devon, ¿por qué?

Entonces se le encendió una luz y le vino a la cabeza una frase del libro de plantas venenosas: «La cicuta se encuentra en zonas pantanosas de Gran Bretaña: East Anglia, las Midlands occidentales y el sur de Escocia». Pero no en Devon.

No obstante..., un momento. La policía había sido minuciosa. Había registrado a fondo su cocina y hasta los desagües buscado trazas de cicuta. Y habían dicho que Vera Cummings-Browne seguramente no distinguiría una planta de cicuta de una palmera. Pero ¿no podría haberla buscado en un libro, igual que había hecho ella, Agatha? Si era así, no sólo sabría qué aspecto tenía y dónde conseguirla, sino también que no crecía en Devon.

Al llegar a casa, Agatha se preguntó si debía llamar a Bill Wong, pero prefirió no hacerlo. Él tendría respuestas para todo: no había rastro de cicuta en la casa de Vera; la mujer había perdido la cabeza momentáneamente por la muerte de su marido y por eso había ido a ver a Economides.

Volvió a colocar el rótulo del agente inmobiliario en su sitio y luego intentó dormir bien, pero tantos días seguidos de calor habían convertido las viejas paredes de piedra de su casa en un horno que irradiaba fuego.

Agatha se despertó, cansada y lánguida, pero sacó diligentemente sus notas y añadió lo que había descubierto.

Cicuta. ¿Y si buscaba en la biblioteca local?, pensó con un sobresalto. ¿Sabrían allí si Vera Cummings-Browne había sacado algún libro sobre plantas venenosas?

¿Habría algún tipo de registro? ¡Claro que tenía que haberlo! ¿Cómo si no escribirían a la gente que no devolvía los libros?

Mientras caminaba hacia la biblioteca, Agatha reflexionó que su criterio de elegancia estaba decayendo. En Londres, había utilizado a Margaret Thatcher como modelo a imitar, en lugar de a Joan Collins o a cualquier otra beldad típicamente británica, prefiriendo los vestidos formales y los trajes de ejecutiva. Ahora su vestido estampado holgado aleteaba a su alrededor y llevaba los pies descubiertos, con sandalias.

La biblioteca era un edificio bajo de piedra. Una placa encima de la puerta rezaba que originariamente había sido el asilo de pobres del pueblo. Agatha abrió la puerta, entró y reconoció a la mujer sentada tras la mesa de recepción como la señora Josephs, una de las mujeres de la Carsely Ladies' Society.

Ésta le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Buscaba algo en concreto, señora Raisin? Tenemos lo último de Dick Francis. Agatha fue directa al grano.

—Me afectó mucho la muerte del señor Cummings-Browne —dijo.

—Como a todos —convino en voz baja la señora Josephs.

—Me moriría si un error como ése se repitiera de nuevo —explicó Agatha—. ¿Tiene algún libro sobre plantas venenosas?

—Déjeme ver. —La señora Josephs sacó con nerviosismo una microficha de una pila y la introdujo en el lector—. Sí, uno de Jerome titulado *Poisonous Plants of the British Isles*. Número K-543. A su izquierda, junto a la ventana, señora Raisin.

Agatha revisó las estanterías hasta que dio con el libro. Lo abrió y examinó las fechas selladas: la última vez que alguien se lo había llevado era diez días antes del asesinato. Aun así...

—¿Podría decirme quién fue la última persona que sacó el libro, señora Josephs?

—¿Por qué? —La bibliotecaria parecía agobiada—. Espero que no fuera la señora Boggle. Deja las páginas pegadas con mermelada.

—Estaba pensando en organizar una charla sobre plantas venenosas de la zona —improvisó Agatha—. Quienquiera que se llevara el libro podría estar interesado —añadió mirando las ilustraciones mientras hablaba.

—Oh, bien, déjeme ver. Todavía tenemos el anticuado sistema de fichas. —Abrió unos largos cajones y hojeó las fichas de libros ordenadas hasta que extrajo la de las plantas venenosas—. El último que se llevó ese ejemplar fue el poseedor del carné número 27. No tenemos muchos socios; me temo que éste es un pueblo televisivo. Déjeme ver. Número 27. Vaya, ¡es la señora Cummings-Browne!

Se quedó boquiabierta y miró fijamente a Agatha a través de sus gafas.

Y en ese mismo momento se abrió la puerta de la biblioteca y entró Vera Cummings-Browne. Agatha cogió el libro, lo devolvió a las estanterías y luego le dijo animadamente a la señora Josephs:

—Ya le diré alguna cosa sobre Dick Francis.

—Primero tiene que hacerse socia de la biblioteca, señora Raisin. ¿Quiere un carné?

—En otro momento —murmuró Agatha, que miró por encima del hombro. Vera permanecía a cierta distancia, hojeando los libros devueltos—. Ni una palabra —susurró, y salió a toda prisa.

Así que aquella mujer sí estaba informada sobre la cicuta, pensó Agatha, triunfante. Y sin duda sabía qué aspecto tenía. Reprodujo mentalmente la ilustración a todo color del libro y se paró en medio de la calle principal, demasiado confundida para darse cuenta de que un apuesto hombre de mediana edad había salido de la carnicería y la miraba con curiosidad.

Ella había visto cicuta hacía poco, pero en blanco y negro. ¿Cómo, dónde? Reanudó el camino a casa, dándole vueltas y más vueltas.

Y entonces, justo ante la puerta de su jardín, se acordó. En el pase de diapositivas del señor Jones. La señora Cummings-Browne recibiendo el premio al mejor arreglo floral, un pretencioso ramo de flores silvestres y de jardín, y, menuda víbora... ¡con un trozo de cicuta justo en medio!

El apuesto hombre de mediana edad estaba abriendo la puerta de la que, hasta hacía poco, había sido la casa de la señora Barr. Era el nuevo propietario, James Lacey.

—Tengo que encontrar a Jones —dijo Agatha en voz alta—. Tengo que encontrar a Jones.

«Una chiflada —pensó James Lacey—. No creo que me haga gracia tener una vecina así».

Agatha se dirigió a Harvey's.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Jones, el que hace fotografías?

—Vive en la segunda casa de Mili Pond Edge —le indicó la mujer de detrás de la caja registradora—. Hace un calor espantoso, señora Raisin.

—Que le den al tiempo —replicó Agatha, furiosa—. ¿Dónde está Mili Pond Edge?

—Es la segunda calle a la derecha tal como sale por la puerta.

—Ya sé que el calor nos altera a todos —le contó más tarde la mujer de Harvey's a la señora Cummings-Browne—, pero la señora Raisin no tenía por qué ser tan maleducada. Sólo intentaba explicarle dónde vive el señor Jones.

Agatha tuvo suerte de encontrar al señor Jones en casa: él también era un entusiasta de la jardinería y se pasaba buena parte del día visitando los viveros locales. Tenía todas sus fotografías ordenadas y archivadas, y encontró la que le pidió Agatha sin ningún problema.

Ella miró ansiosa el arreglo floral.

—¿Le importa si me la quedo unos días?

—No, en absoluto —contestó el señor Jones.

Agatha salió a toda prisa, sin avisarle de que no le dijera nada a la señora

Cummings-Browne.

Fue al Red Lion, aferrando la foto metida en un sobre de papel Manila mientras la cabeza le bullía. Pidió un *gin-tonic* doble.

—Alguien ha dicho que ha visto a ese detective, el chino, camino de su casa con un cesto —le dijo el dueño.

Agatha frunció el ceño. No quería contarle nada a Bill. Todavía no. No hasta que lo hubiera aclarado todo.

Bill Wong se alejó de la casa de Agatha, decepcionado. Miró de mala gana el rótulo de «Se vende». Estaba convencido de que cometía un error. Un débil maullido salió del cesto.

—Chiss —dijo con suavidad.

Le había traído un gato a Agatha. La gata de su madre había tenido una camada y Bill, como siempre, no soportaba que ahogaran a las criaturas, así que había empezado a repartirlas entre sus amigos.

Pasaba por delante de la casa de al lado cuando vio a James Lacey.

—Buenos días —saludó Bill, que miró al recién llegado a Carsely con suspicacia y se preguntó qué pensaría Agatha de él. James Lacey era lo bastante apuesto para que cualquier mujer madura se quedara colgada de él. Medía más de uno ochenta, tenía una cara de rasgos marcados y bronceada, con brillantes ojos azules. Su tupido pelo negro, cortado a la moda, sólo mostraba leves trazas de gris—. Estaba buscando a su vecina, la señora Raisin —añadió.

—Me parece que el calor la ha afectado un poco —dijo James con un nítido acento de clase alta—. Pasó por delante de mí murmurando: «Señor Jones, señor Jones». Sea quien sea el señor Jones, lo lamento por él.

—El caso es que le había traído este gato —explicó Bill—, como regalo, y una pequeña caja de arena. Está domesticado. ¿Sería tan amable de dárselo cuando vuelva? Me llamo Bill Wong.

—Muy bien. ¿Y sabe cuándo volverá?

—No debería tardar mucho —dijo Bill—. Tiene el coche ahí delante.

Le pasó el gato en su transportín y la caja de arena, y se fue. «Jones —pensó—. ¿Qué se traerá ahora entre manos?».

Entró en Harvey's a comprar una chocolatina y le preguntó a la mujer de la caja.

—¿Quién es el señor Jones?

—No me venga usted también con lo mismo —replicó ella, irritada—. La señora Raisin se pasó por aquí para preguntar por él y fue muy maleducada. A todos nos altera el calor, pero eso no es motivo para comportarse así.

Bill esperó con paciencia hasta que ella acabó de quejarse y entonces se informó sobre el señor Jones. En realidad no sabía por qué se preocupaba, salvo porque Agatha tenía un don especial para provocar líos.

Agatha volvió a casa bastante deprimida. Creía que había resuelto el caso, como empezaba a denominarlo para sus adentros, pero mientras estaba en el *pub*, el obstáculo de siempre había vuelto a interponerse en su camino: no había forma de que Vera Cummings-Browne hubiera preparado una quiche envenenada en su cocina sin que el equipo forense de la policía encontrara luego el menor rastro.

Entró derrengada en su calurosa casa. Más valía olvidarse del asunto por un tiempo e ir a Moretón a comprar un ventilador.

Llamaron a la puerta. Miró a través de la nueva mirilla que le habían instalado los de la empresa de seguridad y vio el centro de la camisa a cuadros de un hombre. Abrió la puerta con la cadena puesta.

—Señora Raisin —dijo el hombre—. Soy su nuevo vecino; me llamo James Lacey.

—Oh.

Agatha contempló a James Lacey en todo su esplendor y se quedó boquiabierta.

—Vino un tal señor Wong mientras usted estaba fuera.

—¿Y qué quiere ahora la policía? —preguntó Agatha con irritación.

—No sabía que era policía; vestía de paisano. Me pidió que le diera este gato.

—¡Un gato! —repitió Agatha, asombrada.

—Sí, un gato —dijo él con paciencia, al tiempo que pensaba: «Sí, está chiflada».

Agatha quitó la cadena de la puerta y la abrió.

—Pase —dijo, repentinamente consciente del holgado vestido estampado y de sus piernas desnudas y sin depilar.

Fueron a la cocina, donde Agatha se arrodilló y abrió el cesto. Un gatito atigrado salió, miró a su alrededor y bostezó.

—Es un animalito encantador —dijo él, que ya se encaminaba hacia la puerta—; bien, si me disculpa, señora Raisin...

—¿No se queda un momento?, ¿a tomar un café?

—No, de verdad, tengo que irme. Vaya, hay alguien en su puerta.

—¿Puede esperar sólo un momentito —le pidió Agatha—, y vigilar el gatito mientras veo quién es?

Salió de la cocina antes de que él pudiera responder y al abrir la puerta se encontró a una mujer que parecía tan lozana como un día de primavera a pesar del calor. Llevaba un vestido de algodón blanco con un cinturón de cuero rojo alrededor de la delgada cintura. Tenía las piernas bronceadas y sin vello, y su pelo rubio teñido con productos caros brillaba a la luz del sol. Rondaba los cuarenta años, su cara era inteligente y sus ojos, de color avellana. Era justamente el tipo de mujer, pensó Agatha, que llamaría la atención de su glamuroso nuevo vecino.

—¿Qué quiere? —preguntó Agatha.

—He venido a ver la casa.

—Ya está vendida. Adiós. —Agatha cerró la puerta de golpe.

—Si ha vendido la casa —dijo James Lacey cuando ella volvió a la cocina sintiéndose más fea que nunca—, debería avisar a los de la inmobiliaria para que pongan el rótulo de «Vendida».

—No me gustaba su aspecto —murmuró Agatha.

—No me diga. A mí me pareció muy agradable.

Agatha se fijó en la puerta de la cocina abierta de par en par, que ofrecía una vista perfecta de quienquiera que estuviera en la puerta de la calle, y se ruborizó.

—Ahora sí debe disculparme —dijo él y, antes de que Agatha pudiera quejarse, se había escapado.

El gato emitió un leve maullido suplicante.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó Agatha, exasperada—. ¿En qué estaría pensando Bill Wong?

Le sirvió al gato un poco de leche en un platillo y vio cómo se la bebía a lengüetazos. Bueno, tendría que alimentarlo hasta que decidiera cómo deshacerse de él. Regresó al calor del mundo exterior. Su vecino estaba trabajando en el jardín delantero. La vio acercarse, sonrió vagamente y entró en casa.

«Maldita sea», pensó Agatha, irritada. No era raro que todas aquellas mujeres se arrastraran a su umbral con regalos. Fue a Harvey's, donde la mujer de la caja registradora le clavó una mirada dolida, y compró comida para gatos, más leche y arena para la caja del animal.

Al volver a casa, le dio de comer al gato y luego salió con una taza de café al jardín. Su apuesto vecino había borrado de su cabeza todos los pensamientos relacionados con asesinatos. Ojalá hubiera ido vestida adecuadamente. Ojalá él no la hubiera escuchado mientras se mostraba tan desconsiderada con la mujer que quería ver la casa.

El gatito rodaba bajo el sol y Agatha lo contempló de mal humor. También ella podría haberse presentado en su casa con un pastel. En realidad, todavía podía hacerlo. Recogió al gato, lo llevó dentro de casa y volvió a Harvey's sólo para descubrir que era el día que cerraba temprano.

Podía ir hasta Moretón y comprar un pastel, pero en estos casos una debía llevar algo preparado en casa. Entonces se acordó del congelador del salón de actos de la escuela. Ahí era donde las señoras de Carsely almacenaban lo que preparaban en sus casas para los futuros banquetes. No haría ningún daño si tomaba uno prestado. Podía llevárselo a casa, añadirle algún detalle bonito y regalarlo.

Afortunadamente, el salón de actos de la escuela estaba vacío. Fue hasta la cocina y levantó con cautela la tapa del congelador. Había todo tipo de comida con muy buena pinta: tartas, pasteles de ángel, de chocolate, bizcochos y —se estremeció— incluso una quiche.

Sacó un gran pastel de chocolate sintiéndose como una redomada ladrona y miró a su alrededor, esperando que la descubrieran en cualquier momento. Bajó la tapa del congelador con cuidado, metió el pastel congelado en una bolsa de plástico que había

llevado con ese propósito y volvió a casa.

Se dio una ducha y se lavó el pelo, se lo secó bien y se lo cepilló hasta que brilló. Se puso un vestido de lino rojo con cuello blanco y sandalias de tacón marrones. Le dio un poco más de leche al gatito, descongeló el pastel en el microondas después de sacarlo de su envoltura de celofán, lo colocó en una bandeja y se encaminó a la casa de James Lacey.

—Oh, señora Raisin —dijo él al abrir la puerta, y aceptó el pastel con reticencia—. Qué amable por su parte. ¿Quiere pasar? O —añadió esperanzado— tal vez esté demasiado ocupada.

—No, en absoluto —repuso Agatha alegremente.

Él la condujo hasta el salón y los curiosos ojos de Agatha lo recorrieron de arriba abajo. Había libros por todas partes, algunos dispuestos ya en las estanterías, otros en cajas abiertas por el suelo, esperando que los colocaran.

—Parece una biblioteca —comentó Agatha—. Tenía entendido que era usted militar.

—Exmilitar. Ahora que me he jubilado, voy a dedicarme a escribir sobre historia militar. —Señaló con la mano una mesa en el rincón sobre la que había un procesador de textos—. Si me perdona un momento, prepararé un poco de café para acompañar este delicioso pastel. Ustedes, señoras, son sin duda unas pasteleras estupendas.

Agatha se acomodó con cuidado en un maltrecho sofá de cuero y se subió ligeramente la falda para enseñar las piernas de forma que le favoreciera.

Hacía años que Agatha Raisin no se interesaba por ningún hombre. En realidad, hasta que había visto a James Lacey, habría jurado que todas sus hormonas habían caducado y habían pasado a mejor vida. Estaba tan nerviosa como una colegiala en su primera cita. Esperaba que el pastel fuera bueno. Qué suerte que se hubiera acordado de la cocina del salón de actos de la escuela. Y entonces se quedó paralizada y aferró con fuerza los brazos de cuero del sofá. La cocina. ¿Había fogones? Tenía un microondas, porque en él descongelaban los platos cuando disponían el salón de té para uno de sus interminables actos de beneficencia.

Debía volver allí. Se levantó de un salto y salió corriendo por la puerta justo cuando James Lacey entraba en el salón con una bandeja con una cafetera y dos tazas.

Con cuidado, dejó la bandeja, se acercó a la puerta de la calle y la cerró.

Agatha Raisin, con las faldas levantadas, corría por Lilac Lane como si la persiguiera un ejército de demonios.

«Tenía que deberse a la endogamia», pensó James Lacey, que se sentó y cortó una porción del pastel.

Agatha irrumpió corriendo en la cocina del salón de actos y miró frenéticamente a su alrededor. Ahí estaba lo que había esperado encontrar: una gran cocina de gas. Abrió

los cajones bajos que había junto al fregadero. Estaban llenos de tazas y platillos, cuencos grandes, bandejas de pasteles, ollas y sartenes.

Se sentó. Así era cómo podría haberse hecho. Así era cómo debía de haberse hecho.

Repasó sus recuerdos: por ejemplo, la señora Mason había estado en la cocina el día de la subasta, batiendo una nueva hornada de pasteles. La cocina se utilizaba también para cocinar. Pero ¿se acordaría la gente de si Vera Cummings-Browne había estado allí preparando una quiche el día del concurso?

Aunque tampoco le habría hecho falta, reflexionó Agatha. Lo único que tenía que hacer era prepararla con la antelación que quisiera, congelarla y luego asegurarse de que no se utilizaba hasta que a ella le conviniera. Los restos de su quiche, la de Agatha, habrían ido a parar a la basura con todos los demás restos del ágape del salón de té. Lo único que tenía que hacer Vera era sacar de allí su quiche envenenada, llevársela a casa, meterla en el microondas, cortar una porción que coincidiera con la porción perdida que se había utilizado en el concurso, envolverla, llevársela cuando saliera y tirarla en cualquier parte. Agatha estaba segura de que los del equipo forense no habían revisado la ropa de la viuda buscando migas envenenadas.

¿Cómo podía demostrarlo?

Enfrentándose a ella, pensó Agatha; pero iría con micrófonos para grabarla. La atraparía con su propia confesión.



El señor James Lacey miraba con inquietud por la ventana. Ahí estaba la tal Agatha Raisin, apresurándose de vuelta a casa. Sus labios se movían sin pronunciar palabra. Él retrocedió detrás de las cortinas, pero para su alivio ella pasó de largo y al poco él oyó cómo se cerraba de golpe la puerta delantera de su vecina.

Temía que ella volviera a llamar a su puerta, pero el día fue pasando y su vecina no dio señales de vida. A primera hora de la noche, oyó que ponía en marcha el coche y al cabo vio como se iba. Ella ni lo miró ni le saludó.

Él siguió trabajando tranquilamente, y sólo se irguió al oír que alguien se acercaba a toda prisa por la calle. Miró por encima del seto y ahí estaba Agatha, esta vez a pie. Se agazapó tras el seto. La mujer pasó de largo y él oyó cerrarse la puerta de golpe.

Una hora más tarde, justo cuando iba a retirarse ya al interior de la casa, un coche de policía pasó por delante a toda velocidad, se detuvo ante la puerta de Agatha y se apearon tres hombres, a uno de los cuales reconoció como Bill Wong. Llamaron ruidosamente a la puerta, pero por alguna razón la misteriosa señora Raisin no respondió. James Lacey oyó que Bill Wong decía:

—Su coche no está. A lo mejor se ha ido a Londres.

Qué raro era todo aquello. Se preguntó si buscaban a Agatha por algún delito o si simplemente habían descubierto que se había escapado de un manicomio.

Dentro de casa, Agatha permaneció agazapada hasta que el coche de policía se marchó. Había ocultado su coche a propósito en una de las calles laterales, colina arriba, en las afueras de Carsely, por si Bill Wong le hacía una visita. No tenía la menor intención de verle hasta que pudiera presentarse ante él con todas las pruebas de que Vera Cummings-Browne era una asesina. Se sorprendió un tanto cuando se asomó por la ventana del dormitorio y vio que venían tres policías, pero supuso que se debía a que habían detenido a John Cartwright. Todo aquello podía esperar. Agatha Raisin, la detective, iba a resolver ella sola «El Gran Misterio de la Quiche».

A la mañana siguiente, James Lacey se encontró convenciéndose de que su jardín delantero necesitaba más atenciones, aunque ya había arrancado todas las malas hierbas sin dejar ni una. Sin embargo, le pareció que la pequeña parcela de césped necesitaba un repaso y sacó las herramientas que le hacían falta, mientras mantenía un ojo curioso clavado en la casa de al lado.

Al poco se vio recompensado: Agatha salió y echó a andar por la calle. Esta vez él se asomó por encima de la puerta del jardín.

—Buenos días, señora Raisin —la saludó.

Agatha le miró, le devolvió un breve «Buenos días» y siguió su camino. El amor podía esperar, pensó.

Encontró su coche y condujo hasta Oxford pasando por Moreton-in-Marsh,

Chipping Norton y Woodstock bajo un sol implacable. Aparcó en St. Giles, recorrió Cornmarket Street y luego el Westgate Shopping Center hasta dar con la tienda que buscaba. Compró una grabadora diminuta pero cara que podía llevar sujeta al cuerpo y que se ponía en marcha con interruptores que se ocultaban en los bolsillos. Luego se compró una cazadora masculina holgada con bolsillos interiores.

—Y ahora, a por todas —murmuró mientras volvía en coche a Carsely—. Espero que la muy zorra no haya vuelto a la Toscana.

Mientras coronaba una colina por la carretera tras dejar atrás Chipping Norton, vio que se estaban formando nubes negras en el horizonte. Decidió dirigirse directamente a casa aun a riesgo de que la visitara la policía.

Al entrar, el gatito corrió entre sus piernas a modo de bienvenida, y Agatha se dio cuenta de que retrasaba intencionadamente los preparativos entreteniéndose con el animal, al que dio leche y comida y luego dejó salir al jardín para jugar al sol. Se sujetó la grabadora al cuerpo con cinta, se colocó los interruptores en los bolsillos y luego probó el aparato para asegurarse de que funcionaba bien, y funcionó.

Y ahora, ¡a por Vera Cummings-Browne!

Fue un chasco descubrir que sus llamadas a la puerta de la casa de Vera no obtenían respuesta alguna. Preguntó en Harvey's si alguien la había visto y una mujer explicó que la señora Cummings-Browne había dicho que se ausentaría del pueblo para hacer unas compras. Agatha gruñó; no le quedaba otra que esperar.

En la comisaría de policía de Mircester, el inspector jefe Wilkes se inclinó sobre la mesa de Bill Wong.

—¿Has llamado a tu amiga, la señora Raisin, para informarla de que hemos detenido a John Cartwright?

—Se me olvidó —le contestó Bill—. Me interesaba más esto.

Sostuvo en alto una fotografía en blanco y negro de Vera Cummings-Browne recibiendo el primer premio por su arreglo floral.

—¿Qué es?

—Es lo que la señora Raisin buscaba ayer. Me enteré de que había visitado a un tal señor Jones y se me ocurrió pasar también a verle para averiguar si ella había hecho de las suyas. Pero sólo le había pedido una fotografía, y me dio el negativo. Acabo de hacer una copia. Y esto —Bill dio unos golpéenos con un dedo recordete en el centro del ramo de flores— tiene toda la pinta de ser cicuta, la planta que la señora Cummings-Browne dijo desconocer por completo. La señora Raisin ha dado con algo. Más vale que me acerque a su casa.

¿Cuántas veces, se preguntaba Agatha, había caminado bajo el agobiante calor hasta la casa de Vera y se la había encontrado cerrada y silenciosa? La cazadora la hacía sudar.

Y entonces, por fin, vio el Range Rover de Vera aparcado sobre los adoquines de

delante de su puerta.

Con una sensación de emoción desbocada, Agatha llamó a la puerta.

Hubo un largo silencio puntuado por un rumor de truenos desde las alturas. Agatha llamó otra vez. Una cortina se movió en una ventana lateral y entonces se abrió la puerta.

—Vaya, señora Raisin —la saludó la señora Cummings-Browne con voz afable—, iba a salir ahora mismo.

—Quiero hablar con usted —dijo Agatha con tono agresivo.

—Bien, espere un momento mientras guardo el coche. Parece que por fin va a llover.

Una punzada de duda asaltó a Agatha. Vera parecía totalmente tranquila aunque, bien pensado, no podía saber para qué había ido a visitarla.

Para asegurarse, la siguió y la vio meter el coche en un garaje que estaba al final de la hilera de casas.

Vera volvió con paso ágil.

—Sólo tengo tiempo para una taza de té, señora Raisin, y luego tendré que irme. Estoy organizando un concurso de arreglos florales en Ancombe y alguien tiene que enseñar a estas tontas pueblerinas cómo se hacen.

Entró a toda prisa en la cocina para preparar el té.

—Acomódese en la salita, señora Raisin. No tardaré nada.

Agatha se sentó en la pequeña sala y miró a su alrededor. Ahí era donde había pasado todo. El destello brillante de un relámpago iluminó la oscura sala y se oyó el tremendo estruendo de un trueno.

—¡Qué oscuro está aquí! —exclamó Vera al volver con la bandeja del té, que dejó sobre una mesita baja—. ¿Leche y azúcar, señora Raisin?

—Ni lo uno ni lo otro —contestó Agatha secamente—. Té solo.

Ahora que había llegado el momento, se sentía casi demasiado avergonzada para empezar. Había algo tan normal en la forma en que Vera servía el té, desde su cabello bien peinado hasta su vestido Liberty...

—Y bien, señora Raisin —dijo Vera despreocupadamente—, ¿qué es lo que la ha traído hasta aquí? ¿Va a hacer otra subasta? Vaya, parece que está refrescando. Tengo la chimenea preparada. Sólo hay que acercarle una cerilla. En realidad, la chimenea lleva semanas preparada. ¿No cree que ha hecho un tiempo terrible? Pero ahora ya ha acabado, a Dios gracias. Escuche la tormenta.

Agatha dio un sorbo nervioso al té y deseó que Vera se relajara un poco para acabar de una vez por todas con aquel desagradable asunto. Gotas de sudor corrían por debajo de su ropa. ¿Cómo era posible que a Vera le pareciera que hacía frío? El fuego crepitó al cobrar vida en la chimenea.

Vera se sentó, cruzó las piernas y miró con viva curiosidad a Agatha.

—Señora Cummings-Browne —dijo Agatha—, sé que usted asesinó a su marido.

—¿No me diga? —Vera parecía divertida—. ¿Y cómo se supone que lo hice?

—Debió de planearlo con tiempo —expuso Agatha con seguridad—. Ya tenía preparada una quiche envenenada y la guardó en el congelador del salón de actos de la escuela, entre los otros platos que preparan las mujeres para cuando abren el salón de té. Estaba esperando que se presentara una buena ocasión para utilizarla, y yo se la proporcioné. Lógicamente, usted no quería que su marido muriera después de comerse una de sus propias quiches, así que cuando les dije que iba a dejar allí la mía, usted vio la oportunidad y la aprovechó. Se deshizo de mi quiche con el resto de la basura después del concurso, trajo la que había preparado usted misma a casa, la descongeló y dejó dos porciones para la cena de su marido. No sé si, al regresar a casa, llegó a comprobar si había muerto.

»Entonces se enteró de que yo en realidad había comprado esa quiche en Londres. Es una mujer avariciosa, lo sé por el modo en que me engañaron para que los invitara a aquella cara cena en un restaurante malísimo del que usted es copropietaria. Vio la oportunidad de sacarle dinero al pobre señor Economides, así que fue directa a Londres para decirle que iba a demandarle. ¿Quién sabe? Seguramente usted creía que él preferiría llegar a un acuerdo extrajudicial. Pero el hombre le confesó que la quiche procedía de la tienda de su primo en Devon. Su primo cultivaba sus propias verduras y en Devon no crece la cicuta, así que le dijo a la policía que había decidido perdonarle y no presentar cargos. Usted también dijo que no sabía ni qué aspecto tenía la cicuta. Pero pidió prestado un libro sobre plantas venenosas en la biblioteca y, por si fuera poco, en una fotografía que me dio el señor Jones descubrí que la había utilizado en uno de sus arreglos florales. ¡Así fue cómo lo hizo!

Agatha vació triunfalmente su taza de té y miró desafiante a Vera.

Para su sorpresa, la única reacción de Vera fue levantarse y añadir carbón a la leña que ardía en la chimenea.

Luego volvió a sentarse y miró a Agatha.

—A decir verdad, se aproxima bastante, señora Raisin. —Alzó la voz para que se la oyera por encima del ruido de los truenos—. Usted no tenía otra cosa que hacer que apuntarse y hacer trampas en el concurso, ¿no es verdad, estúpida furcia? Así que se me ocurrió que podía sacar algún partido económico de su mentira y sí, esperaba que ese griego se ofreciera a llegar a un acuerdo extrajudicial. Pero entonces me soltó lo de Devon. No obstante, lo había asustado tanto que ni siquiera examinó bien su supuesta quiche. Pasé un mal rato pensando que lo haría y que diría que no era suya, pero todo parecía controlado. Estaba harta de los coqueteos de Reg, pero me hice la tonta hasta que esa María Borrow apareció en escena. Se presentó aquí un día y me dijo que Reg iba a casarse con ella. ¡Con ella! Patética, loca y vieja solterona. Aquello era vergonzoso, se pasaba de la raya. Yo sabía que él no tenía la menor intención de divorciarse de mí, pero tarde o temprano esa bruja de Borrow le contaría a todos que lo iba a hacer, y eso no podía permitirlo. ¿Sabe que pensé que no había funcionado? Volví a casa, vi las luces y la televisión encendidas, pero ni rastro de Reg. Me sentí un poco aliviada. Pensé que mi marido habría salido y que se lo había

dejado todo en marcha. Así que simplemente me fui a la cama. Cuando por la mañana me dijeron que había muerto, no podía creerme que fuera obra mía. Solía soñar que me libraba de él y casi creí que la preparación de esa quiche envenenada y la sustitución por la suya habían sido sólo imaginaciones mías y que me dirían que había muerto de un ataque al corazón. ¿Qué le ocurre, señora Raisin? ¿Le está entrando sueño?

Agatha sintió que la cabeza le daba vueltas.

—El té —dijo con voz ronca.

—Sí, el té, señora Raisin. Se cree que es muy lista, ¿verdad? Pues sólo una completa estúpida haría una visita para acusar a una envenenadora y se bebería su té.

—Cicuta —jadeó Agatha.

—No, querida. Sólo pastillas para dormir. Jones me contó lo que había estado preguntando, y también la mujer de la biblioteca. La seguí hasta Oxford. Había visto su coche aparcado anoche en una de las calles de arriba y la esperé cuando fue a buscarlo. Así que yo también fui a Oxford, a un médico del que me habían hablado, uno privado que da cualquier clase de pastillas. Le dije que era Agatha Raisin y que no podía dormir. Éstas son las pastillas. —Vera metió la mano en un bolsillo de su vestido y sacó un frasco de farmacia—. Y con su nombre en ellas. —Se levantó.

»Y ahora voy a esparcir unos cuantos de estos folletos que anuncian el concurso de arreglos florales por el suelo y dejaré que un trozo de carbón encendido se salga de la chimenea y caiga encima de ellos. Contaré a todos que le dije que se pusiera cómoda y esperase a que volviera. Un lamentable accidente. Con este calor todo está seco como la yesca. Tendrá una hermosa pira funeraria. Echaré algunas de estas pastillas de dormir en su bolso y lo dejaré en la cocina, junto a la ventana, y con un poco de suerte saldrá intacto del incendio.

Era como una pesadilla infernal, pensó Agatha. No podía moverse. Pero sí veía... lo justo. Vera esparció los folletos por todas partes, frunció el ceño, entró en la cocina y regresó con una botella de aceite. Roció un poco por encima de los papeles y luego devolvió la botella a la cocina.

—Menos mal que esta casa tiene un buen seguro —comentó.

Cogió unas brasas de la chimenea con las tenazas de latón, las dejó caer sobre los folletos y esperó pacientemente a que se consumieran sobre el suelo. Con un chasquido de irritación, Vera encendió una cerilla y la echó sobre los folletos, que prendieron en llamas. Se encaminó hacia la puerta. Había una pila de revistas en un estante junto a la chimenea y las llamas la alcanzaron. Entonces cerró las ventanas del salón y, esbozando una pequeña sonrisa, dijo:

—Adiós, señora Raisin.

Y salió de la casa. Fue hasta el garaje, mirando por encima del hombro. Había tomado la precaución de correr las cortinas. Tanto daba, tendría que alejarse deprisa.

Con un esfuerzo sobrehumano, Agatha se metió un dedo en la garganta y vomitó violentamente. Se cayó de la silla sobre la alfombra en llamas. Gimoteando y sollozando, se arrastró para alejarse de las llamas y llegó a la cocina. Vera había cerrado la puerta principal; era inútil intentarlo por ahí. Agatha cerró con una débil patada la puerta de la cocina tras de sí. El ruido en sus oídos era ensordecedor. La tormenta rugía en el exterior, el fuego bramaba dentro.

Las manos de Agatha se alzaron hasta que agarró el borde del fregadero. Los fregaderos tenían agua y detrás del fregadero estaba la ventana, que a lo mejor se le había olvidado cerrar a aquella arpía.

Pese a haber vomitado, Agatha había tragado una gran cantidad de pastillas para dormir, o de lo que fuera que Vera le había echado al té. La oscuridad caía sobre ella e hizo un último esfuerzo para levantarse, mirar por la ventana y que su boca se abriera para formar en silencio la palabra «socorro», antes de desplomarse sobre el suelo de la cocina, inconsciente.

—No entiendo por qué estamos haciendo horas extras por esa tal Raisin, Bill —gruñó el inspector jefe—. El hecho de que la señora Cummings-Browne tuviera cicuta en su arreglo floral podría ser una simple coincidencia.

—Yo siempre he estado convencido de que lo hizo ella —replicó Bill—. Le pedí a la señora Raisin que se ocupara de sus asuntos porque no quería que le hicieran daño. Tenemos que preguntar a Vera Cummings-Browne por esa fotografía. ¡Menuda tormenta!

Conducían despacio el coche de policía por la calle principal de Carsely. Bill miraba por el parabrisas. El destello de un relámpago iluminó la calle, iluminó el Range Rover que se acercaba y también la cara de sorpresa de Vera tras el volante. Casi sin pensárselo, Bill giró el volante y bloqueó la calle.

—¿Qué coño haces? —gritó Wilkes.

Vera se bajó del coche de un salto y huyó a la carrera por una de las calles que desembocaban en la principal.

—Es la señora Cummings-Browne. A por ella —gritó Bill.

Wilkes y el sargento Friend bajaron con dificultad del coche, pero Bill corrió bajo la lluvia martilleante hacia la casa de Vera, maldiciendo por lo bajo al ver el rabioso resplandor rojizo de un incendio tras las cortinas corridas del salón.

La ventana de la cocina quedaba a la izquierda de la puerta. Corrió hacia ella para intentar entrar por la fuerza y llegó a tiempo de ver la cara blanca y espantada de Agatha Raisin aparecer por encima del fregadero y desaparecer de nuevo.

Había una estrecha franja de parterres delante de la casa, bordeados de piezas redondas de mármol. Cogió una de las piedras, la arrojó a la ventana y pensó

frenéticamente que sólo en las películas los cristales se resquebrajaban enteros: la piedra que acababa de tirar atravesó la ventana limpiamente y dejó sólo un agujero mellado.

Cogió otra y martilleó con furia el cristal hasta que hizo un hueco lo bastante grande para pasar.

Agatha yacía en el suelo de la cocina. Intentó levantarla. Al principio le pareció demasiado pesada. El fragor del fuego en la otra sala era tremendo. Puso a Agatha de pie y le metió la cabeza en el fregadero. Luego la cogió por los tobillos y la levantó, de manera que los talones le quedaron por encima de la cabeza y atravesaron la ventana. La agarró por el pelo y, jadeando y empujando, la echó hacia fuera a través del cristal roto, sobre los adoquines, y luego saltó él mismo, en el momento en que la puerta de la cocina se venía abajo y las lenguas voraces de las llamas lo abrasaban todo.

Se quedó un momento tumbado sobre el cuerpo de Agatha mientras la lluvia tamborileaba sobre ambos. Las puertas de otras casas se abrieron, la gente se acercó corriendo. Oyó a una mujer que gritaba:

—He llamado a los bomberos.

Le sangraban las manos, y la cara de Agatha tenía cortes por donde se había rozado al empujarla a través del cristal roto. Pero respiraba pesadamente. Estaba viva.

Agatha recobró la conciencia en el hospital y miró a su alrededor, mareada. Le dio la impresión de que había flores por todas partes. Sus ojos se centraron en los rasgos asiáticos de Bill Wong, que estaba sentado pacientemente al lado de la cama.

Entonces Agatha recordó el horror del incendio.

—¿Qué pasó? —preguntó con voz débil.

Desde el otro lado de la cama llegó la voz severa del inspector jefe Wilkes:

—Casi consigue que la frían viva, eso es lo que pasó —dijo—, y frita estaría si Bill Wong no le hubiera salvado la vida.

—Tiene que adelgazar, señora Raisin —comentó Bill con una sonrisa—. Es una mujer muy pesada. Pero le alegrará saber que Vera Cummings-Browne está detenida, aunque que lleguen a juzgarla no está tan claro. Se ha vuelto loca. Aun así, usted hizo una estupidez muy peligrosa, señora Raisin. Intuyo que fue a acusarla de asesinato y luego se bebió con toda tranquilidad una taza de té que ella le preparó.

Agatha se incorporó forcejeando con las almohadas.

—Si la han detenido es gracias a mí. Supongo que encontrarían su confesión grabada en mi cuerpo.

—Lo que encontramos fue una cinta virgen en su cuerpo —dijo Bill—. Se había olvidado de poner en marcha el aparato.

Agatha refunfuñó.

—Y entonces ¿cómo consiguieron que confesara? —preguntó.

—Se lo contaré —dijo Bill—. Me preguntaba por qué habría ido a ver al señor Jones, así que averigüé lo de la fotografía que se había llevado; él me dio el negativo, hice que lo revelaran y vi la cicuta que aparecía en ella. Nos dirigíamos a la casa de la señora Cummings-Browne para hacerle unas preguntas cuando nos cruzamos con su coche. Bloqueé la calle. Ella saltó del vehículo y emprendió la fuga, y cuando el señor Wilkes la alcanzó, se vino abajo y confesó, y dijo que todo habría merecido la pena si usted moría en el incendio. Pero pude sacarla a tiempo.

—¿Qué pista la puso tras ella? —preguntó Wilkes en tono irritado—. ¿No sería el trozo de cicuta en la fotografía?

Agatha pensaba deprisa. No había encendido la grabadora; no hacía falta que se enteraran de que la quiche procedía de Devon ni de nada acerca del primo del señor Economides. Así que prefirió contarles lo de la cocina del salón de actos y lo del libro de la biblioteca.

—Debería habernos informado inmediatamente de cosas como ésas —señaló Wilkes, enojado—. Bill se hizo graves cortes en las manos al rescatarla y usted casi muere. Por última vez: deje las investigaciones en manos de la policía.

—La próxima vez no me comportaré como una aficionada —replicó Agatha con tono ofendido.

—¿Próxima vez? —rugió Wilkes—. No habrá ninguna próxima vez.

—Lo que no entiendo —dijo Agatha— es por qué no noté el sabor de las pastillas para dormir en el té. Quiero decir que si las hubiera molido, como mínimo lo habría notado grumoso.

—Compré cápsulas de gelatina de Dormaron, un somnífero muy potente, a un médico de Oxford al que estamos interrogando. La sustancia es insípida; se limitó a abrir las cápsulas y echó el líquido en su té —explicó Wilkes—. Iré a verla cuando esté en casa para hacerle más preguntas, señora Raisin, pero ni se le ocurra volver a jugar a detectives. A propósito, hemos detenido a John Cartwright. Estaba trabajando en una obra en Londres.

Salió pisando fuerte.

—Más vale que me vaya yo también —dijo Bill.

Por primera vez, Agatha reparó en sus manos vendadas.

—Gracias por salvarme la vida —dijo—. Lamento lo de sus manos.

—Y yo lo de su cara —dijo él. Agatha se llevó las manos a la cara y notó las tiritas—. Tiene un par de puntos de sutura en un corte de la mejilla, pero la única forma de sacarla de allí fue empujarla a través de la ventana y me temo que también le arranqué un puñado de pelo.

—He dejado de preocuparme por mi aspecto —le tranquilizó Agatha—. Oh, mi gatito. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Sólo ha pasado esta noche. Pero fui a ver a su vecino, el señor Lacey, y se ofreció a cuidar del gato hasta que vuelva.

—Ha sido una buena idea. El señor Lacey... ¿sabe lo que ha pasado?

—No tuve tiempo de explicárselo. Sólo le entregué el gato y le dije que usted había tenido un accidente.

Las manos de Agatha se tocaron la cara otra vez.

—¿Tengo un aspecto espantoso? ¿Me arrancó mucho pelo? ¿Hay algún espejo por aquí?

—Creía que ya no le preocupaba su aspecto.

—Y todas esas flores, ¿quién las envió?

—El ramo grande es de la Carsely Ladies' Society, el pequeño de rosas es de Doris y Bert Simpson, el elegante de gladiolos es de la señora Bloxby, el gigante es del dueño del Red Lion y sus parroquianos, y el que parece de malas hierbas es mío.

—Muchas gracias, de verdad, Bill. Er... ¿y ninguno es del señor Lacey?

—¿Y cómo iba a mandarle nada? Apenas conoce a ese hombre.

—¿Está por aquí mi bolso? Debo de parecer una bruja. Necesito maquillaje, lápiz de labios y un peine, y también tengo un perfume francés.

—Relájese. Mañana le darán el alta y podrá pintarse la cara a gusto. Y no se olvide de la invitación a cenar.

—Eh, ¿cómo? Ah, sí, ya. Claro, tiene que venir. La semana que viene. A lo mejor podría ayudarle en alguno de sus casos.

—No —respondió Bill con firmeza—. Ni se le ocurra volver a resolver un crimen. —Pero al instante se aplacó—. Y no es que no me haya hecho un favor.

—¿En qué sentido?

—Le confieso que la he estado siguiendo en mi tiempo libre y que he hecho que el policía local me informase de todo. Como usted, nunca llegué a creermelo que se tratara de un accidente. Pero Wilkes me está atribuyendo, a su manera, la resolución del caso, porque se moriría antes de admitir que un civil nos ha ayudado. Bien, ¿para cuándo esa cena?

—¿El miércoles que viene? ¿Pongamos a las siete y media?

—Estupendo. Y ahora duérmase. Nos vemos.

—¿Estoy en Moreton-in-Marsh?

—No, en el hospital general de Mircester.

Una vez se hubo ido, Agatha rebuscó en el armario que había al lado de su cama y encontró su bolso. Se fijó en que se habían llevado las pastillas. Abrió la polvera, se miró en el espejito y dejó escapar un grito de consternación. Estaba hecha un desastre.

—¡Eh! —Agatha miró a la cama de al lado, donde había una anciana que se parecía llamativamente a la señora Boggle—. ¿Qué ha hecho? —preguntó ésta con curiosidad—. Todos esos policías por aquí...

—He resuelto un caso para ellos —contestó Agatha con grandilocuencia.

—Ya —dijo la vieja bruja—. La última que estuvo en esa cama creía que era María, la reina de Escocia.

—Cállese —le espetó Agatha, que se miró en el espejo y se preguntó si las tiritas

no le daban un aspecto de..., esto, de heroína.

El día transcurrió lentamente. Por el televisor que había a los pies de las camas fueron pasando un culebrón tras otro. Nadie más la visitó, ni siquiera la señora Bloxby.

«Bien, esto es todo —pensó Agatha con tristeza—¿Por qué se han molestado en mandar flores? Seguramente creían que había muerto».



Al día siguiente, informaron a Agatha de que una ambulancia la llevaría a su casa a mediodía. Se alegró. Su regreso a casa en ambulancia haría que todo el pueblo se fijara en ella y la tomara en serio.

Quitó las tarjetas de los ramos de flores para conservar un recuerdo del tiempo que había pasado en los Cotswolds. Era un poco raro que se hubiera ofrecido a Bill para ayudarle con sus casos, como si pretendiera quedarse. Le pidió a una enfermera que llevara las flores al pabellón infantil, luego se vistió y bajó a esperar la ambulancia. Había una tienda en el vestíbulo donde vendían periódicos. Compró un montón de prensa local, pero no había ninguna mención a la detención de Vera Cummings-Browne. Aunque tal vez la noticia se conoció demasiado tarde para que pudieran publicarla.

Para su consternación, la «ambulancia» resultó ser un minibús que llevaba a varios pacientes geriátricos de vuelta a sus pueblos. «¿Por qué la visión de ancianos quebradizos me hace sentir tan cruel e impaciente? —se preguntó Agatha, mientras los veía subir al vehículo a tientas y tropezándose—. Muy pronto también yo seré vieja». Se obligó a levantarse para ayudar a un anciano que intentaba subir al minibús. Él la miró con desprecio.

—Ni me toque —le dijo—. Conozco muy bien a las de su clase.

El resto de los pasajeros eran ancianas que se partieron de risa y dijeron:

—Menudo estás hecho, Arnie.

Y siguieron más comentarios por el estilo, lo que dejaba claro que todos se conocían bien.

Era un día tranquilo y fresco, con grandes nubes esponjosas que flotaban por un cielo azul claro. La anciana sentada al lado de Agatha llamó su atención clavándole intencionadamente la punta de su bastón en los dedos de los pies.

—¿Y a usted qué le ha pasado? —preguntó mirando la cara cubierta de tiritas de Agatha—. Él le dio una paliza, ¿verdad?

—No —contestó Agatha con tono gélido—. Resolví un caso de asesinato para la policía.

—Es por la bebida —continuó la anciana—. El mío volvía a casa del *pub* y me trataba fatal. Está muerto. Es algo que puede decirse a favor de los hombres: se mueren antes que nosotras.

—Menos yo —dijo Arnie—. Voy a cumplir setenta y ocho y todavía estoy fuerte.

Más risas. La declaración de Agatha de que había resuelto un caso de asesinato no había sido recibida como ella esperaba. El minibús avanzó perezosamente hasta detenerse en un pueblecito y la mujer de al lado de Agatha se apeó. Antes, la miró y a modo de despedida le dijo:

—No se invente historias para protegerle. Yo lo hice. Las cosas han cambiado. Si él la casca, vaya a la policía.

Las demás mujeres emitieron un murmullo de aprobación.

El minibús arrancó y realizó un tour completo por los pueblos de los Cotswolds para ir dejando a un anciano tras otro. Agatha era la última pasajera. Se sentía sucia y cansada cuando el minibús entró en Carsely.

—¿A dónde? —gritó el conductor.

—Aquí a la izquierda —dijo Agatha—. Es la tercera casa de la izquierda.

—Aquí pasa algo —le dijo el conductor—. Una gran bienvenida. ¿Es que vuelve de la guerra o qué?

La ambulancia se detuvo delante de la casa de Agatha. Se oyeron muchos vítores y la banda empezó a tocar *Hello Dolly*. Todos estaban allí, el pueblo entero, y había un cartel colgado que se bamboleaba como un borracho sobre el umbral y rezaba: BIENVENIDA A CASA.

La señora Bloxby fue la primera en abrazarla. Luego vinieron los abrazos de las mujeres de la Carsely Ladies' Society y siguieron los del dueño del Red Lion, Joe Fletcher, y sus parroquianos.

Los fotógrafos de la prensa local se afanaban con sus cámaras, los reporteros estaban a punto.

—Vayamos adentro —dijo Agatha—, y se lo contaré todo.

Al momento, el salón de su casa estaba atestado, con una corriente de gente que se desbordaba hasta el comedor y la cocina mientras ella contaba a una audiencia embelesada cómo había resuelto «El Caso de la Quiche Envenenada». Lo adornó bastante, pero sí describió en un esplendoroso tecnicolor cómo el valeroso Bill Wong la había rescatado de la casa incendiada, con «la ropa en llamas y las manos hechas jirones».

—Tal demostración de valor —dijo Agatha— es un ejemplo de los magníficos hombres que componen las fuerzas policiales británicas.

Algunos reporteros garabateaban afanosamente, los más modernos utilizaban grabadoras. Agatha estaba a punto de salir en los periódicos nacionales, o más bien era Bill Wong el que saldría. Recientemente se habían publicado dos noticias desagradables sobre policías corruptos, pero los periódicos sabían que nada gustaba más a los británicos que leer relatos sobre un policía valiente.

En la casa de al lado, James Lacey se hallaba en el jardín, comido por la curiosidad. La visita de Agatha había sido la gota que había colmado el vaso. Después había ido a la vicaría y le había dicho a la señora Bloxby con toda seriedad que, aunque agradecía la bienvenida que le habían dado en el pueblo, quería que le dejaran en paz. Disfrutaba con la soledad, y se había mudado al campo buscando paz y tranquilidad. La señora Bloxby había cumplido bien su encargo, así que, aunque él había visto los preparativos para el recibimiento de Agatha, no sabía a qué se debía ni de qué iba todo aquello. Quería acercarse y preguntar, pero estaba cohibido después de haber dicho que quería que lo dejaran en paz, y además recordó que había añadido que no tenía el menor interés por lo que pasaba en el pueblo ni por ninguno de sus

vecinos.

Uno por uno, los miembros del club de fans de Agatha se fueron marchando. Doris Simpson fue una de las últimas, aunque antes le dio a Agatha un gran paquete envuelto en papel de estraza.

—Vaya, ¿qué es, Doris? —preguntó Agatha.

—Bert y yo hemos estado hablando del gnomo que nos regaló —explicó Doris con firmeza—. Estas cosas son caras y, la verdad, a nosotros no nos preocupa mucho el jardín. Pensamos que a ti sí debía de gustarte porque lo habías comprado, así que hemos decidido devolvértelo.

—No podría aceptarlo —lo rechazó Agatha.

—Pues debes. No nos parece bien quedárnoslo.

Agatha, que desde hacía mucho sospechaba que su mujer de la limpieza tenía una voluntad de hierro, se rindió con un hilillo de voz:

—Gracias.

—¿Necesita algo más? —preguntó Joe Fletcher desde el umbral.

Agatha tomó una decisión repentina.

—Sí, sólo una cosa —dijo—. Quite ese rótulo de «Se vende».

Por fin se fueron todos. Agatha se sentó, e inesperadamente empezó a estremecerse. De repente fue consciente del horror de todo lo que le había pasado en casa de Vera. Subió a la planta de arriba, se dio un baño caliente y se puso un camisón y una vieja y desgastada bata de lana azul. Se miró en el espejo del baño. Tenía una calva rojiza e irritada en la parte de delante del pelo, donde Bill había estirado. Encendió la calefacción central, luego echó unos leños al fuego y prendió una cerilla, pero se estremeció y la apagó de un soplido. Tendría que dejar pasar cierto tiempo antes de poder soportar de nuevo la visión de un fuego encendido.

Llamaron dubitativamente a la puerta. Estremeciéndose todavía y tras ceñirse la bata al cuerpo, fue a abrir. James Lacey estaba allí, con el gatito en su cesto y la caja de arena.

—Bill Wong me pidió que le cuidara el gato —explicó, y la miró con incertidumbre—. Puedo cuidarlo un día más si no se ve con fuerzas.

—No, no —balbuceó Agatha—. Pase. Me pregunto cómo se hizo Bill con el gato. Claro que, ahora que lo pienso, pudo cogerme las llaves del bolso en el hospital. Ha sido muy amable por su parte.

Agatha se entrevió en el espejo del recibidor. ¡Qué aspecto más espantoso tenía, y sin una pizca de maquillaje!

Llevó el gato al salón, se agachó para dejarlo salir del cesto y luego dejó la arena en la cocina. Al regresar, James Lacey estaba sentado en una de las sillas mirando pensativamente el enorme gnomo que Doris le había devuelto y al que Agatha ya había quitado el envoltorio. Descansaba sobre la mesita del café, con una sonrisa horrible, como el viejo Arnie del minibús.

—¿No querría un gnomo? —preguntó Agatha.

—No, gracias. Es un adorno poco habitual en un salón.

—A decir verdad, no es mío. Lo que pasa es que...

Alguien aporreó la puerta. Agatha maldijo en voz baja y fue a abrir. Eran periodistas de la Midlands Televisión y la BBC.

—¿No pueden volver más tarde? —suplicó Agatha, lanzando una mirada anhelante hacia el salón.

Pero entonces vio que se acercaba también el coche de policía. El inspector jefe Wilkes había llamado. Los entrevistadores de la televisión recibieron una versión más moderada de la historia de Agatha que la que les había contado a sus vecinos. El inspector jefe Wilkes declaró con seriedad que la gente debía dejar las cuestiones policiales en manos de la policía, pues la señora Raisin había estado a punto de ser asesinada y poco faltó para que él perdiera a uno de sus mejores oficiales. Agatha supuso con malicia que cuando esas declaraciones llegaran a las pantallas, los comentarios del inspector se habrían reducido al simple detalle de que casi había perdido a uno de sus mejores oficiales. Todo el mundo quería un héroe, y Bill Wong sería ese héroe. Sin que ella se diera cuenta, en medio de todo aquel lío, James Lacey se había marchado. Los equipos de televisión corrieron a buscar a Bill Wong a Mircester, una mujer policía bajó con una grabadora del coche y Wilkes empezó un interrogatorio exhaustivo.

Por fin se marcharon, pero el teléfono no paraba de sonar: varios periódicos nacionales empezaron a llamar para completar las historias que les habían mandado sus corresponsales locales. A eso de las once, el teléfono se sumió en el silencio. Agatha dio de comer al gato y luego se lo llevó a la cama. El animal se tumbó a sus pies, ronroneando suavemente. «Más vale que le ponga algún nombre», pensó medio adormilada.

El teléfono sonó en la planta baja.

—¿Y ahora qué pasa? —gruñó Agatha en voz alta mientras apartaba con cuidado el gato de los pies y se preguntaba por qué no se había molestado en poner una extensión del teléfono en el dormitorio. Bajó y descolgó.

—¡Aggie! —Era Roy, con la voz estridente por la emoción—. Creía que nunca cogería línea. Te he visto en la tele.

—Ah, eso —dijo Agatha, y se estremeció—. ¿Te importa si te llamo mañana, Roy?

—Mira, querida, ese pueblecito está dando más publicidad que todas las calles juntas de Londres. La idea es ésta: a lo mejor la tele vuelve para hacer un seguimiento, así que mañana me pasaré por ahí y puedes contarles cómo te ayudé a resolver el misterio. He llamado al señor Wilson a su casa y le ha parecido una idea genial.

—Roy, la historia se habrá olvidado mañana. Lo sabes, y yo también lo sé. Déjame volver a la cama; no estaré para recibir visitas durante un tiempo.

—Bueno, tengo que decirte que esperaba que me mencionaras —se quejó Roy—.

¿Quién fue contigo a Ancombe? He llamado a todos los periódicos, pero los redactores nocturnos dicen que si tú quieres añadir algo sobre mí, perfecto, pero que no les interesa mi opinión, así que sé buena y llámales, anda, por favor.

—Me voy a la cama, Roy, y ya está bien. Se acabó.

—¿No nos estamos portando como una bruja egoísta que quiere acaparar toda la atención?

—Buenas noches, Roy —dijo Agatha y colgó; se dio la vuelta y dejó el aparato descolgado.

—Bueno, quiero conocer a esa tal señora Raisin —dijo la hermana de James Lacey, la señora Harriet Camberwell, una semana más tarde—. Ya sé que quieres que te dejen en paz, pero me muero de curiosidad. Le están dando mucha publicidad a ese detective, Wong, pero el caso lo resolvió ella, ¿no?

—Sí, supongo que fue así, Harriet. Pero es muy rara. ¿Sabes que tiene un gnomo de jardín de adorno en la mesita de centro? Va por la calle murmurando y hablando sola.

—Qué encanto. Sólo quiero conocerla. Anda, acércate e invítala a que se pase a tomar una taza de té.

—Si lo hago, ¿volverás con tu marido y me dejarás tranquilo?

—Claro. Anda, ve a buscarla y yo prepararé el té y unos sándwiches.

Agatha seguía recuperándose de la conmoción de haber estado a punto de morir carbonizada. No se había molestado en intentar volver a ver a James, pues esperaba a que sus cortes cicatrizaran y el pelo le creciera. Cuando se hubiera recobrado, pensaba, ya planearía una campaña.

El tiempo se había vuelto agradablemente caluroso sin llegar a ser el horno de los días previos a la tormenta. Tenía las puertas y las ventanas abiertas, y estaba estirada en el suelo de la cocina con su viejo vestido holgado de algodón, lanzando al aire bolas de papel de plata para entretener al gatito, cuando entró James.

—Debería haber llamado —dijo él con torpeza—, pero la puerta estaba abierta. —Agatha se puso rápidamente de pie—. Me preguntaba si le apetecería acompañarme a tomar una taza de té.

—Tengo que cambiarme —declaró Agatha apresuradamente.

—Está claro que vengo en mal momento. Tal vez otro día.

—¡No! Voy ahora mismo —dijo Agatha, temerosa de que se le escapara.

Fueron hasta su casa y, en cuanto se sentó, Agatha se puso a admirar su atractivo perfil, que estaba vuelto hacia la puerta de la cocina, desde donde una mujer elegante entró con una bandeja de té en las manos.

—Señora Raisin, ésta es la señora Camberwell. Harriet, querida, te presento a la señora Raisin. Harriet se muere de ganas por escuchar sus aventuras, señora Raisin.

Agatha se sintió insignificante y sucia. Aunque, pensándolo bien, las mujeres

como Harriet Camberwell siempre la hacían sentirse insignificante y sucia. Era una mujer muy alta, casi tanto como James, delgada, de pecho plano, hombros cuadrados y marcados, cara inteligente de clase alta, un peinado caro, vestido de algodón a medida, ojos fríos y divertidos.

Agatha empezó a hablar. Los vecinos se habrían sorprendido ante la apática explicación de sus aventuras. Se quedó sólo lo suficiente para hacer un breve repaso de su historia, se bebió la taza de té, se comió un sándwich y luego se fue sin demorarse más.

Al menos, Bill Wong iba a ir a cenar a su casa esa noche. «Agradece los pequeños consuelos, Agatha», se dijo con severidad. Pero había estado pensando mucho en James Lacey y gracias a eso sus días habían recuperado la vida y el color. Aun así, no había ninguna necesidad de parecer una desastrada porque su invitado sólo fuera Bill.

Se cambió, se arregló el pelo, se maquilló y se puso el vestido que había llevado en la subasta. La cena —que esta vez le había enseñado a cocinar la señora Bloxby— sería sencilla: bistecs a la parrilla, patatas al horno, espárragos frescos, ensalada de fruta y nata. Champán en hielo para celebrar que a Bill Wong lo habían ascendido a sargento.

El que entró por la puerta a las siete en punto era un Bill nuevo, más delgado. Se había mantenido rigurosamente en forma desde que había visto sus rasgos tirando a regordetes por televisión.

Habló de esto y aquello, fijándose en que los pequeños ojos de oso de Agatha estaban tristes y que ella había perdido parte de su buen ánimo. Pensó que el intento de asesinato la había afectado más de lo que habría imaginado.

Ella no participaba demasiado en la conversación, así que él buscó otro tema que la entretuviera.

—Oh, a propósito —dijo mientras ella ponía los bistecs bajo el grill—, su vecino ha estado rompiendo corazones por el pueblo. Le dijo a la señora Bloxby que quería que lo dejaran en paz y se mostró bastante contundente al respecto. Y ahora que las damas de Carsely se han retirado, ha recibido la visita de una mujer elegante a la que presentó a todos en Harvey's como la señora Camberwell. La llama «querida». Hacen una buena pareja. Por lo visto la señora Mason comentó irritada que siempre le había parecido un hombre raro y que sólo le había llevado el pastel para ser amable.

»¿Y sabe qué?

—¿Qué? —dijo Agatha enojada.

—Su vieja pesadilla, la señora Boggle, va un día y le pregunta a bocajarro, en medio de Harvey's, si tiene la intención de casarse con la señora Camberwell, a la que todo el mundo creía viuda. Y él responde, sorprendido: «¿Y por qué iba a casarme con mi hermana?». Así que supongo que las damas de Carsely ahora piensan que aunque no pueden visitarle después de lo que le dijo a la señora Bloxby, tal vez sí puedan organizar una pequeña fiesta o una cena y engatusarle para que vaya a casa de alguna.

Bill rio de buena gana. Agatha se dio la vuelta, con el semblante repentinamente iluminado.

—¡Todavía no hemos abierto el champán y tenemos mucho que celebrar!

—¿Qué hay que celebrar? —preguntó Bill con súbita suspicacia.

—Vaya, su promoción. La cena no tardará.

Bill descorchó el champán y sirvió una copa para cada uno.

—¿Quiere que haga algo antes, señora Raisin? ¿Pongo la mesa?

—No, eso ya está hecho. Pero podemos empezar a tutearnos, y otra cosa: hay un rótulo en el jardín y una almádena al lado. ¿Podrías clavármelo en el suelo?

—Claro. No pondrás la casa en venta otra vez, ¿no?

—No, voy a bautizarla. Estoy harta de que todo el mundo la llame todavía la casa de Budgen. Ahora es mía.

Bill salió al jardín, cogió el rótulo, clavó el poste en el suelo y se apartó un poco para ver cómo quedaba.

Letras marrones sobre fondo blanco proclamaban abiertamente:

«RAISIN'S COTTAGE».

Bill sonrió. Agatha iba a quedarse en Carsely.

Fin



MARION CHESNEY (Glasgow, Escocia, 1936). **M. C. Beaton** es el seudónimo tras el que se esconde Marion Chesney cuando escribe novelas policíacas y de misterio.

Trabajó para varios periódicos y revistas como crítica teatral, editora de moda, reportera de sucesos y reportera jefe de la sección «Mujer». Después de casarse y tener un hijo, la familia emigró a Estados Unidos, donde tras unos inicios difíciles conseguirían trabajo en el nuevo periódico sensacionalista de Rupert Murdoch: The Star.

Ansiosa por pasar más tiempo en casa con su hijo pequeño, Marion comenzó a escribir novelas de forma prolífica. Un curso de pesca durante las vacaciones le inspiró su primera novela policíaca que daría lugar a la serie del detective Hamish Macbeth. De vuelta a Escocia, Marion y su esposo compraron una granja para dedicarse a la cría de ovejas, pero posteriormente se mudaron a la apacible región de los Cotswolds, donde, en 1992, nacería Agatha Raisin, la carismática investigadora de una de las series de novelas de misterio más populares en el Reino Unido, y de la que hasta la fecha se han publicado más de veinte títulos.

Notas

[1] Los montes Cotswolds se ubican en el sudoeste de la zona central de Inglaterra. Es una región de suaves colinas e inmensos prados que responde a la imagen de la campiña inglesa más pintoresca, salpicada de pueblecitos con casas y caserones de piedra caliza de color miel y techados de paja (los tradicionales *cottages*). (N. del T.)

<<

[2] Las *toby jugs* son las típicas jarras de cerámica con forma de hombre, por lo general un rey sentado, aunque últimamente suelen representar a cualquier famoso o personaje típico. (N. del T.) <<

[3] La canción a la que se refiere la protagonista se titula en realidad *The Keeper*, una melodía folk inglesa anónima, reconvertida en canción infantil. (N. del T.) <<

[4] «Bill el Viejo», apodo afectuoso que se aplica a los policías británicos. (*N. del T.*)

<<

[5] Alusión a las *May Day Festivities*, una especie de Fiesta de los Mayos a la inglesa, celebración de la primavera que suele coincidir con el primer domingo de mayo y en la que, entre otros actos, se baila alrededor de un poste, también llamado «mayo» (*may-pole*). Una de las danzas folclóricas más tradicionales y vistosas recibe el nombre de Morris Dance que, en los Cotswolds, tiene una versión propia. (*N. del T.*)

<<

[6] Referencia al personaje de la joven y malhablada florista que protagoniza la obra teatral *Pigmalión*. (N. del T.) <<

[7] La *Fosse Way* era una antigua calzada romana que recorre Inglaterra en diagonal desde Exeter, en el sudoeste, a Lincoln, en las Midlands orientales. Secciones de la antigua vía forman parte de algunas carreteras actuales. (N. del T.) <<

[8] Edificio levantado en el siglo XVIII sobre las termas romanas de Bath. (*N. del T.*)

<<

[9] Es un guiño irónico a la canción patriótica británica de principios del siglo xx *Land of Hope and Glory*, en la que se cantaban las excelencias de la aparentemente imparable expansión colonial. (N. del T.) <<

[10] Último concierto de una serie —The Proms— que celebra anualmente la BBC en Londres, en el que se tocan piezas populares y temas tradicionales y patrióticos, con la participación del público. (N. del T.)<<